

Lev N. Tolstói

Relatos de Sevastópol



El sitio de Sevastópol, que se inició en septiembre de 1854 y se prolongaría todo un año, fue uno de los episodios decisivos de la guerra de Crimea, en la que Rusia se enfrentó a una alianza turco-anglo-francesa.

Lev N. Tolstói, por entonces alférez en el Ejército ruso, llegó a Sevastópol en noviembre de 1854. Imbuido en principio por un espíritu muy patriótico, no tardó sin embargo en abandonar el romanticismo y en empezar a pensar que «las cuestiones que no resuelven los diplomáticos menos aún las resuelven la pólvora y la sangre».

Entre junio de 1855 y enero de 1856 se publicaron sus Relatos de Sevastópol, tres crónicas que entusiasmaron al zar Alejandro II pero que, aun con su protección, la censura mutiló considerablemente y no se publicarían íntegras hasta 1928.

Más que los combates, a Tolstói le interesaba la psicología de los combatientes, su reacción ante la muerte y el horror, y las complejas sutilezas de la jerarquía militar, a menudo

tratada con irreverencia. Junto con los de William Howard Russell, estos relatos pueden considerarse los primeros reportajes de guerra modernos.



Lev N. Tolstói

Relatos de Sevastópolis

ePub r1.0
Daruma 22.11.13

Título original: *Sevastopolskie rasskazy*

Lev N. Tolstói, 1855

Traducción: Marta Sánchez-Nieves Fernández

Diseño de portada: Daruma

Editor digital: Daruma

ePub base r1.0



NOTA AL TEXTO

Las pretensiones territoriales de algunos países europeos sobre los dominios del Imperio turco, ya en declive, fueron la causa de la guerra de Crimea (1853-1856), que enfrentó a Rusia con Turquía y una alianza anglo-francesa en la que también intervino el reino de Cerdeña. Las tropas aliadas desembarcaron en Eupatoria, en la costa del mar Negro en la península de Crimea, derrotaron a los rusos a orillas del río Almá (25 de octubre de 1854) y obligaron a éstos a retroceder hasta la ciudad de Sevastópol. Allí los sitiaron hasta septiembre de 1855. La pérdida de Sevastópol sentenció la guerra en favor de las tropas aliadas.

Lev Nikoláievich Tolstói, con el grado de alférez, llegó a Sevastópol el 7 de noviembre de 1854 y fue destinado a la tercera batería de la decimocuarta brigada de artillería del Ejército ruso.

«Sevastópol en el mes de diciembre» se publicó por primera vez en 1855, firmado por «L. N. T.», en el número de junio de la revista de San Petersburgo *El Contemporáneo (Sovremennik)*. «Sevastópol en el mes de mayo» apareció, en septiembre del mismo

año y sin firma, en la misma revista, después de que el zar impidiera personalmente su prohibición. Y «Sevastópol en agosto de 1855» se publicó en enero de 1856 también en *El Contemporáneo*, con la firma «conde L. Tolstói».

Los tres relatos aparecieron muy desfigurados por la censura. En 1856 se publicaron juntos como libro con el título de *Relatos de guerra* (de L. N. Tolstói), en forma aún muy incompleta, sobre todo el segundo. La primera versión íntegra no apareció hasta la edición de las *Obras completas* de 1928. La presente traducción parte del texto de la edición completa de 1979 de *Judózhestvennaia Literatura* (Mousú).

SEVASTÓPOL EN EL MES DE DICIEMBRE

La aurora ya empieza a colorear el horizonte sobre la colina Sapún. La superficie azul del mar ya se ha despojado de la oscuridad de la noche y espera el primer rayo para empezar a jugar con su alegre brillo. Desde la bahía llegan el frío y la niebla. No hay nieve, todo está oscuro, pero el penetrante hielo de la mañana golpea en la cara y cruje bajo los pies y solo el incesante rumor lejano del mar, rara vez interrumpido por un estruendo de disparos en Sevastópol, rompe el silencio de la mañana. En los barcos un ruido sordo marca la octava media hora^[1].

En la bahía Norte la actividad diurna poco a poco empieza a sustituir a la tranquilidad de la noche: aquí los centinelas se relevan haciendo sonar las armas; allí un médico va con prisa al hospital. Aquí un soldado se arrastra fuera de su cueva, se lava su bronceada cara con agua helada y, volviéndose hacia el rojizo Este, se santigua rápidamente y reza. Allí un carro de camellos alto y macizo, lleno casi hasta arriba de cadáveres ensangrentados, se arrastra chirriando hacia el cementerio. Al acercarse usted al muelle, un particular olor a carbón, estiércol, humedad y carne de vaca le golpea; miles de objetos diversos —madera, carne, gaviones, harina, hierro... — se amontonan por todas partes. Soldados de diferentes regimientos, con sacos y con armas, sin

sacos y sin armas, se reúnen aquí, fuman y maldicen, van cargando el barco que humea junto al cadalso. Chalanas particulares repletas de gente de toda clase —soldados, marinos, comerciantes, mujeres— amarran y desamarran en el muelle.

—¿Va usted a Gráfskaia^[2], señor? Tenga la bondad —le ofrecen sus servicios dos o tres marineros retirados, poniéndose en pie sobre sus chalanas.

Elige usted la que está más cerca, pasa sobre el cadáver medio podrido de un caballo bayo que yace en el fango cerca de los botes y se aproxima al timón. Se alejan de la orilla. A su alrededor, el mar ya brillante bajo el sol de la mañana; delante, el viejo marinero con su abrigo de camello y un muchacho de pelo claro se afanan en silencio con los remos. Contempla las enormes franjas de los barcos dispersos por toda la bahía; esos pequeños puntos negros, las chalupas, que se mueven por el brillante azul; los bellos y claros edificios de la ciudad coloreados por los rayos rosados del sol que ya se va divisando desde este lado; la espumeante línea blanca de la barrera flotante y de los barcos hundidos, de los que sobresalen tristemente en algunos puntos los negros extremos de los mástiles^[3]; la lejana flota enemiga que se divisa en el horizonte

crystalino del mar, y el agua espumosa de la que saltan burbujas salinas levantadas por los remos. Escucha el rumor uniforme de los remos, el ruido de las voces que llegan transportadas por el agua y el majestuoso sonido del fuego que, le parece, se intensifica sobre Sevastópolis.

Es imposible que ante la idea de encontrarse en Sevastópolis no surja en su alma un sentimiento de cierta valentía y orgullo y que la sangre no empiece a circular más rápido por sus venas.

—¡Señor! ¡Va directo hacia el Kistentín^[4]! —le dice el viejo marinero volviéndose para comprobar la dirección que usted le ha dado a la barca—, llévelo hacia la derecha.

—Pues los cañones todavía están ahí —observa el chico de pelo claro examinando el barco mientras lo dejan atrás.

—Pues claro, era nuevo, en él vivía Kornílov —señala el viejo mirando también el barco.

—¡Mira dónde estalló! —dice el chico tras un largo silencio, mirando una nubecilla blanca de humo que se dispersa para aparecer de repente en lo alto de la bahía Sur acompañado por el estridente estallido de la bomba.

—Es *él* disparando ahora desde una nueva batería —añade el viejo, escupiéndose indiferente en

las manos—. Bueno, con fuerza, Mishka, alcancemos la barcaza.

Y su chalana avanza más rápido entre las altas olas de la bahía, alcanza en efecto a la enorme barcaza donde se amontonan algunas sacas y en la que torpes soldados reman de manera desigual, y se une a los numerosos botes de todo tipo amarrados al muelle Gráfskaia.

En el malecón, entre el ruido, se mueve una multitud de soldados grises, marineros negros y mujeres variopintas. Las mujeres venden panecillos y los hombres, junto a sus samovares, gritan: «¡*Sbiten*^[5] calentito!», y allí mismo, en los primeros escalones, se amontonan balas oxidadas, bombas, metralla y cañones de hierro fundido de diferentes calibres. Un poco más adelante, una gran plaza en la que se ven unas enormes barras, cureñas y soldados durmiendo. Hay caballos, carros, cañones verdes y cajones, pabellones de fusiles. Soldados, marineros, oficiales, mujeres, niños y comerciantes van de un lado para otro. Avanzan carros con heno, sacas y barriles. Un cosaco y un oficial pasan a caballo, el general lo hace en su *drozhki*^[6]. A la derecha, la calle está cercada por una barricada; en sus troneras se distinguen algunos cañones pequeños y, a su lado, un marinero fuma en pipa. A la izquierda aparece una

bella casa con números romanos en su frontón, bajo el cual hay soldados y camillas ensangrentadas. Por todas partes puede ver las molestas huellas del campamento militar. Su primera impresión seguramente sea la más desagradable: la extraña confusión entre la vida urbana y la del campamento, entre una bella ciudad y un sucio vivaque, no solo es fea, sino que produce la sensación de un desorden repugnante. Además a usted le parece que están todos asustados y trajinan sin saber qué hacer. Pero contemple más de cerca los rostros de la gente que se mueve a su alrededor y lo verá de una forma totalmente distinta. Mire por ejemplo a ese soldado de un convoy que lleva a beber a tres bayos y que va tarareando tan tranquilo, y comprenderá que no se va a perder entre esta multitud heterogénea que no existe para él; cumple con su obligación, sea la que sea — dar de beber a los caballos o cargar armas—, con la misma tranquilidad, seguridad e indiferencia que si lo hiciera en algún lugar de Tula o Saransk^[7]. Esa misma expresión puede usted verla en la cara de ese oficial que pasa a su lado con sus impecables guantes blancos, en la del marinero que fuma sentado en la barricada, en las de los soldados obreros que aguardan con camillas en el soportal de la antigua Asamblea o en la de esa muchacha que, temiendo

manchar su vestido rosa, cruza la calle saltando por las piedras.

A propósito: seguramente se lleve una decepción si es la primera vez que viene a Sevastópolis. En vano buscará, aunque solo sea en una persona, huellas de agitación, confusión o incluso entusiasmo. Disposición a la muerte o firmeza no encontrará: verá gente corriente, tranquila, dedicada a sus tareas cotidianas, así que quizá usted se reproche su entusiasmo excesivo y tenga sus pequeñas dudas sobre si es justa la idea del heroísmo de los defensores de Sevastópolis, a la que llegó a partir de relatos, descripciones y el aspecto y ruido de la fortaleza desde el lado Norte. Pero, antes de seguir dudando, vaya al bastión y contemple a los defensores de Sevastópolis en su puesto de defensa o, mejor aún, pase justo enfrente, al edificio de la antigua Asamblea de Sevastópolis y al soportal donde aguardan los soldados con camillas. Allí podrá observar a los defensores de Sevastópolis, allí verá espectáculos terribles y tristes, grandiosos y divertidos, pero todos ellos admirables y que engrandecen el alma.

Entre en el gran salón de la Asamblea. Nada más abrir la puerta, la visión y el olor de cuarenta o cincuenta amputados y heridos muy graves, unos en

catres, la mayoría en el suelo, le impresiona. No ceda al sentimiento que le retiene en el umbral de la sala —es un mal sentimiento— y vaya hacia delante. No se avergüence y avance como si hubiera venido a *examinar* a los mártires, no se avergüence de acercarse y hablar con ellos: a los infelices les gusta ver a personas compasivas, les gusta hablar de su sufrimiento y oír palabras de afecto e interés. Pase entre las camas y busque una cara menos dura y sufriente para acercarse y conversar.

—¿Dónde te hirieron? —indeciso y tímido le pregunta a un soldado viejo y demacrado que, sentado en su catre, le sigue con una mirada bondadosa como si le invitara a acercarse. Y digo «tímido le pregunta» porque el sufrimiento, además de una profunda simpatía, infunde por alguna razón miedo a ofender y un gran respeto por quien lo sufre.

—En la pierna —responde el soldado, justo en el momento en que usted mismo advierte por el pliegue de la manta que no tiene pierna más allá de la rodilla—. Gracias a Dios —añade— ya me voy a casa.

—¿Y hace mucho que te hirieron?

—Ya han pasado casi seis semanas, señor.

—Bueno ¿y te duele ahora?

—No, ahora no duele nada, solo la pantorrilla cuando hace mal tiempo, pero nada más.

—¿Y cómo te hirieron?

—Fue en el quinto bastión, señor, durante el primer bombardeo: arrastraba el cañón y empezaba a alejarme hacia la otra tronera cuando *él* me golpeó en la pierna. Me pareció que me hundía. Miré y ya no tenía pierna.

—¿Es que no te dolió al principio?

—No, solo como si me metieran algo caliente en la pierna.

—¿Y después?

—Después tampoco, solo cuando se pusieron a tirar de la piel sentí una especie de escozor. Sobre todo, señor, *no hay que pensar mucho*: si no piensas, no pasa nada. Todo lo demás sucede porque lo piensa el hombre.

En ese momento se acerca una mujer con un vestido gris a rayas y la cabeza cubierta por un pañuelo negro. Interviene en la conversación y empieza a contar cosas del marinero, de su sufrimiento, de la situación desesperada en la que ha estado durante cuatro semanas, de cómo cuando fue herido retuvo la camilla para ver las salvas de nuestra batería, cómo grandes príncipes hablaron con él y le regalaron veinticinco rublos y cómo él les dijo que, si ya no podía trabajar, quería regresar al bastión para enseñar a los jóvenes. Mientras dice

todo esto sin respirar, la mujer le mira a usted, o bien al marinero, quien, de espaldas y como si no escuchara, deshilacha su almohada, y sus ojos brillan con un entusiasmo especial.

—Es mi mujer, señor —le dice el marinero con tal expresión que parece decir: «Perdónela. Ya sabe, cosas de mujeres, siempre dicen tonterías».

Ahora empieza a entender a los defensores de Sevastópolis. Por alguna razón empieza a sentir vergüenza de sí mismo delante de este hombre. Le gustaría decirle muchas cosas para expresarle su simpatía y asombro y, sin embargo, no encuentra las palabras o se siente descontento con las que le vienen a la cabeza. Por eso se inclina en silencio ante esta silenciosa e inconsciente grandeza y firmeza de ánimo, ante la modestia y la dignidad personal.

—Bueno, quiera Dios que te recuperes pronto —le dice, y se para delante de otro enfermo tumbado en el suelo que parece esperar la muerte con insoportable sufrimiento.

Es un hombre de pelo castaño claro y cara rolliza y pálida. Está tumbado boca arriba con la mano izquierda alargada hacia atrás, en una postura que expresa un sufrimiento brutal. De su boca seca y abierta sale penosamente una ronca respiración. Sus empañados ojos azules están en blanco y por debajo

de la manta ladeada asoman los restos de la mano derecha envuelta en vendas. El fuerte olor a muerto le golpea aún más fuerte y el fuego interior que le devora y penetra en todos los miembros del mártir le llega a usted también.

—¿Qué le pasa? ¿Está inconsciente? —le pregunta a una mujer que va detrás de él y que le mira con cariño, como a un familiar.

—No, todavía oye, aunque muy mal —susurra—. Ahora le di té (qué le vamos a hacer, aunque sea forastero se debe tener piedad), pero apenas bebió.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta.

Al oír una voz el herido gira las pupilas, pero no ve ni entiende.

—Me arde el corazón^[8].

Un poco más adelante ve a un viejo soldado que está cambiando sus sábanas. Su cara y su cuerpo son como de color marrón y se le notan los huesos. Le falta un brazo, seccionado desde el hombro. Tiene un aspecto firme y parece curado, pero por su mirada muerta, opaca, por su extrema delgadez y las arrugas de su cara, se ve que es una persona que ha pasado sufriendo la mayor parte de su vida.

En el otro lado descubre en un catre a una mujer de cara pálida y dulce, con las mejillas rojas de fiebre.

—A nuestra marinera el día 5 se le enganchó una bomba en la pierna —le explica su guía—; iba al bastión a llevarle la comida a su marido.

—Entonces, ¿cortaron?

—Por encima de la rodilla.

Y ahora, si sus nervios lo resisten, entrará por la puerta de la izquierda: aquí hacen vendajes y operan. Verá médicos con las manos ensangrentadas hasta los codos, con el semblante pálido y sombrío, atareados alrededor de un catre en el que yace, con los ojos abiertos y diciendo palabras sin sentido, a veces ingenuas y conmovedoras, un herido bajo los efectos del cloroformo. Los médicos se dedican a la detestable pero benefactora tarea de amputar. Verá cómo un afilado cuchillo curvo penetra en el cuerpo blanco y sano. Verá cómo con un terrible y desgarrador grito y entre maldiciones el herido vuelve en sí de repente. Verá cómo un enfermero tira a un rincón el brazo seccionado. Verá cómo en una camilla de la misma sala otro herido se retuerce y gime al mirar la operación de su compañero, no tanto por el dolor físico como por el sufrimiento psíquico de la espera. Aquí verá un espantoso espectáculo que conmueve el alma y contemplará la guerra no con su alineamiento ordenado, bello y brillante, con su música y redoblar de tambores, con sus banderas

ondeando y con sus generales a caballo, sino la guerra en su verdadera expresión, con sangre, dolor y muerte...

Mientras sale de esta casa de sufrimiento, seguramente experimentará una sensación agradable y aspirará con más fuerza el aire fresco, alegrándose de su salud, pero al mismo tiempo, al contemplar todo este sufrimiento, tendrá conciencia de su propia insignificancia y tranquilamente, sin titubear, se dirigirá a los bastiones...

«¿Qué suponen la muerte y el dolor de un insignificante gusano como yo en comparación con tantas muertes y tanto sufrimiento?». Pero la visión del cielo despejado, del sol brillante, de la bella ciudad, de la iglesia sin acabar y de los soldados moviéndose en todas direcciones enseguida sume su ánimo en el estado normal de ligereza, con sus pequeñas preocupaciones y entusiasmo por el presente.

Tal vez se tope con los funerales de algún oficial, con su ataúd de alarguez, su música y sus pendones ondeando; quizá llegue a oír disparos en los bastiones, pero eso no le llevará a los pensamientos anteriores. Los funerales le parecerán un espectáculo marcial muy hermoso y los disparos, un son marcial muy bello, y no relacionará el espectáculo ni los

disparos con la clara idea experimentada sobre el sufrimiento y la muerte, como hizo en la enfermería.

Tras dejar atrás la iglesia y la barricada, entrará en la parte de la ciudad más animada gracias a su vida interior. A ambos lados hay letreros de pequeñas tiendas y tabernas. Vendedores, mujeres con sombrero y pañuelo, oficiales de buena presencia, todos le hablan de la firmeza de ánimo, del aplomo y de la seguridad de los habitantes.

Pase a esa taberna de la izquierda si quiere escuchar los rumores de marinos y oficiales: seguramente oiremos hablar de los sucesos de la noche pasada, de una tal Fenka, del combate del día 24, de lo caros y malos que sirven los rollitos de carne y de cómo dispara ese o aquel compañero.

—¡Demonios! ¡Qué mal nos va ahora! —dice con voz profunda un oficial de marina, rubio y con el bigote afeitado, que lleva una bufanda verde de punto.

—¿Dónde? —le pregunta otro.

—En el cuarto bastión —responde el joven oficial, y seguramente mire usted al oficial de pelo claro con más atención e incluso con cierto respeto al oír las palabras «en el cuarto bastión». Su excesiva desenvoltura, el movimiento de sus manos, su fuerte risa y su voz, que le habían parecido presuntuosos, le

parecen ahora movidos por ese estado de ánimo especial y ardoroso que adquieren ciertos jóvenes después del peligro. Sin embargo, usted supone que se pondrá a contarles lo mal que se pasa en el cuarto bastión por culpa de las bombas y las balas: ¡nada de eso!, lo malo era el barro—. Es imposible atravesar la batería —dice señalando sus botas cubiertas de fango más arriba de la pantorrilla.

—Pues a nosotros ahora nos acaban de matar al mejor artillero, le dieron justo en la frente —dice otro.

—¿A quién? ¿A Mitiujin?

—No... pero bueno, ¿me vais a traer la carne? ¡Estos canallas! —le suelta al criado de la taberna—. No fue a Mitiujin, sino a Abrósimov. Un valiente, participó en seis ataques.

En la otra esquina de la mesa, detrás de unos platos de rollitos de carne con guisantes y de una botella de vino agrio de Crimea que llaman «burdeos», están sentados dos oficiales de infantería: uno, joven, con el cuello rojo y dos estrellas en el capote, le habla al otro, mayor, con el cuello negro y sin estrellas, de la batalla de Almá^[9]. El primero está algo bebido y se nota que se desvía bastante de la narración estricta de la verdad en las interrupciones que hace, en su mirada indecisa, que refleja sus

dudas de que le estén creyendo, y, lo más importante, en que el papel que se atribuye es demasiado importante y los hechos que refiere demasiado terribles. Pero usted no está para esos cuentos, que durante mucho tiempo oirá en todos los rincones de Rusia; usted quiere ir cuanto antes a los bastiones, especialmente al cuarto, del que le han contado tantas y tan diferentes cosas. Si alguien dice que estuvo en el cuarto bastión, lo hace con especial satisfacción y orgullo. Si dice: «Voy al cuarto bastión», seguramente se detecte en él una mínima inquietud o una excesiva indiferencia. Si se quiere gastar a alguien una broma, se dice: «Deberían mandarte al cuarto bastión». Cuando alguien se encuentra con un herido en una camilla y pregunta: «¿De dónde?», casi siempre se le responde: «Del cuarto bastión». Así que en general existen dos opiniones completamente distintas sobre este terrible bastión: la de aquellos que nunca estuvieron en él y están convencidos de que es una tumba segura para cualquiera que vaya, y la de aquellos que viven en él, como el rubio alférez, y que, al hablar de él, se limitan a comentar si está seco o embarrado, si hace calor o frío en su cueva, etc.

En la media hora que estuvo usted en la taberna, el día había tenido tiempo de cambiar: la bruma que

se extendía por el mar se había condensado en fastidiosas nubes grises y húmedas que habían cubierto el sol. Caía una triste llovizna que mojaba los tejados, las aceras y los capotes de los soldados...

Tras atravesar otra barricada, sale por una puerta hacia la derecha y sube por una gran calle. Detrás de esta última barricada las casas están deshabitadas, no tienen letreros; las puertas están entabladas, las ventanas, rotas; aquí la esquina de un muro arrancada, allí un tejado abierto. Los edificios parecen veteranos experimentados en toda clase de calamidades y penurias y dan la impresión de mirar con orgullo y cierto desdén. De camino va tropezando con las balas y los agujeros llenos de agua, excavados en el suelo de piedra por las bombas. Por la calle se encuentra y adelanta a destacamentos de soldados, cosacos, oficiales. Apenas ve a alguna mujer o a un niño, pero ya no es una mujer con pañuelo, sino una marinera con pelliza vieja y botas altas de soldado. Continúa andando por la calle y, bajando por una pequeña cuesta, advierte que a su alrededor ya no hay casas, sino extraños montones de escombros, tablas, troncos y barro. Delante, sobre una colina escarpada ve un espacio negro embarrado y plagado de zanjas: es el cuarto

bastión. Aquí ve a menos gente todavía y ya no hay ninguna mujer. Los soldados andan de prisa, por el camino encontrará gotas de sangre y seguramente a cuatro soldados con una camilla y, en la camilla, un herido de rostro pálido y amarillento, con el capote ensangrentado. Si pregunta: «¿Dónde le hirieron?», «En la pierna o en el brazo», le dirán los camilleros enfadados, sin volverse siquiera hacia usted, si es un herido leve; pero callarán taciturnos si el herido no asoma la cabeza y está muerto o muy grave.

El silbido cercano de las balas y las bombas le golpea desagradablemente en el mismo momento en que se dispone a subir la colina. De repente capta, de una forma completamente distinta a como lo había hecho antes, el sentido del ruido de los disparos que había oído en la ciudad. Un recuerdo tranquilo y agradable surge en su imaginación y empieza a preocuparse más de sí mismo que de observar. Le presta menos atención a todo lo que le rodea y un desagradable sentimiento de indecisión le domina de súbito. Sin embargo, a pesar de esa vocecita deshonorosa que se ha despertado en su interior ante la visión del peligro, decide, sobre todo después de ver a un soldado que entre risas pasa corriendo a su lado mientras agita los brazos y resbala por el fango ladera abajo, acallar esa voz: saca pecho

involuntariamente, alza la cabeza y empieza a trepar por la colina resbaladiza y arcillosa. Apenas acaba de subir unos metros y ya empiezan a zumbarle las balas por todas partes, así que quizá se plantee seriamente ir por la trinchera paralela al camino, pero está llena hasta más arriba de la rodilla de un fango tan líquido, amarillo y maloliente que seguramente acabará eligiendo el camino, sobre todo al ver que *todos van por él*. Tras recorrer unos doscientos pasos, llega a una plaza embarrada, excavada y rodeada por todas partes de gaviones, terraplenes, despensas, plataformas y cuevas en las que hay grandes cañones de hierro y proyectiles apilados en pirámide. Tiene la sensación de que todo y todos están amontonados sin ningún objeto, relación u orden: aquí, en la batería, está sentado un grupo de marineros, allí, en medio de la plaza, se ve, medio hundido en el barro, un cañón roto; aquí, un soldado de infantería que atraviesa armado la batería y con esfuerzo saca la pierna del fango pegajoso. Y en cualquier parte, en cualquier lado, descubre cascos, bombas sin explotar, balas, huellas del campamento, todo hundido en el mismo fango pegajoso. No muy lejos le parece oír la explosión de una bomba. Por todas partes le parece oír el diferente sonido de las balas —ya zumban como abejas, ya silban o aúllan

como las cuerdas de los instrumentos— y oye también el terrible ruido seco de una detonación que le sacude por completo y que, por alguna razón, le parece realmente aterrador.

«Así que éste es el cuarto bastión, ese lugar terrible y espantoso», se dice con un pequeño sentimiento de orgullo y una gran sensación de miedo contenido. Pero desengáñese: todavía no está en el cuarto bastión, sino en el reducto Yazónovski, un lugar relativamente seguro y nada espantoso. Para ir al cuarto bastión, vaya hacia la derecha por esa trinchera estrecha por la que, inclinado, a duras penas avanzaría un soldado. En la trinchera quizá encuentre de nuevo camillas, marineros, soldados con palas. Verá zapadores, cuevas embarradas donde, agachadas, solo pueden entrar dos personas, y verá también cosacos del batallón del mar Negro; aquí se cambian de calzado, comen, fuman y viven. Y verá de nuevo por todas partes el mismo fango maloliente, las huellas de campamento y trozos de hierro de todos los aspectos posibles. Andando unos trescientos pasos saldrá otra vez a la batería, a la plaza repleta de fosos y rodeada de gaviones cubiertos de tierra, cañones en sus plataformas y terraplenes. Aquí quizá vea a unos cinco marineros jugando a las cartas tras un parapeto o a un oficial de la marina que, al

descubrir que es usted nuevo e intuir su curiosidad, le enseña gustosamente su equipo y todo aquello que pueda interesarle. El oficial, sentado en un cañón, lía su cigarrillo de papel amarillento con tanta calma, se pasea de una tronera a otra con tanta tranquilidad y le habla con tan poca afectación y tanto sosiego que, a pesar de las balas que zumban por encima de su cabeza con más frecuencia que antes, usted mismo se serena y atentamente interroga y escucha las historias del oficial. Éste le hablará —pero únicamente si usted le pregunta— de los bombardeos del día 5, le contará que en su batería solo funcionaba un cañón y que de todos los servidores solo quedaban ocho y, sin embargo, a la mañana siguiente, el día 6, disparó desde todos los cañones. Le contará que el 5 cayó una bomba en una cueva de marineros y mató a once personas. Le enseñará desde una tronera las baterías y trincheras enemigas, a no más de treinta o cuarenta *sazheny*^[10]. Yo lo único que temo es que, influido por el zumbido de las balas, no pueda ver nada cuando se asome a la tronera para observar al enemigo, y si ve algo, se asombre mucho de que ese terraplén de piedra blanco que está tan cerca de usted y del que surge una blanca cortina de humo, precisamente ese terraplén blanco, sea el enemigo, sea *él*, como lo llaman soldados y marineros.

Incluso es muy posible que el oficial, por vanidad o simplemente porque sí, quiera disparar un poco. «Que el artillero y el servidor vayan al cañón». Y unos catorce marineros se acercan animada y alegremente al cañón para cargarlo: unos metiendo la pipa en el bolsillo, otros masticando pan seco, todos taconeando con sus botas reforzadas. Fíjese en los rostros, en la presencia y movimientos de esta gente: en cada arruga de su cara bronceada y de sus pómulos pronunciados, en cada músculo, en la anchura de sus hombros y el grosor de sus pies calzados con enormes botas, en cada movimiento tranquilo, firme, reposado, se perciben los principales rasgos que constituyen la fuerza del pueblo ruso: la sencillez y la obstinación; sin embargo, le parece que aquí el peligro, la maldad y el sufrimiento de la guerra han impreso en cada rostro, además de aquellas cualidades principales, las huellas de la conciencia de su dignidad y de un gran pensamiento y sentimiento.

De repente, un espantoso ruido que le sacude no solo los oídos sino todo su ser le golpea de tal forma que un temblor le recorre el cuerpo. Tras él, el silbido de un proyectil que se aleja y un denso humo de pólvora le envuelve a usted, la plataforma y a las oscuras figuras de los marineros que se mueven por

ella. Con motivo de nuestro disparo oírás las diferentes opiniones de los marineros y verá tal entusiasmo y manifestación de sentimiento como no esperaba verlos; quizá sea ese sentimiento de maldad, de vengarse del enemigo, que se esconde en cada alma. Oírás exclamaciones alegres: «Dio de lleno en la *tonera*, parece que mató a dos... ahí se los llevan». «Ahora se enfadará y nos disparará», dice alguien. Y, efectivamente, muy pronto verá enfrente un rayo, humo. El centinela del parapeto gritará: «¡Boomba!», y un proyectil aullará a su lado, se estrellará en el suelo y del boquete saldrá una lluvia de barro y piedras. El disparo enfadará al jefe de batería, que ordenará cargar un segundo y un tercer cañón, el enemigo de nuevo nos responderá y usted experimentará un curioso sentimiento y será testigo de cosas curiosas. El centinela gritará otra vez: «¡Bomba!», y oírás el mismo sonido y el mismo golpe, las mismas chispas; o gritará «¡Mortero!», y entonces oírás un silbido de proyectil uniforme y bastante agradable al que difícilmente asociará con la idea de algo horrible. Oírás el silbido acercándose cada vez más rápido y después verá la bola negra, el choque con la tierra y la considerable, estridente explosión de la bomba. Entre pitidos y aullidos volarán los cascos, empezarán a susurrar las piedras

en el aire y el barro le salpicará. Ante este ruido conocerá una extraña mezcla de placer y miedo. En ese momento en que sabe que el proyectil vuela hacia usted, seguramente se le ocurra la idea de que le matará, pero su amor propio le sostiene y nadie nota cómo un cuchillo le roe el corazón. Por eso, cuando el proyectil sobrevuela sin tocarle, resucita y un sentimiento placentero y extraordinariamente agradable se apodera de usted, aunque apenas por un instante, ya que encuentra un encanto especial en el peligro, en este juego de vida o muerte; le gustaría que los proyectiles y las bombas cayeran cada vez más cerca. Pero ya el centinela de nuevo grita con voz fuerte y sonora: «¡Mortero!», y de nuevo se oyen el silbido, el choque y la explosión de la bomba, pero, además, a ellos se une ahora el gemido de un hombre. Al mismo tiempo que los camilleros se acerca al herido, quien, entre sangre y barro, tiene un extraño aspecto inhumano. Al marinero le han arrancado un trozo de pecho. Al principio, en su cara salpicada de barro solo se ve susto y la expresión fingida y anticipada del sufrimiento propio de una persona en tal situación. Pero, cuando le acercan la camilla y él solo se tiende en ella sobre su costado sano, usted observará cómo en sus facciones se reflejan ahora el entusiasmo y un pensamiento

elevado y secreto: los ojos brillan con más fuerza, aprieta los dientes y, con esfuerzo, alza más la cabeza. Justo cuando lo levantan, para la camilla y a duras penas dice a sus compañeros con voz vacilante: «¡Perdonadme, hermanos!», todavía quiere decir algo más y se ve que es algo emocionante; sin embargo, solo repite una vez más: «¡Perdonadme, hermanos!». En ese momento otro marinero se le acerca, se pone la gorra que el herido le ofrece y, tranquilo e indiferente, agitando las manos, regresa a su puesto. «Cada día caen siete u ocho hombres», le dice el oficial de la marina como respuesta a la expresión de horror que aparece en su rostro, al tiempo que bosteza y lía un cigarrillo de papel amarillento...

Bien, ya ha visto a los defensores de Sevastópolis en el mismo lugar de su defensa; mientras regresa, por alguna razón, no presta atención a las bombas y balas que siguen silbando hasta llegar a un teatro destruido, y camina con espíritu tranquilo y elevado. Lo que importa es la agradable convicción que ha adquirido, la convicción de la imposibilidad de tomar Sevastópolis, y no solo de tomar Sevastópolis, sino de minar sea donde sea la fuerza del pueblo ruso, y esa

imposibilidad no la ha descubierto en la cantidad de traveses, parapetos, enmarañadas trincheras, minas y cañones dispuestos unos tras otros, de los que no entiende nada. La ha descubierto en los ojos, las palabras y las actitudes, en eso que se denomina el espíritu de los defensores de Sevastópol. Todo lo hacen de una forma tan sencilla, con tan poca atención y esfuerzo, que, está convencido, podrían hacerlo cien veces más... ellos pueden hacerlo todo. Comprende que lo que les impulsa a trabajar no es ese sentimiento de insignificancia, vanidad o distracción que usted mismo experimentó, sino otro más imperioso que hace de ellos personas que viven tranquilamente bajo las bombas, bajo cien probabilidades de muerte en lugar de la única a la que está expuesto todo el mundo, personas que viven en tales condiciones en medio del incesante trabajo, la vigilia y el barro. La gente no acepta esas terribles condiciones por un título, una cruz o una serie de amenazas: tiene que haber otra razón, sublime e inductora. Y esa razón es un sentimiento rara vez manifestado, debido al pudor del pueblo ruso, pero que se oculta en el fondo de cada alma: el amor a la patria. Solo ahora los relatos sobre los primeros momentos del sitio de Sevastópol, cuando aquí no había fortificaciones ni tropas, cuando no había

posibilidad física de mantener la ciudad y aun así no existía ni la más pequeña duda de que no se entregaría al enemigo, sobre el tiempo en que Kornílov, héroe digno de la Antigua Grecia, mientras pasaba revista dijo: «¡Moriremos, muchachos, pero no entregaremos Sevastópolis!», y los nuestros, incapaces de hacer frases, respondieron: «¡Moriremos! ¡Hurra!», solo ahora esos relatos dejan de ser para usted hermosas leyendas históricas y pasan a ser certezas, hechos. Se hará una idea clara, se imaginará a esas gentes que ahora ha visto, a esos héroes que no cayeron en los momentos difíciles, sino que se elevaron con ánimo y se prepararon con placer para morir no por la ciudad, sino por la patria. Durante mucho tiempo en Rusia causará gran impresión esta epopeya cuyo héroe fue el pueblo ruso...

Ya anochece. El sol, justo antes del ocaso, sale de detrás de las nubes grises que cubren el cielo y, de repente, con luz purpúrea, ilumina las nubes lilas, el mar verdoso cubierto de barcos y botes, agitado por una constante y amplia marejada, los blancos edificios de la ciudad y a la gente que avanza por la calle. Por el agua se extiende el son de un antiguo vals, que interpreta la orquesta del regimiento en el bulevar, y el ruido de los disparos desde los

bastiones, que hace de una extraña segunda voz.

Sevastópol, 25 de abril de 1855

SEVASTÓPOL EN EL MES DE MAYO

Ya han pasado seis meses desde que silbara el primer proyectil desde los bastiones de Sevastópolis y abriese la tierra en la que trabaja el enemigo; desde entonces, miles de bombas, proyectiles y balas no han dejado de volar de los bastiones a las trincheras y de las trincheras a los bastiones y el ángel de la muerte no ha dejado de planear sobre ellos.

Miles de hombres han sido ofendidos en su amor propio, miles lo han satisfecho y se han envanecido, miles se han tranquilizado ante el abrazo de la muerte. ¡Cuántas estrellas concedidas, cuántas recogidas, cuántas Annas y Vladímirs^[11], cuántos ataúdes de alarguez y mantos de lienzo! Y todavía esos mismos sonidos se oyen en los bastiones, todavía del mismo modo —con temblor involuntario y miedo supersticioso— en las noches claras los franceses contemplan desde su campamento la amarillenta tierra excavada de los bastiones de Sevastópolis y las oscuras siluetas de nuestros marineros que se mueven por ella y cuentan las troneras de las que, enfadados, sobresalen cañones de hierro; todavía del mismo modo el suboficial de navegación examina con el catalejo desde la torre de

telégrafos las abigarradas siluetas de los franceses, sus baterías, sus tiendas de campaña, las columnas moviéndose por el monte Zeliónaia y las cortinas de humo relumbrantes en las trincheras. Y todavía con el mismo fervor desde distintas partes del mundo se lanzan a este fatídico lugar gente diversa con deseos aún más diversos.

Pero las cuestiones que no resuelven los diplomáticos menos aún las resuelven la pólvora y la sangre.

A menudo se me ocurre una extraña idea: ¿qué ocurriría si uno de los bandos combatientes propusiera al otro enviar un soldado de cada ejército? Este deseo podría parecer extraño, pero ¿por qué no cumplirlo? Después se enviaría a otro por cada lado, después un tercero, un cuarto y así hasta que solo quedara un soldado en cada ejército (suponiendo que los ejércitos sean iguales en fuerza y que la cantidad sustituya a la calidad). De ese modo, si efectivamente las cuestiones políticas complejas entre representantes razonables de seres razonables tienen que resolverse por la fuerza, dejaríamos que pelearan estos dos soldados: uno asediaría la ciudad, el otro la defendería.

Este razonamiento puede parecer una paradoja y, sin embargo, es cierto. En realidad, ¿cuál sería la

diferencia entre un ruso luchando contra un representante de los aliados y entre ochenta mil luchando contra ochenta mil? ¿Por qué no ciento treinta y cinco mil contra ciento treinta y cinco mil? ¿Por qué no veinte mil contra veinte mil? ¿Por qué no veinte contra veinte? ¿Por qué no uno contra uno? De ninguna manera una cosa es más lógica que la otra. Es más, la última es más lógica puesto que es más humana. Una de dos: o la guerra es una locura o, si la gente comete esta locura, entonces es que no son en absoluto seres razonables, como por alguna razón solemos pensar.

II

En la ciudad sitiada de Sevastópol, en el bulevar próximo al pabellón tocaba la orquesta del regimiento y un gentío de soldados y mujeres avanzaba alegre por las veredillas. Por la mañana el sol claro y alegre salió sobre las obras inglesas, cruzó los bastiones, después la ciudad y el cuartel Nikoláievski e, iluminando con igual alegría a todos, descendía ahora sobre el lejano mar azul, que, con un rítmico balanceo, resplandecía con su brillo plateado.

Un oficial de infantería alto y algo encorvado salió, colocándose un guante no completamente blanco pero sí limpio, por la cancela de una de las pequeñas casas para marineros construidas en el lado izquierdo de la calle Morskaia y, mirando al suelo con aire pensativo, se dirigió hacia la colina, hacia el bulevar. La expresión de su rostro poco agraciado, de frente baja, revelaba torpeza en sus facultades mentales, pero también sensatez, honradez e inclinación por la rectitud. Estaba mal hecho: tenía las piernas largas y era torpe en sus movimientos, que parecían avergonzarle. Llevaba una gorra sin gastar, fina, capote de un color lila algo extraño, bajo cuya orilla se veía la cadenita dorada de un reloj; pantalones de trabillas y botas de becerro limpias, brillantes, aunque con los tacones un poco gastados en algunas partes. Pero no eran estas prendas, que no encontramos normalmente en un oficial de infantería, sino la expresión general de su figura lo que llevaba al experimentado ojo de un militar a caracterizarlo enseguida como algo más que un simple oficial de infantería. Podría ser alemán, si los rasgos de su rostro no revelaran su origen puramente ruso, o edecán o furriel de un regimiento (pero entonces llevaría espuelas), o un oficial de la caballería o de la guardia al que han trasladado para que participe en

la campaña. Efectivamente, lo habían trasladado de la caballería y en ese momento, mientras subía hacia el bulevar, pensaba en la carta que acababa de recibir de su antiguo compañero, ya retirado, terrateniente de la provincia T., y de su mujer, la pálida Natasha de ojos azules, su gran amiga.

Recordó una parte de la carta, en la que su compañero había escrito: «Cuando nos traen *El Inválido*^[12], Pupka (así llamaba a su mujer el ulano retirado) corre al recibidor, coge los periódicos y vuelve con ellos al *banquito del cenador*, al *salón* (donde, ¿recuerdas?, tan bien pasamos las tardes de invierno cuando el batallón se detuvo en nuestra ciudad) y lee *vuestras* heroicas hazañas con un ardor que no puedes ni imaginar. Ella habla mucho de ti: “Fíjate en Mijáilov —dice—, él sí que es un *buen hombre*, estoy dispuesta a besarle en cuanto le vea, *combate en los bastiones* y sin duda recibirá la Cruz de San Jorge y hablarán de él en los periódicos”, y sigue así, de modo que empiezo a tener verdaderos celos de ti». En otra parte escribe: «Aquí los periódicos llegan muy tarde y, aunque nos cuentan muchas noticias, no todas se pueden creer. Por ejemplo, unas *señoritas* conocidas tuyas nos contaban ayer casi cantando que nuestros cosacos habían prendido a Napoleón y lo habían enviado a

San Petersburgo, pero comprenderás lo poco que me creo estas cosas. También nos contó un viajero de San Petersburgo (trabaja con el ministro en misiones especiales, es un hombre muy gentil y como ahora no hay nadie en la ciudad es para nosotros tal *risurs*^[13] que no puedes ni imaginar), bueno, él da por cierto que los nuestros ocuparon Eupatoria^[14], *así que los franceses no tienen comunicación con Balaklava*^[15], y que murieron doscientos de los nuestros pero hasta quince mil franceses. Mi mujer se emocionó tanto con esa noticia que *estuvo celebrándola* toda la noche y decía que seguro que tú, lo presentía, habías estado en esta campaña y que habías destacado»...

A pesar de estas palabras y expresiones que he marcado a propósito en cursiva y del tono general de la carta, mediante el cual un lector arrogante probablemente se formaría una idea acertada y desfavorable de la probidad del propio capitán ayudante Mijáilov, con sus botas gastadas, de su compañero, que escribe *risurs* y tiene unos conceptos sobre geografía tan extraños, de la pálida amiga en el *banquito* (quizá, y no sin razón, se imagine a Natasha con las uñas sucias) y, en general, de todo este círculo provinciano, ocioso y ajado al que desprecia, a pesar de todo esto, el capitán ayudante Mijáilov recordaba con un placer indescriptiblemente triste a

su pálida amiga de provincias y cómo solía sentarse con ella por las tardes en el cenador y hablaba de *sentimientos*, recordaba al bueno de su compañero, el ulano, cómo se enfadaba y perdía cuando en el gabinete solían apostar un kopek, cómo la mujer se reía de él, recordaba la amistad que le profesaban (quizá a él le pareciera que había algo más por parte de su pálida amiga): todos esos rostros y situaciones surgían en su imaginación con un agradable color rosa, como algo extremadamente dulce, y, sonriendo ante estos recuerdos, llevó su mano al bolsillo donde guardaba la carta tan querida. Estos recuerdos tenían aún más encanto para el capitán ayudante Mijáilov, puesto que el círculo del regimiento de infantería en el que ahora tenía que vivir era bastante inferior al que frecuentaba antes como miembro de la caballería y caballero de las damas, en todas partes bien recibido en la ciudad de T.

Su anterior círculo era hasta tal punto superior al de ahora, que cuando en los momentos de sinceridad se le ocurría contar a sus compañeros de infantería que tenía su propio *drozki*, que había bailado en casa del gobernador y había jugado a las cartas con un general de paisano, éstos le escuchaban indiferentes e incrédulos, como si no desearan contradecirle y demostrar otra cosa: «Dejadle que

hable», decían. Si no manifestaba un desprecio evidente por las juergas de sus compañeros —el vodka, las apuestas a cuatro kopeks con cartas antiguas— y, en general, por la rudeza de su relación, se debía a su carácter especialmente dulce, sociable y sensato.

Al capitán ayudante Mijáilov los recuerdos le llevaron sin querer a sus sueños y esperanzas. «¡Cuánto se asombrará y se alegrará Natasha — pensaba mientras andaba con sus botas gastadas por una callejuela estrecha— cuando de repente lea en *El Inválido* la descripción de cómo fui el primero en trepar al cañón y recibí la Cruz de San Jorge! Me propondrán para capitán. Este mismo año me harán mayor del frente porque mataremos a muchos, aunque seguramente morirán muchos hermanos nuestros en esta campaña. Y después habrá otro combate y, por ser una persona conocida, me confiarán un regimiento... teniente coronel... la orden de Anna al cuello... coronel...», y así ya era un general digno de visitar a Natasha, la viuda de su compañero que, en sus sueños, moría justo en el momento en que la música del bulevar se hacía más clara en sus oídos, el gentío se le echaba encima y se encontraba en el bulevar como lo que era: un antiguo capitán ayudante de infantería, insignificante, torpe y tímido.

III

Se acercó primero al pabellón junto al que tocaban los músicos, a quienes, a modo de atriles, otros soldados de su mismo regimiento sujetaban las partituras abiertas; a su alrededor, mirando más que escuchando, se había formado un círculo de escribientes, cadetes, niñeras con niños y oficiales con capotes *viejos*. Alrededor del pabellón, de pie, sentados o paseando, había marinos, ayudantes y oficiales con guantes blancos y capotes nuevos. Por la gran alameda del bulevar paseaba toda clase de oficiales y de mujeres, pocas veces con sombrero, la mayoría con pañuelo (las había también sin sombrero y sin pañuelo), pero ni uno solo era mayor, sino que, increíblemente, todos eran jóvenes. Abajo, por las alamedas de acacias blancas, sombrías y olorosas, había grupos aislados, sentados o paseando.

Nadie se alegró especialmente de encontrar al capitán ayudante Mijáilov en el bulevar, excepto quizá sus capitanes de regimiento Obzhógov y Súslikov, que le estrecharon la mano con ímpetu; pero el primero llevaba pantalones de camello, iba sin guantes, con el capote deshilachado y la cara tan

colorada y sudada, y el segundo gritaba con tanta fuerza y desenfado, que daba vergüenza ir con ellos, sobre todo delante de los oficiales con guantes blancos, a uno de los cuales —el edecán— el capitán ayudante Mijáilov había saludado y al otro —el oficial superior— podría saludar puesto que habían coincidido dos veces en casa de un conocido común. Normalmente le resultaba divertido pasear con los señores Obzhógov y Súslikov, independientemente de que se encontraran y se estrecharan las manos seis veces al día, pero no había venido *al baile* para eso.

Le gustaría acercarse al edecán al que había saludado y conversar con esos señores, no para que los capitanes Obzhógov y Súslikov, el teniente Pashtetski u otros le vean hablando con ellos, sino sencillamente porque son gente agradable; además conocen todas las novedades, le contarían cosas...

Entonces, ¿por qué tiene miedo el capitán ayudante Mijáilov y no se decide a acercarse a ellos? «¿Y si de repente no me saludan —piensa—, o me saludan y continúan hablando entre ellos como si yo no estuviera, o simplemente se alejan de mí y me quedo allí solo entre *aristócratas*?». La palabra «aristócratas» (en el sentido de grupo superior selecto, sea del estamento que sea) ha adquirido desde hace algún tiempo en Rusia, donde no debiera

de haber existido nunca, una gran popularidad y ha alcanzado todas las regiones y todas las capas de la sociedad a las que se ha extendido la soberbia (pero ¿en qué condiciones de tiempo y circunstancias no surge esta ruin debilidad?), entre comerciantes, entre burócratas, escribientes u oficiales, en Sarátov, Mamadysh o Venecia, en cualquier lugar en el que haya gente. Y, como en la ciudad sitiada de Sevastópol hay mucha gente, pues soberbia también hay mucha, es decir, «aristócratas», a pesar de que a cada instante la muerte pende sobre la cabeza de cada «aristócrata» y «no aristócrata».

Para el capitán Obzhógov, el capitán ayudante Mijáilov es «aristócrata» puesto que lleva capote limpio y guantes, y él no puede soportarlo por eso, a pesar de que lo respeta un poco. Para el capitán ayudante Mijáilov, el edecán Kalugin es «aristócrata» porque es edecán y tutea a los demás edecanes, y por eso no le es del todo simpático a pesar de que le teme. Para el ayudante Kalugin el conde Nórdov es «aristócrata» y, en su interior, siempre se reprende y se desprecia por ser un ayudante del zar. Terrible palabra «aristócrata». ¿Por qué el subteniente Zóbov ríe tan forzado, a pesar de que no hay nada gracioso, cuando pasa por delante de su compañero, y lo ve sentado con un oficial

superior? Para demostrarles que, aunque él no es «aristócrata», no es en absoluto inferior a ellos. ¿Por qué el oficial superior habla con una voz tan débil, indolente y triste? Para demostrar a su interlocutor que él es un «aristócrata» muy benevolente por conversar con un subteniente. ¿Por qué el cadete gesticula tanto y hace guiños detrás de una señorita a quien ve por primera vez y a quien no se decidirá de ninguna manera a acercarse? Para demostrar a todos los oficiales que, a pesar de que se quite el sombrero ante ellos, él es sobre todo «aristócrata» y muy alegre. ¿Por qué el capitán de artillería fue tan rudo con un ordenanza bonachón? Para demostrar a todos que él nunca adula y que no necesita a los «aristócratas», y así sucesivamente.

Soberbia, soberbia y soberbia por todas partes: incluso al borde de la tumba y entre gente dispuesta a morir por una elevada convicción. ¡La soberbia! Probablemente sea un rasgo característico y una enfermedad original de nuestra época. ¿Por qué los antiguos no oyeron hablar de este mal como de la viruela o el cólera? ¿Por qué en nuestra época solo hay tres clases de personas: unas que aceptan el principio de la soberbia como algo imprescindible y, por lo tanto, justificado en la vida y libremente se someten a ella; otras que la aceptan como condición

desgraciada pero insalvable; y otras aún que inconsciente y servilmente actúan bajo su influencia? ¿Por qué Homero y Shakespeare hablaron de amor, fama y dolor y la literatura de nuestra época es solamente un continuo relato de Esnobismo y Soberbia?

El capitán ayudante Mijáilov pasó dos veces indeciso por delante del grupo de sus «aristócratas»; a la tercera reunió todas sus fuerzas y se acercó a ellos. El grupo estaba formado por cuatro oficiales: el edecán Kalugin, conocido de Mijáilov; el también edecán príncipe Galtsin, quien era un poco «aristócrata» incluso para el propio Kalugin; el teniente coronel Neferdov, uno de los denominados «ciento veintidós» hombres de mundo ya retirados que se habían alistado en el ejército en parte influidos por el patriotismo, en parte por la ambición y, principalmente, porque *todos* lo hacían; un viejo solterón que frecuentaba los clubes moscovitas y aquí se había incorporado al grupo de los descontentos que no hacían nada, no entendían nada, pero censuraban todas las disposiciones de los superiores; y el capitán de caballería Praskujin, también uno de los ciento veintidós héroes. Por fortuna para Mijáilov, Kalugin estaba de excelente humor (el general acababa de hablar con él con mucha

confianza y el príncipe Galtsin, recién llegado de San Petersburgo, se alojaba en su casa) y no consideró humillante dar la mano al capitán ayudante Mijáilov, a lo que no se decidió, sin embargo, Praskujin, que se cruzaba con Mijáilov en el bastión bastantes veces, había bebido de su vino y su vodka en repetidas ocasiones e incluso le debía doce rublos y medio de una partida de *préférence*^[16]. Como todavía no conocía bien al príncipe Galtsin, no deseaba revelar ante él su trato con un simple capitán ayudante de infantería y le saludó con una pequeña reverencia.

—Bueno, capitán —dijo Kalugin—, ¿cuándo regresa al bastión? Recuerda cuando nos encontramos en el reducto Shvartsovski, ¿estaba al rojo vivo, no?

—Así es —dijo Mijáilov acordándose con pesar de su abatida figura esa noche cuando, mientras se dirigía agachado al bastión por la trinchera, se encontró con Kalugin, quien andaba con gallardía mientras hacía tintinear con ánimo el sable.

—En realidad debería ir mañana —continuó Mijáilov—, pero se ha puesto enfermo un oficial y por eso... —Quería decir que no era su turno pero, como el jefe de la octava compañía estaba enfermo y en la compañía quedaba solo un alférez, él consideraba obligación suya ofrecerse en lugar del

teniente Nepshitshetski, y por eso iría ahora al bastión. Pero Kalugin no llegó a oírle.

—Tengo la sensación de que en pocos días ocurrirá algo —dijo al príncipe Galtsin.

—Y entonces, ¿ahora no ocurre nada? —preguntó tímido Mijáilov mirando ya a Kalugin, ya a Galtsin. Ninguno le respondió. El príncipe Galtsin solamente se encogió un poco, echó una mirada por encima de su gorra y, tras un pequeño silencio, dijo:

—Bonita muchacha la del pañuelo rojo. ¿La conoce, capitán?

—Es la hija de un marinero que vive cerca de mi casa —respondió el capitán ayudante.

—Vayamos a verla bien.

Y el príncipe Galtsin tomó del brazo a Kalugin y al capitán ayudante, dando por seguro que este último se sentiría muy complacido, como así era.

El capitán ayudante era supersticioso y le parecía una gran falta distraerse con mujeres antes del trabajo, pero en esta ocasión fingió ser un gran libertino, lo que, evidentemente, no se creyeron ni el príncipe Galtsin ni Kalugin, y sorprendió bastante a la chica del pañuelo rojo, quien más de una vez había notado que el capitán ayudante se sonrojaba al pasar por delante de su ventana. Praskujin iba detrás y continuamente llamaba la atención del príncipe

Galtsin haciendo diversas observaciones en francés, pero, puesto que no podían andar los cuatro por la vereda, tuvo que ir solo hasta que en la segunda vuelta tomó del brazo al renombrado valiente oficial de marina Serviaguin, que se había acercado y había empezado a hablar con él, deseando unirse también al círculo de «aristócratas». El renombrado valiente pasó con alegría su mano musculosa y honrada por el codo de Praskujin, bien conocido por todos y por el propio Serviaguin por no ser demasiado buena persona. Sin embargo, cuando Praskujin, para explicar al príncipe su amistad con *este* marino, le susurró que era un renombrado valiente, el príncipe Galtsin, que había estado el día anterior en el cuarto bastión y había visto explotar una bomba a veinte pasos, se consideró no menos valiente que este señor y, dando por sentado que muchas veces la reputación se ganaba por nada, no prestó ninguna atención a Serviaguin.

Al capitán ayudante Mijáilov le era tan agradable pasear en esta compañía que se olvidó de la carta *querida* de T., de los pensamientos sombríos que le asediaron ante la inminente partida al bastión y, lo más importante, de que tenía que estar en casa a las siete. Estuvo con ellos hasta que empezaron a hablar exclusivamente entre sí, evitando mirarle para

hacerle saber que se podía ir, y, al final, se alejaron completamente de él. De todas formas, el capitán ayudante estaba contento y al pasar junto al cadete barón Pest, quien estaba especialmente orgulloso y seguro de sí mismo debido a la noche anterior, pues la había pasado por primera vez en el blindaje del quinto bastión y se consideraba por ello un héroe, en absoluto le desagradó la expresión sospechosamente altiva con la que el cadete se puso firme y se quitó la gorra.

IV

Sin embargo, apenas el capitán ayudante cruzó el umbral de su piso, le vinieron a la cabeza pensamientos completamente distintos. Contempló su pequeña habitación con el suelo de tierra irregular y las ventanas torcidas tapadas con papel, su cama vieja con un tapiz colgado encima en el que estaba pintada una amazona y del que colgaban dos pistolas de Tula, la cama sucia y la manta de percal del cadete que vivía con él. Contempló a Nikita que, con su grasiento pelo revuelto, se levantaba del suelo rascándose. Contempló su viejo capote, sus propias botas y un hatillo del que sobresalía la punta de un

queso con aire a jabón y el cuello de una botella de *porter*^[17] con vodka, todo listo para que se lo llevara al bastión y, con un sentimiento parecido al terror, recordó de repente que tenía que pasar toda la noche en las posiciones con la compañía.

«Seguro que me matarán esta noche —pensaba el capitán ayudante—, lo presiento. Y lo peor es que no tenía que ir, que me ofrecí yo solo. Y es que siempre matan al que se lo busca. ¿Y de qué está enfermo ese maldito Nepshitshetski? Casi seguro que no tiene nada y entonces, por su culpa, matarán a un hombre, seguro que lo matan. Por otra parte, si no me matan, es probable que me promuevan. Vi que al jefe del regimiento le gustó que dijera que me permitiera ir si el teniente Nepshitshetski estaba enfermo. Si no me hacen mayor, por lo menos conseguiré la orden de Vladímir. Si es que ya es la trigésima vez que voy al bastión. ¡Ah, treinta! Un número detestable. Sin duda me matarán, siento que me matarán, pero alguien debe ir, la compañía no puede quedarse al mando de un alférez; y, si algo ocurriera, de ello depende el honor del regimiento, el honor del ejército. Es mi *deber* ir... sí, *un deber*. Pero este presentimiento». El capitán ayudante había olvidado que este presentimiento, más o menos fuerte, lo tenía cada vez que debía ir al bastión y no sabía que el mismo

presentimiento, más o menos fuerte, lo experimentaba todo el que iba a la guerra. Después de tranquilizarse un poco con esta idea del deber, que en el capitán ayudante, y en general en toda la gente corta de miras, era especialmente profunda y fuerte, se sentó a la mesa y se puso a escribir una carta de despedida a su padre, con el que últimamente no tenía muy buenas relaciones debido a asuntos monetarios. Diez minutos después, tras haber terminado la carta, se levantó de la mesa con los ojos húmedos por las lágrimas y, recitando mentalmente todas las oraciones que se sabía (porque le daba vergüenza rezar a Dios en voz alta delante de otras personas), empezó a vestirse. También tenía muchas ganas de besar el pequeño icono de Mitrofán^[18], bendición de su difunta madre y en el que tenía una fe especial, pero, puesto que se avergonzaba de hacerlo delante de Nikita, sacó el icono de la levita para poder cogerlo en la calle sin desabrocharse. El criado, borracho y ordinario, le colocó perezosamente la levita nueva (la vieja, la que llevaba normalmente el capitán ayudante cuando iba al bastión, no estaba arreglada).

—¿Por qué no está arreglada la levita? ¡No haces más que dormir, eres...! —dijo enfadado Mijáilov.

—¿Cómo dormir? —refunfuñó Nikita—. Me paso todo el día corriendo como un perro; y, aunque estoy

cansado, no puedo pegar ojo.

—Por lo que veo estás borracho otra vez.

—No he bebido con vuestro dinero, qué me reprocha.

—¡Calla, animal! —gritó el capitán ayudante dispuesto a golpear al hombre; antes solo estaba descompuesto, pero ahora las groserías de Nikita, al que quería, incluso mimaba, y con el que vivía desde hacía doce años, le habían afligido y sacado definitivamente de quicio.

—¡Animal! ¡Animal! —repitió el criado—. ¿Y por qué regaña a un animal, señor? Además, en estos momentos no está bien regañar.

Mijáilov recordó adónde iba y se sintió avergonzado.

—Es que sacas de quicio a cualquiera, Nikita —dijo con voz dulce—. Esa carta es para papá, déjala ahí encima de la mesa y no la toques —añadió enrojeciendo.

—Sí, señor —dijo Nikita mirando a las musarañas, visiblemente conmovido y con ganas de echarse a llorar, acusando la influencia del vino que había bebido «con su dinero».

Sin embargo, en el porche, cuando el capitán ayudante dijo: «¡Adiós, Nikita!», éste prorrumpió de repente en forzado llanto y se abalanzó sobre la mano

de su señor para besarla. «¡Adiós, señor!», sollozaba.

Una vieja marinera que estaba en el porche no pudo dejar de incorporarse, como mujer que era, a esta escena tan sentimental y empezó a enjugarse los ojos con la manga sucia y a repetir algo sobre que ya daba igual ser señor, puesto que soportaban los mismos suplicios, y que ella, pobrecita, se había quedado viuda; le contó por centésima vez al bebido Nikita su desgracia: cómo mataron a su marido en el primer bombardeo y cómo destrozaron toda su casita (en la que ella vivía, la que era suya), etc., etc. Tras la marcha de su señor, Nikita empezó a fumar, le pidió a la hija de la dueña que fuera a por vodka y muy pronto dejó de llorar; es más, riñó con la vieja por un cubo que al parecer ella le había estropeado.

«Quizá solo me hieran —se decía el capitán ayudante, mientras en medio del crepúsculo se acercaba con la compañía al bastión—, pero ¿dónde? ¿Aquí o aquí? —pensó señalando mentalmente el estómago y el pecho—. Y, si fuera aquí —pensaba, mirando la parte superior de la pierna—, entonces la atravesaría. Bueno, y si es aquí con un casco, ¡se acabó!».

El capitán ayudante, sin embargo, avanzó encorvado por la trinchera y llegó felizmente hasta

las posiciones; ya en la más completa oscuridad distribuyó con el oficial de zapadores a la gente para trabajar y se sentó en un foso bajo un parapeto. Había pocos disparos, solo de cuando en cuando relumbraban, nuestros o *suyos*, rayos y, brillando, la espoleta de una bomba trazaba un arco de fuego en el oscuro cielo estrellado. Pero todas las bombas caían lejos, detrás o a la derecha de la posición del foso en el que estaba sentado el capitán ayudante, así que se tranquilizó un poco, bebió algo de vodka, picó del queso con aspecto de jabón, fumó un cigarrillo y, después de rezar, probó a dormir un rato.

V

El príncipe Galtsin, el teniente coronel Neferdov, el cadete barón Pest, que se había encontrado con ellos en el bulevar, y Praskujin —a quien nadie había invitado y con el que nadie hablaba, pero que no se alejaba de ellos—, fueron todos a tomar el té a casa de Kalugin.

—Bueno, no has terminado de contarme lo de Vaska Mendel —dijo Kalugin después de quitarse el capote y sentándose en un sillón blando y cómodo junto a la ventana, mientras se desabrochaba el cuello

de su limpia y almidonada camisa holandesa—, ¿cómo se casó?

—¡Para morirse de risa, amigo! *Je vous dis, il y avait un temps où on ne parlait que de ça à Pétersbourg*^[19] —dijo riéndose el príncipe Galtsin, levantándose de un salto del piano en el que estaba acomodado y sentándose en la ventana al lado de Kalugin—, sencillamente graciosísimo. Me lo sé todo al detalle. —Y empezó a contar, con alegría, ingenio y animación, una historia de amor de la que haremos caso omiso puesto que no nos interesa.

Sin embargo, hay que reparar en que no solo el príncipe Galtsin, sino también todos estos señores que se han instalado aquí, unos en la ventana, otros con las piernas en alto y otros tras el piano, parecen personas totalmente distintas a las del bulevar: no se ve esa graciosa presunción y altanería que mostraron ante el oficial de infantería. Aquí, entre los suyos, parecían personas muy agradables, alegres y buenas, especialmente Kalugin y el príncipe Galtsin. La conversación giraba en torno a sus compañeros y conocidos de San Petersburgo.

—¿Y qué es de Maslovski?

—¿Cuál? ¿El ulano del emperador o el caballero de la guardia del zar?

—Conozco a los dos. El caballero de la guardia

estuvo conmigo de escolta justo al terminar la escuela. ¿Y el mayor, es capitán de caballería?

—¡Huy, hace mucho!

—¿Y qué, todavía arma alboroto con su gitana?

—No, la dejó. —Y todo por el estilo.

Después el príncipe Galtsin se sentó al piano y cantó con maestría una canción gitana. Praskujin, aunque nadie se lo pidió, empezó a acompañarle; lo hizo tan bien que le rogaron que repitiera, con lo que se puso muy contento.

Un criado trajo en una bandeja de plata té con nata y trenzas.

—Sirve al príncipe —dijo Kalugin.

—Se hace raro pensar —dijo Galtsin después de coger su vaso y alejándose hacia la ventana— que estamos aquí en una ciudad sitiada: *bailes al piano*, té con nata, y este cuarto que, de verdad, desearía uno tener en San Petersburgo.

—Si no existiera todo esto —les dijo a todos el anciano teniente coronel, disgustado—, sencillamente sería insoportable esta permanente espera de no se sabe qué... ver cómo cada día mueren y mueren sin parar y, además, vivir en el lodo y sin comodidades.

—¿Y qué pasa con nuestros oficiales de infantería —dijo Kalugin—, que viven en los bastiones con los soldados y comen *borsch*^[20] de

soldado? ¿Cómo lo soportan?

—Realmente no lo entiendo y, lo confieso, no puedo creer —dijo Galtsin— que gente de muda sucia, piojos y manos sin lavar puedan ser valientes. De ese modo, ya sabéis, *cette belle bravoure de gentilhomme*^[21] no puede existir.

—Ni ellos mismos entienden esta valentía —dijo Praskujin.

—Pero qué tonterías dices —le cortó enfadado Kalugin—; a decir verdad, los he visto aquí más que a ti y siempre y en todas partes digo que nuestros oficiales de infantería, aunque es cierto que tienen piojos y no se cambian de muda en diez días, son héroes, personas excepcionales.

En ese momento entró en el cuarto un oficial de infantería.

—Yo... tengo orden... ¿podría llevarme ante el gen... ante su excelentísima de parte del general N. N.^[22]? —preguntó, inclinándose azorado.

Kalugin se levantó, pero sin responder al saludo del oficial le preguntó con insultante cortesía y forzada sonrisa oficial si no *le* importaba esperar y, sin ofrecerle asiento ni prestarle mayor atención, se volvió hacia Galtsin y empezó a hablar en francés, por lo que el pobre oficial se quedó en medio de la sala sin saber qué hacer con su persona ni con sus

manos sin guantes, que colgaban delante de él.

—Es por un asunto de extrema urgencia, señor —dijo el oficial tras un breve silencio.

—¡Ah! Entonces vamos —dijo Kalugin con la misma sonrisa ofensiva, mientras se ponía el capote y le acompañaba a la puerta.

—*Eh bien, messieurs, je crois que cela chauffera cette nuit*^[23] —dijo Kalugin saliendo del cuarto del general.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué pasa? ¿Una salida? —preguntaron todos.

—No lo sé, podéis verlo vosotros mismos —respondió Kalugin con una sonrisa misteriosa.

—Sin embargo, dime si es verdad que ocurre algo —dijo el barón Pest—, porque entonces debo ir con el regimiento T. para la primera salida.

—Bueno, en ese caso ve con Dios.

—También mi superior está en el bastión; por consiguiente, yo también debería ir —dijo Praskujin poniéndose el sable; pero nadie le respondió: él solo tenía que saber si debía ir o no.

—No ocurrirá nada, lo noto —dijo el barón Pest, pensando con ansiedad en un combate inminente, pero poniéndose la gorra de lado con gallardía y saliendo de la sala con paso sonoro y firme junto a Praskujin y Neferdov, quienes también se

apresuraban a acudir a sus puestos con un sentimiento agobiante de miedo—. Adiós, caballeros.

—¡Hasta la vista, señores! Esta noche nos veremos de nuevo —gritó Kalugin desde la ventana cuando Praskujin y Pest, inclinados sobre el arzón de sus sillas cosacas, probablemente figurándose ser cosacos, pasaron trotando por el camino.

—¡Sí, un poco! —gritó el cadete, sin distinguir lo que le decían. Y el trote de los caballos cosacos enseguida cesó en la calle oscura.

—*Non, dites moi, est-ce qu'il y aura véritablement quelque chose cette nuit?*^[24] —dijo Galtsin recostado junto a Kalugin en la ventana, mirando las bombas que se elevaban sobre los bastiones.

—A ti puedo contártelo, porque tú has estado en los bastiones, ¿verdad? —Galtsin hizo una señal de asentimiento aunque había estado solo una vez en el cuarto bastión—. Allí, enfrente de nuestro fortín estaba la trinchera. —Y Kalugin, como persona no especialista pero que consideraba su opinión militar bastante fiable, empezó a contar, enredando y confundiendo un poco los términos de las fortificaciones, la posición de nuestras defensas y las del enemigo y el plan de la supuesta acción.

—Pero empiezan a disparar cerca de las

posiciones. ¡Hala!, ¿era nuestra o *suya*? Explotó ahí —decían apoyados en la ventana, mirando las líneas de fuego de las bombas que se cruzaban en el aire, los rayos de los disparos, el instante en que se iluminaba el cielo añil y el humo blanco de la pólvora y escuchando los disparos que se intensificaban por momentos.

—*Quel charmant coup d'oeil!*^[25], ¿verdad? —dijo Kalugin llamando la atención de su invitado sobre este espectáculo realmente bonito—. ¿Sabes que a veces no se diferencian las bombas de las estrellas?

—Sí, yo creía que eso era una estrella y resulta que cayó y explotó, mientras que esa estrella grande —¿cómo se llama?—, es igual que una bomba.

—¿Sabes?, me he acostumbrado tanto a las bombas que estoy seguro de que en Rusia, cuando contemple una noche estrellada, pensaré que todo son bombas: hasta ese punto me he acostumbrado.

—¿No debería participar en esta salida? —dijo el príncipe Galtsin después de un momento de silencio, estremeciéndose ante la idea de estar *allí* bajo un cañoneo tan horrible y pensando con placer que en ningún caso podían enviarle a tal lugar por la noche.

—¡Basta, amigo! Ni se te ocurra, pues yo mismo

no te lo permitiré —respondió Kalugin, quien sabía muy bien que Galtsin no iría por nada del mundo—. ¡Amigo, ya tendrás tiempo!

—¿De veras? Entonces, ¿crees que no hace falta ir?

En ese momento, por donde estaban mirando estos señores se pudo oír, por encima del rumor sordo de la artillería, un terrible traqueteo de fusil, y surgieron miles de pequeños fuegos brillando por todo el frente.

—¡Ahora es cuando empieza de verdad! —dijo Kalugin—. No puedo quedarme quieto ante este ruido de fusil, ¿sabes?, es como si me agarrara el alma. Vaya, también un «hurra» —añadió fijándose en el rumor lejano y prolongado de cientos de voces, «a-a-a-a-a», que llegaba hasta ellos desde el bastión.

—¿De quién es este «hurra»? ¿Nuestro o suyo?

—No lo sé, pero la lucha ya acabó porque cesó el fuego.

Entonces un oficial ordenanza, acompañado de un cosaco, se acercó al galope al porche, junto a la ventana, y bajó del caballo.

—¿De dónde viene?

—Del bastión. Necesitan al general.

—Vamos. ¿Qué ocurre?

—Atacaron las posiciones... Las tomaron... Los

franceses trajeron enormes reservas... Solo había dos batallones —decía jadeando el mismo oficial que había venido por la tarde recobrando el aliento a duras penas, pero dirigiéndose hacia la puerta con total soltura.

—Bueno, ¿retrocedieron? —preguntó Galtsin.

—No —respondió el oficial enfadado—, el batallón llegó a tiempo, los rechazaron, pero el jefe del regimiento ha muerto y también muchos oficiales. Se ordena enviar refuerzos...

Y con estas palabras pasó con Kalugin a ver al general, pero nosotros no les seguiremos hasta allí.

Cinco minutos después Kalugin se subía a su caballo cosaco (de nuevo con esa peculiar postura casi cosaca que, según he observado, todos los edecanes encuentran especialmente agradable) y partió al trote hacia el bastión para transmitir allí algunas órdenes y aguardar noticias sobre el resultado final de la contienda. Mientras, el príncipe Galtsin, influido por esa penosa inquietud que normalmente producen las señales cercanas de una batalla en el espectador que no participa en ella, salió a la calle y, sin objetivo alguno, se puso a caminar arriba y abajo.

VI

Una multitud de soldados llevaba en camillas o por el brazo a los heridos. La calle estaba totalmente oscura, solo muy de tarde en tarde brillaba alguna luz en las ventanas del hospital o en la residencia de los oficiales. Desde los bastiones llegaba el mismo estruendo de los cañones y del tiroteo de los fusiles, y en el cielo oscuro prendían los mismos fuegos. De vez en cuando se oían las pisadas del caballo de un ordenanza que pasaba al galope, el gemido de un herido, los pasos y la conversación de los camilleros o el murmullo mujeril de los asustados habitantes que habían salido a la puerta para ver el cañoneo.

Entre estos últimos estaban nuestro conocido Nikita, la vieja marinera, con quien ya había hecho las paces, y su hija de diez años.

—¡Dios mío, Virgen santísima! —decía para sí la vieja suspirando mientras miraba las bombas que volaban sin parar de un lado a otro como pelotas de fuego—. Pero ¡qué horror, qué horror! Vaya. Esto no pasó ni en el primer bombardeo. Mirad dónde ha estallado esa maldita: justo sobre nuestra casa del arrabal.

—No, es más adelante, están cayendo en el jardín de la tía Arinka —dijo la niña.

—Pero ¿dónde está, dónde está mi señor ahora? —dijo Nikita canturreando y todavía algo bebido—. Pero cuánto quiero yo a este señor mío, ni siquiera yo mismo lo sé. Él me pega y sin embargo yo le quiero terriblemente. Le quiero tanto que, Dios nos libre, si por desgracia le mataran, entonces, créame, tiita, que después de eso yo mismo no sé qué sería de mí. Se lo juro, pues es un señor tan bueno que sobran las palabras. No lo cambiaría por esos que juegan ahí a las cartas, esos que ¡fu!, ¡sobran las palabras! —concluyó, señalando la ventana iluminada de la habitación de su señor donde, en ausencia del capitán ayudante, el cadete Zhvadcheski, con motivo de la obtención de una cruz, había invitado a una juerga al subteniente Ugróvich y al teniente Nepshitshetski, el mismo que debía ir al bastión y que se encontraba indispuesto a causa de un flemón.

—Mira las estrellas, las estrellas también se mueven —mirando al cielo, la niña rompió el silencio que siguió a las palabras de Nikita—. ¡Allí, allí también cayó! ¿Por qué pasa eso, mamita?

—Destrozaron del todo nuestra casita —dijo la mujer suspirando y sin responder a la pregunta de su hija.

—Y cuando fuimos allí con el tío, mamita — continuaba diciendo la niña con voz cantarina—, había una enorme bala justo en la habitación, al lado del armario; por lo visto, atravesó el zaguán hasta la habitación y entró volando. Era tan enorme que no la levantarías.

—Las que tenían marido y dinero, ésas se fueron —decía la mujer—, pero aquí, ¡ay de mí!, solo desgracias, desgracias; solo me quedaba mi casita y también eso lo destrozaron. ¡Mira, mira cómo dispara el malvado! ¡Dios mío, Dios mío!

—Y justo cuando íbamos a salir, entonces una bomba vieeeeene volando, justo exploooota, se lleeeeeeena de tierra tanto que por poco no nos pilla a mí y al tío.

—Se merece una cruz por eso —dijo el cadete, que en ese momento salía con los oficiales al porche para contemplar el intercambio de disparos.

—¡Tú, vieja, ve a pedírsela al general! —dijo el teniente Nepshitshetski sacudiéndola por el hombro—. ¡Vamos!

—*Pójdę na ulicę zobaczyć co tam nowego*^[26] —añadió mientras bajaba por la escalerilla.

—*A my tym czasem napijmy się wódki, bo coś dusza w piętu ucieka*^[27] —dijo riéndose el jovial cadete Zhvadchevski.

VII

El príncipe Galtsin cada vez se encontraba con más heridos; unos iban en camilla, otros por su propio pie, sosteniéndose mutuamente y charlando.

—¡Cómo subían, hermanos! —decía con voz profunda un soldado alto que llevaba dos fusiles al hombro—. ¡Cómo subían, cómo gritaban: «¡Alá, alá!»!^[28] Uno encima de otro y a trepar. Matas a unos y trepan otros, no puedes hacer nada. Miles...

Pero en este punto del relato Galtsin le detuvo.

—¿Vienes del bastión?

—Efectivamente, señor.

—Bueno, ¿qué ha ocurrido? Cuenta.

—¿Que qué ha ocurrido? Su *fuerza* se aproximó, señor, escalaron la muralla y ya está. ¡Nos vencieron del todo, señor!

—¿Cómo que vencieron? ¿Es que acaso no los habéis rechazado?

—A dónde rechazarlos, si trajeron toda *su fuerza*: mataron a todos los nuestros y los refuerzos no llegaron. —El soldado se equivocaba porque habíamos conservado la trinchera; sin embargo es una singularidad que todos pueden notar: un soldado

herido en un combate siempre lo considera perdido y especialmente cruento.

—Pero a mí me dijeron que los habían rechazado —dijo Galtsin enfadado.

En ese momento el teniente Nepshitshetski, que había reconocido al príncipe Galtsin por su gorra blanca y deseaba aprovechar la situación para hablar con una persona tan importante, se acercó a él en la oscuridad.

—¿Me permitiría conocer qué es lo que ha pasado? —preguntó cortésmente, mientras se llevaba la mano a la visera.

—Yo mismo lo estoy preguntando —dijo el príncipe, y de nuevo se dirigió al soldado de los dos fusiles—. ¿No es posible que los rechazaran después? ¿Hace mucho que saliste de allí?

—¡Ahora mismo, señor! —respondió el soldado—. Casi seguro que han conquistado la trinchera, nos han vencido del todo.

—¡Cómo no os da vergüenza! ¡Entregar la trinchera! ¡Es horrible! —dijo Galtsin afligido ante esta indiferencia—. ¡Cómo no os da vergüenza! —repitió dando la espalda al soldado.

—¡Oh, este horrible pueblo! No se digne conocerlos —continuó el teniente Nepshitshetski—, le aseguro que es mejor no exigirle a esta gente ni

orgullo ni patriotismo ni sentido. Vea ese gentío que avanza, la décima parte no está herida, sino que todos son *asistentes*, todo vale con tal de huir del combate. ¡Pueblo ruin! ¡Compañeros, es vergonzoso actuar así, vergonzoso! ¡Entregar *nuestra* trinchera! —añadió dirigiéndose a los soldados.

—¿Y qué vamos a hacer ante esa *fuerza*? —gruñó un soldado.

—Pero ¡señores! —dijo en ese momento un soldado desde una camilla después de alcanzarlos—, ¿cómo no íbamos a entregarla si nos mataron a casi todos? Si nuestras fuerzas hubieran sido suficientes, no la habiéramos entregado en la vida, pero así ¿qué puedes hacer? Yo atravesé a uno con la bayoneta y entonces me golpearon... ¡Ay!, más suave, amigos, más recto, amigos, andad por lo liso... ¡ay! —el herido empezó a gemir.

—De todas formas parece que pasa mucha gente de más —dijo Galtsin parando de nuevo al mismo soldado alto con dos fusiles—. ¿Tú por qué te vas? ¡Oye, tú, detente!

El soldado se detuvo y con la mano izquierda se quitó el gorro.

—¿Adónde vas y para qué? —le gritó con severidad—. Le...

Pero en el momento en que se acercó al soldado

se dio cuenta de que llevaba el brazo derecho en cabestrillo y de que tenía sangre por encima del codo.

—¡Estoy herido, señor!

—¿Con qué te hirieron?

—Aquí, seguramente con una bala —dijo el soldado señalando su mano—, pero no sabría decirle qué me atravesó la cabeza —y, ladeándola, mostró el pelo ensangrentado y pegoteado en la nuca.

—Y el otro fusil ¿de quién es?

—Se lo quité a un francés, excelencia. Pero no me hubiera ido si no fuera por acompañar a ese soldado; si no, es posible que se caiga —añadió señalando a un soldado que iba un poco más adelante apoyado en su fusil, arrastrando y desplazando penosamente su pierna izquierda.

—Y ¿tú *dónde* vas, miserable? —gritó el teniente Nepshitshetski a otro soldado que venía hacia él, deseando agradar con su celo al importante príncipe. El soldado también estaba herido.

El príncipe Galtsin de repente empezó a sentirse terriblemente avergonzado del teniente Nepshitshetski y más aún de sí mismo. Se dio cuenta de que enrojecía, lo que le ocurría en muy pocas ocasiones; le dio la espalda al teniente y, sin hablar o examinar más a los heridos, se fue a la enfermería.

Tras abrirse paso en el porche a través de heridos que iban por su propio pie y camilleros que entraban con heridos y salían con muertos, Galtsin entró en la primera sala, echó una ojeada y al instante se dio la vuelta involuntariamente y salió a la calle. ¡Era demasiado terrible!

VIII

La gran sala alta y oscura —apenas iluminada por las cuatro o cinco velas con las que los médicos se acercaban a examinar a los heridos— estaba literalmente repleta. Los camilleros traían heridos constantemente, los dejaban unos junto a otros en el suelo, donde ya había tan poco espacio que los infelices se apretujaban y se manchaban de sangre unos a otros, y salían a por más. Los charcos de sangre que se veían en los sitios libres, la respiración febril de cientos de personas y el vaho de los trabajadores con las camillas producían un singular hedor, intenso, espeso, maloliente; en diversos rincones de la sala ardían tristemente tres o cuatro velas. El murmullo de los gemidos, suspiros y estertores, roto a veces por algún penetrante grito, flotaba por toda la sala. Las enfermeras, con el rostro

tranquilo y la expresión no de esa hueca compasión femenina lastimera y lacrimosa, sino de participación activa y práctica, en todas partes, iban andando entre los heridos, con medicinas, con agua, con vendas o hilas, y pasaban rápidamente entre los capotes y camisas ensangrentados. Los médicos, con el rostro sombrío y las mangas subidas, de rodillas delante de los heridos, cerca de los cuales los enfermeros sujetaban las velas, introducían los dedos en las heridas de bala, palpándolas, y daban la vuelta a los miembros arrancados que estaban colgando, sin reparar en los horribles gemidos ni en las súplicas de los mártires. Uno de los médicos estaba sentado junto a la puerta, detrás de una mesita, y cuando Galtsin entró en la sala ya llevaba registrados quinientos treinta y dos.

—Iván Bogáiev, soldado de la tercera compañía del regimiento S., *fractura femoris complicata*^[29] — gritaba otro desde un extremo de la sala palpando la pierna rota—. Vamos, dale la vuelta.

—¡Ay, padre mío, Dios mío! —gritaba el soldado suplicando que no le tocaran.

—*Perforatio capitis*^[30].

—Semión Neferdov, teniente coronel del regimiento de infantería N. Aguante un poco, coronel, no hay manera, lo dejaré —decía un tercero hurgando

con una especie de gancho en la cabeza del infortunado teniente coronel.

—¡Ay, no hace falta! ¡Ay, por Dios, dese prisa, dese prisa, por... aaaaay!

—*Perforatio pectoris*^[31]... Sevastian Seredá, soldado... ¿de qué regimiento?... Aunque... no... escriba: *moritur*^[32]. Lleváoslo —dijo el médico alejándose del soldado que, con los ojos en blanco, había empezado con los estertores.

Unos cuarenta soldados-camilleros, que esperaban para llevar a los vendados al hospital y a los muertos a la capilla, guardaban silencio junto a la puerta, de vez en cuando suspiraban profundamente al contemplar esta escena...

IX

Camino del bastión, Kalugin tropezó con muchos heridos; pero, como sabía por experiencia que en la batalla esta visión podía dañar el alma de una persona, no solo no se detuvo a interrogarles, sino que, al contrario, se esforzó en no prestarles la menor atención. A los pies de la colina se encontró con un ordenanza que venía al trote del bastión.

—¡Zobkin, Zobkin! Espérese un momento.

—¿Qué pasa?

—¿De dónde viene?

—De las posiciones.

—¿Y cómo está aquello? ¿Arde?

—¡Es el infierno, horrible!

Y el ordenanza siguió adelante.

Y, en efecto, aunque se oían pocos disparos de fusil, el cañoneo se inició con nuevo fervor y ensañamiento.

«¡Ah, qué horror!», pensó Kalugin con un desagradable sentimiento, y le vino también un presagio, es decir, una idea muy común, la idea de la muerte. Pero Kalugin no era el capitán ayudante Mijáilov; él tenía amor propio y nervios de acero: en una palabra, era lo que se dice un valiente. No cedió ante el primer sentimiento y empezó a animarse. Recordó algo sobre un edecán, le parecía que de Napoleón, que después de transmitir las órdenes, al trote, con la cabeza ensangrentada se acercó a su general.

—*Vous êtes blessé?*^[33] —le preguntó Napoleón.

—*Je vous demande pardon, sire, je suis tué*^[34]

—y el edecán cayó del caballo y murió en su puesto.

Le parecía que estaba muy bien e incluso se imaginaba un poco como ese edecán; después golpeó

al caballo con el látigo, tomó aún más la audaz *postura de cosaco*, se volvió para mirar al cosaco que, de pie sobre los estribos, iba al trote tras él y, como un perfecto héroe, llegó al lugar donde debía bajar del caballo. Allí encontró a cuatro soldados que fumaban en pipa sentados en una piedra.

—¿Qué hacéis aquí? —les gritó.

—Nos llevamos a los heridos, señor, y nos hemos sentado un momento a descansar —respondió uno de ellos, mientras escondía la pipa a la espalda y se quitaba el gorro.

—¿Cómo que a descansar? Marchad a vuestros puestos o se lo diré al jefe del regimiento.

Y juntos fueron por la trinchera hacia la colina, encontrándose a cada paso con heridos. Después de ascender, giró a la trinchera de la izquierda y tras recorrer unos cuantos pasos se quedó completamente solo. Muy cerca zumbó un casco que golpeó contra la trinchera. Otra bomba se elevó enfrente y le dio la sensación de que volaba directo hacia él. De repente le entró pánico, corrió al trote unos cinco pasos y se tiró al suelo. Pero, cuando la bomba estalló lejos de él, se enojó terriblemente consigo mismo y se levantó mientras miraba a su alrededor por si alguien había visto su caída, pero no había nadie.

Una vez que el miedo se infiltra en el alma, no

cede muy pronto el sitio a otro sentimiento; él, que siempre se jactaba de que nunca se inclinaba, echó a andar por la trinchera con pasos acelerados y casi a gatas. «¡Ah, no está bien! —pensó tras dar un tropiezo—, seguro que me matan»; y, advirtiendo cuánto le costaba respirar y cómo el sudor cubría todo su cuerpo, se asombraba de sí mismo, pero ya no intentaba superar su sentimiento.

De repente oyó pasos delante de él. Se enderezó rápidamente, levantó la cabeza y esgrimido con ánimo el sable siguió andando, pero ya no con esos pasos tan rápidos de antes. No se reconocía a sí mismo. Cuando se cruzó con un oficial de zapadores y un marinero y el primero le gritó «¡Al suelo!», señalándole el punto luminoso de una bomba que, acercándose cada vez más rápida, cayó ruidosamente cerca de la trinchera, inclinó la cabeza solo un poco y sin querer, influido por el grito asustado, y siguió adelante.

—¿Has visto? ¡Qué valiente! —dijo el marinero, que había observado muy tranquilo la caída de la bomba y con ojos expertos había calculado que sus cascos no alcanzarían la trinchera—, no quiere ni tirarse al suelo.

Ya solo le quedaban a Kalugin unos pocos pasos para cruzar por la plaza hasta el blindaje del

comandante del bastión, cuando de nuevo se apoderó de él ese estúpido miedo: su corazón empezó a latir más fuerte, se le subió la sangre a la cabeza y tuvo que reunir todas sus fuerzas para cruzar corriendo hasta el bastión.

—¿Por qué está tan sofocado? —le dijo el general cuando le hubo transmitido las órdenes.

—¡Vine muy deprisa, excelencia!

—¿No quiere un vaso de vino?

Kalugin se tomó un vaso de vino y se fumó un cigarrillo. El combate ya había cesado, solo el fuerte cañoneo continuaba desde ambos lados. En el blindaje estaban el general N., el jefe del bastión, y unos seis oficiales más, entre los que se encontraba Praskujin, que hablaban de los diferentes pormenores del combate. Sentado en esta acogedora habitación tapizada de azul, con su diván, su cama, una mesa con papeles, un reloj de pared y un icono, delante del cual ardía una lamparilla, observando todas estas señales de una vivienda y las gruesas vigas de un *arshín*^[35] que formaban el suelo y escuchando los disparos, que parecían más débiles en el blindaje, Kalugin definitivamente no podía entender cómo por dos veces había permitido que le venciera tal imperdonable debilidad. Se enfadó consigo mismo y deseaba peligro para ponerse a prueba otra vez.

—Me alegro de que usted también esté aquí, capitán —dijo a un oficial de la marina que llevaba capote de oficial superior, grandes bigotes y la Cruz de San Jorge y que entró en ese momento en el blindaje y le pidió al general trabajadores para reparar dos troneras de su batería que se habían cegado—. El general me ha pedido que le pregunte —continuó Kalugin cuando el comandante de la batería terminó de hablar con el general— si sus cañones pueden disparar metralla desde la trinchera.

—Solo puede uno —respondió taciturno el capitán.

—De todas formas vamos a ver.

El capitán frunció el ceño y masculló:

—Estuve allí toda la noche y he venido a descansar un poco —dijo—. ¿No podría ir usted solo? Allí está mi ayudante el teniente Karts; él le mostrará todo.

El capitán llevaba seis meses dirigiendo una de las baterías más peligrosas, y ni siquiera cuando no había blindaje abandonaba la plaza; desde el principio del asedio vivió en el bastión y entre los marinos tenía reputación de valiente. Por eso su negación chocó y sorprendió especialmente a Kalugin.

«¡Vaya con la reputación!», pensó.

—Bueno, entonces iré solo si me lo permite — dijo en un tono algo burlón al capitán, quien, sin embargo, no prestó atención alguna a sus palabras.

Pero Kalugin no había tenido en cuenta que, sumando todas las veces, él había pasado en el bastión no más de cincuenta horas, mientras que el capitán llevaba viviendo allí unos seis meses. A Kalugin todavía le espoleaba la vanidad, el deseo de brillar, la esperanza de una recompensa, la reputación y la atracción del peligro. En cambio, el capitán ya había pasado por todo esto; al principio se mostraba soberbio, valiente, se arriesgaba, esperaba recompensas y reputación e incluso las consiguió, pero ahora todos estos incentivos habían perdido para él su poder y miraba el combate de otra forma: cumplía con exactitud sus obligaciones pero teniendo muy claro que le quedaban pocas vidas; después de seis meses de estancia en el bastión solo arriesgaba estas vidas en caso de grave necesidad, de modo que el joven teniente que hacía una semana se había incorporado a la batería y que ahora se la enseñaba a Kalugin, asomándose a las troneras y arrastrándose a las banquetas, parecía diez veces más valiente que el capitán.

Después de inspeccionar la batería y mientras retrocedía al blindaje, Kalugin tropezó en la

oscuridad con el general que iba con sus ordenanzas a la torre.

—¡Capitán de caballería Praskujin! —dijo el general—. Vaya por favor a la posición derecha y diga al segundo batallón del regimiento M. que está allí trabajando que lo dejen, que salgan de allí sin hacer ruido y que se unan a su regimiento, que se encuentra al pie de la colina, en la reserva. ¿Entendido? Condúzcalos usted mismo al regimiento.

—Sí, señor.

Y Praskujin partió al trote hacia la posición.

Los disparos se hicieron menos frecuentes.

X

—¿Es este el segundo batallón del regimiento M.? —preguntó Praskujin cuando hubo llegado, tropezando con unos soldados que llevaban sacos de tierra.

—A sus órdenes, señor.

—¿Dónde está el comandante?

Mijáilov, suponiendo que preguntaban por el comandante de la compañía, salió de su foso y tomando a Praskujin por un jefe se acercó a él con la mano en la visera.

—El general ordena... que vayan... cuanto

antes... y lo más importante, en silencio... atrás, no atrás, a la reserva —dijo Praskujin mirando de reojo hacia el fuego enemigo.

Después de reconocer a Praskujin, Mijáilov bajó la mano y, al comprender lo que ocurría, dio las órdenes y los soldados empezaron a moverse alegremente, recogieron las armas, se pusieron los capotes y partieron.

Quien no lo haya experimentado no puede ni imaginar el placer que siente una persona al marcharse de un sitio tan peligroso como son las posiciones después de tres horas de bombardeos. Mijáilov, quien más de una vez durante estas tres horas había considerado su fin como algo inevitable y que había tenido tiempo de besar más de una vez todas las imágenes que llevaba consigo, se tranquilizó por fin un poco, impulsado por la convicción de que sin duda alguna iban a matarle y de que ya no pertenecía a este mundo. En cualquier caso, le costó un gran esfuerzo retener sus piernas para que no echaran a correr cuando, al frente de la compañía y al lado de Praskujin, salió de las posiciones.

—Hasta luego —le dijo el mayor, comandante del segundo batallón, que se quedaba en las posiciones y con el que solía picar del queso con

aspecto de jabón sentado en el foso cerca del parapeto—. ¡Buen viaje!

—Y a usted le deseo una feliz defensa; parece que ahora se han tranquilizado.

Pero apenas había tenido tiempo de decir eso cuando el enemigo, que seguramente había notado el movimiento en las posiciones, empezó a disparar más y más. Los nuestros le respondieron y de nuevo comenzó un intenso cañoneo. Había estrellas, pero no daban una luz muy viva al cielo; la noche era oscura como boca de lobo, apenas el fuego de los disparos y de las explosiones de las bombas iluminaba momentáneamente las cosas. Los soldados andaban deprisa y en silencio, adelantándose unos a otros sin querer. Por encima del incesante fragor de los disparos no se oía más que el sonido regular de sus pasos por el camino seco, las bayonetas chocando o el suspiro y la oración de algún soldado miedoso: «¡Señor, Señor! ¡Esto qué es!»». A veces se oía el gemido de un herido y los gritos de «¡Una camilla!»». (En la compañía que mandaba Mijáilov, de un único disparo de artillería habían quedado fuera de combate esa noche veintiséis personas). Relumbró un relámpago en el horizonte oscuro y lejano, el centinela del bastión gritó: «¡Boooomba!»», y el proyectil, zumbando por encima de la compañía,

horadó la tierra y empezó a lanzar piedras por todas partes.

«¡Maldita sea! ¡Qué despacio andan! —pensaba Praskujin, mirando continuamente hacia atrás mientras andaba al lado de Mijáilov—. La verdad, habría sido mejor haber salido corriendo una vez que di las órdenes... Bueno, no, porque este canalla es capaz de contar luego que soy un cobarde, más o menos lo mismo que le hice yo ayer. Lo que tenga que pasar, que pase; iré a su lado».

«Y para qué vendrá conmigo —pensaba por su parte Mijáilov—, por lo que he notado, siempre trae mala suerte. Y parece que vuela otra vez directa hacia aquí».

Al cabo de unos centenares de pasos se encontraron con Kalugin que, esgrimiendo con ánimo el sable, se dirigía por orden del general a las posiciones para enterarse de cómo avanzaban allí los trabajos. Sin embargo, cuando vio a Mijáilov pensó que no tenía por qué ir en persona bajo un fuego tan terrible, ya que no se lo habían ordenado; podía interrogar con todo detalle al oficial que había estado allí. Y, efectivamente, Mijáilov habló detalladamente sobre los trabajos, aunque durante el relato divirtió bastante a Kalugin, quien parecía no prestar ninguna atención a los disparos, porque con cada granada,

aunque a veces cayera bastante lejos, se acuclillaba, inclinaba la cabeza y aseguraba que venía «directa hacia aquí».

—Mire, capitán, esa viene directa hacia aquí —dijo Kalugin, burlándose mientras palmeaba el hombro a Praskujin. Avanzó un poco más con ellos y después giró por la trinchera que conducía al blindaje. «No se puede decir que sea muy valiente este capitán», pensaba entrando al blindaje.

—Bueno, ¿qué hay de nuevo? —preguntó un oficial que estaba cenando solo en el interior.

—Casi nada, parece que ya no habrá más combate.

—¿Cómo que no? Todo lo contrario; el general se ha ido otra vez a la torre. Ha venido otro regimiento. Mire, aquí está, ¿lo oye? Otra vez los fusiles. No vaya. ¿Para qué? —añadió el oficial al observar el movimiento de Kalugin.

«Pero de todas formas debo estar allí —pensó Kalugin—, aunque ahora me haya expuesto mucho. Espero que sea necesario no solo como *chair à canon*^[36]».

—En realidad, mejor los espero aquí —dijo.

Y efectivamente, después de unos veinte minutos el general regresó con los oficiales que le acompañaban; entre ellos estaba también el cadete

barón Pest, pero no Praskujin. Las posiciones habían sido recuperadas.

Una vez que se hubo enterado con todo detalle de la situación, Kalugin salió del blindaje con Pest.

XI

—Tienes sangre en el capote, ¿acaso combatiste cuerpo a cuerpo?

—¡Uf, amigo, es horrible! Ya puedes imaginarte... —y Pest se puso a contar cómo había guiado a toda la compañía, cómo habían matado al comandante y él había atravesado con la bayoneta a un francés y que, de no haber sido por él, no se habrían salvado, etc.

La base del relato, que habían matado al comandante de la compañía y que Pest había atravesado a un francés, era verdad, pero en los detalles el cadete había inventado cosas y se había ensalzado.

Lo había hecho sin querer porque, después de haber estado todo el combate entre una niebla y sopor tal que todo lo que sucedía le parecía que ocurría en otro tiempo, en otro sitio y a otra persona, era muy natural que intentara reproducir estos detalles desde

un punto de vista ventajoso para él. Pero la realidad fue otra.

El batallón al que había sido destinado el cadete en la salida estuvo unas dos horas bajo el fuego, cerca de un muro; después el comandante del batallón dijo algo desde delante, los jefes de compañía se pusieron en movimiento, el batallón inició la marcha, salió del parapeto y, habiendo recorrido cien pasos aproximadamente, se detuvo en formación de columnas. A Pest le ordenaron que se apostara en el flanco derecho de la segunda compañía.

Sin darse cuenta claramente de dónde estaba y para qué, el cadete se colocó en su lugar y, conteniendo involuntariamente la respiración y con un frío temblor que le recorría la espalda, miraba inconscientemente a la oscuridad que tenía delante, esperando algo terrible. De todas formas, no era tanto el miedo, puesto que no había disparos, cuanto que le parecía absurdo y extraño pensar que se encontraba fuera de la fortaleza, en el campo. De nuevo el comandante del batallón dijo algo desde delante. De nuevo los oficiales murmuraban transmitiendo las órdenes y la negra muralla de la primera compañía se hundió de repente. La orden era echarse a tierra. La segunda compañía hizo lo mismo y Pest, mientras se tumbaba, se pinchó la mano con alguna espina. El

único que no se tumbó fue el jefe de la segunda compañía: su pequeña figura, con la espada desenfundada que agitaba sin dejar de hablar, se movía al frente de la compañía.

—¡Muchachos! ¡No disparéis con los fusiles y acometed a esos canallas con las bayonetas! Cuando yo grite: «¡A la carga!», no os quedéis atrás... Todos juntos, eso es lo importante... demostraremos lo que somos, ¿verdad, muchachos? ¡Por el zar, nuestro padre! —decía llenando sus palabras de insultos y agitando las manos terriblemente.

—¿Cómo se llama el jefe de nuestra compañía? —preguntó Pest a un cadete que estaba tumbado a su lado—. ¡Qué valiente!

—Sí, siempre que hay combate está borracho perdido —respondió el cadete—. Es Lisinkovski.

En ese instante, justo enfrente de la compañía resplandeció momentáneamente una llama, se oyó un estruendo espantoso que ensordeció a todos y en el aire empezaron a resonar piedras y cascos (al menos unos cincuenta segundos después cayó una piedra de lo alto y le arrancó la pierna a un soldado). Era una bomba lanzada *desde una catapulta* y que hubiera caído sobre la compañía demostraba que los franceses los habían visto.

—¡Lanzar bombas! Hijo de perra... Espera que

lleguemos y entonces probarás la bayoneta rusa triangular, maldito —decía el jefe de la compañía tan alto que el comandante del batallón tuvo que ordenarle silencio y que no hiciera tanto ruido.

Inmediatamente después la primera compañía se puso en pie y tras ella la segunda; se ordenó terciar el fusil y el batallón echó a andar. Pest estaba tan asustado que no recordaba en absoluto si habían andado mucho, hacia dónde había ido, con quién o para qué. Iba como borracho. Sin embargo, de repente, por todas partes empezaron a brillar millones de fuegos, algo comenzó a silbar y crujir. Pest empezó a gritar y a correr porque todos corrían y gritaban. Después tropezó y cayó sobre algo: era el jefe de la compañía, que había sido herido al frente de la tropa, y, tomando al cadete por un francés, le agarraba de la pierna. Después, cuando consiguió soltarse la pierna y se estaba enderezando, en la oscuridad un hombre le golpeó en la espalda y de nuevo casi le tiró; otro le gritó: «¡Atraviésalo! Pero ¿qué miras?». Alguien cogió el fusil y clavó la bayoneta en algo blando. «*Ah! Dieu!*» gritó alguien con una voz terrible, penetrante, y solo entonces Pest comprendió que había atravesado a un francés.

Un sudor frío le cubrió todo el cuerpo, empezó a temblar como si tuviera fiebre y arrojó el arma. Pero

esto le duró apenas un instante, pues enseguida le vino a la cabeza la idea de que era un héroe. Cogió su arma y junto con la multitud que gritaba: «Hurra» se alejó corriendo del francés muerto, a quien allí mismo un soldado le estaba quitando las botas. Después de recorrer unos veinte pasos, llegó corriendo a la trinchera. Allí se encontraban los nuestros y el comandante del batallón.

—¡He atravesado a uno! —le dijo al comandante del batallón.

—Muy bien, barón...

XII

—¿Sabes? Praskujin está muerto —dijo Pest mientras acompañaba a Kalugin, que se iba a casa.

—¡No puede ser!

—Sin ninguna duda, yo mismo le vi.

—Bueno, adiós, debo darme más prisa.

«Estoy muy contento —pensaba Kalugin mientras regresaba a casa—; por primera vez en mi guardia he tenido suerte. Un trabajo perfecto, estoy vivo y entero, las recomendaciones serán excelentes y sin duda recibiré el sable de oro. Sí, además, yo lo valgo».

Después de informar al general de todo lo necesario, entró en su habitación, en la que estaba el príncipe Galtsin, quien ya hacía tiempo que había regresado y le esperaba leyendo *Splendeur et misères des courtisanes*^[37], que encontró en la mesa de Kalugin.

Kalugin se alegró mucho de estar en su casa; lejos del peligro, vestido con su camisón y recostado en la cama, le contaba a Galtsin los detalles del combate, reproduciéndolos de forma bastante natural, siempre desde ese punto de vista en el que los detalles demostraban que él era un oficial muy capaz y valiente, algo que, me parece, estaba de más insinuar puesto que todos lo sabían y no tenían ninguna causa o motivo para dudar, exceptuando quizá al difunto capitán de caballería Praskujin, quien, a pesar de que solía considerarse afortunado por ir del brazo de Kalugin, ayer mismo le dijo en secreto a un amigo que Kalugin era muy buena persona pero que, entre nosotros, no le gustaba nada ir a los bastiones.

Praskujin se había separado de Kalugin e iba junto a Mijáilov; al acercarse a un lugar menos peligroso, empezaba a reanimarse un poco cuando observó un rayo que brillaba vistosamente detrás de él y oyó el grito del centinela: «¡Mortero!», y las

palabras de uno de los soldados que venía detrás: «¡Viene directo hacia el batallón!».

Mijáilov se dio la vuelta: el punto luminoso de la bomba parecía haberse detenido sobre su cenit, en esa posición en la que es totalmente imposible determinar su dirección. Sin embargo, solo duró un instante: la bomba, cada vez más rápido y cada vez más cerca, tanto que ya se veían las chispas de su espoleta y se oía el fatídico silbido, bajaba directa al centro del batallón.

—¡Al suelo! —gritó una voz asustada.

Mijáilov cayó sobre su estómago. Praskujin involuntariamente se inclinó hasta el suelo y entornó los ojos. Solo oyó cómo la bomba chocó contra la tierra firme en algún lugar muy cercano. Pasó un segundo, que pareció una hora, pero la bomba no explotó. Praskujin se asustó, quizá se había acobardado en vano, quizá la bomba había caído lejos y simplemente le había parecido que la espoleta silbaba allí mismo. Abrió los ojos y con placer orgulloso vio cómo Mijáilov, a quien debía doce rublos y cincuenta kopeks, más abajo y cerca de sus piernas, pegado a él, yacía inmóvil sobre su tripa. Pero entonces sus ojos se encontraron por un instante con la brillante espoleta, a un arshín de él, donde giraba la bomba.

El horror, un horror frío que excluía cualquier otro pensamiento o sentimiento, se apoderó de todo su ser, se tapó la cara con las manos y cayó de rodillas.

Pasó otro segundo, un segundo en el que todo un mundo de sentimientos, pensamientos, esperanzas y recuerdos cruzó por su imaginación.

«¿A quién matará, a mí o a Mijáilov? ¿O a los dos? Y, si es a mí, ¿dónde me alcanzará? Si es en la cabeza es el final; pero si es en la pierna entonces cortarán; les pediré que me den cloroformo y podré seguir vivo. O quizá solo mate a Mijáilov; entonces contaré que íbamos juntos, a él lo mataron y su sangre me salpicó. No, está más cerca de mí, viene hacia mí».

Entonces recordó los doce rublos que le debía a Mijáilov, y otra deuda de San Petersburgo que debía haber pagado hacía tiempo; la melodía gitana que había cantado por la tarde; la mujer a la que amaba, que se le apareció con su cofia de cintas lilas; un hombre que le había insultado cinco años antes y a quien no había hecho pagar la ofensa. Pero junto a esos recuerdos, y otros miles más, no le abandonó un solo instante la sensación de lo que estaba pasando: la espera de la muerte y el horror. «Bueno, quizá no estalle», pensaba, y con firmeza desesperada quiso

abrir los ojos. Pero en ese instante, incluso a través de sus párpados cerrados, un intenso fuego le golpeó en los ojos y algo lo alcanzó con un terrible estruendo en medio del pecho. Echó a correr sin rumbo, tropezó con un sable que apareció bajo sus pies y cayó de lado.

«¡Gracias a Dios! Solo es una contusión», fue su primer pensamiento; quiso llevarse las manos al pecho pero sus manos parecían estar atadas y una especie de mordaza le oprimía la cabeza. En los ojos le bailaban soldados e, inconscientemente, los iba contando: «Uno, dos, tres soldados, y allí hay un oficial con el capote torcido», pensaba; después, el brillo de un relámpago ante sus ojos, y se puso a pensar de qué era el disparo: ¿de mortero o de cañón? Seguramente de cañón, pero han disparado otra vez, y hay más soldados —cinco, seis, siete soldados—, pasan todos de largo. De repente le entró miedo de que le aplastaran. Quiso gritar que estaba magullado, pero su boca estaba tan seca que la lengua se le pegó al paladar y una horrible sed le torturaba. Sintió cómo se le empapaba el pecho y esta sensación de humedad le recordó al agua; hubiera querido beber incluso de aquello que lo empapaba. «Seguro que me he hecho sangre al caer», pensó, y, cada vez más dominado por el miedo de que los

soldados que continuaban apareciendo y pasando de largo le aplastaran, reunió todas sus fuerzas e intentó gritar: «Cójame», pero en lugar de eso empezó a gemir de una manera tan terrible que le dio miedo oírse. Después, un fuego rojizo le saltó a los ojos y le pareció que los soldados le colocaban piedras encima. El fuego cada vez era más escaso, las piedras que le habían puesto encima le pesaban cada vez más. Hizo un esfuerzo para apartar las piedras, se estiró y ya no vio, ni oyó, ni pensó, ni sintió nada más. Había muerto en su puesto por un casco que le había alcanzado en medio del pecho.

XIII

Mijáilov, al ver la bomba, cayó al suelo y, al igual que Praskujin, entornó los ojos, los abrió y los cerró dos veces y pensó y sintió muchísimas cosas en esos dos segundos, el tiempo que la bomba estuvo sin explotar. Rezó a Dios mentalmente repitiendo sin parar: «¡Hágase tu voluntad! ¿Por qué habré seguido la carrera militar? —pensaba al mismo tiempo—. Y encima me pasé a la infantería para participar en la campaña; más me habría valido quedarme en el regimiento de ulanos en T., y pasar el tiempo con mi

amiga Natasha... ¡Y ahora esto!». Y también él se puso a contar: uno, dos, tres, cuatro, pensando que, si estallaba en par, entonces viviría y, si en impar, moriría. «¡Se acabó! ¡Estoy muerto!», pensó cuando estalló la bomba (no recordaba si en par o en impar) y sintió una sacudida y un dolor atroz en la cabeza. «¡Señor, perdona mis pecados!», dijo, alzando las manos. Se levantó un poco y cayó sin sentido boca arriba.

Al volver en sí, la primera sensación que tuvo fue la de la sangre chorreándole por la nariz; el dolor de cabeza se había calmado bastante. «Es el alma que parte —pensó—. ¿Qué habrá *allí*? ¡Señor! Acoge mi alma con paz. Lo único que me resulta extraño —razonaba— es que mientras muero oiga tan claro los pasos de los soldados y los disparos».

—¡Una camilla! ¡Eh, mataron al jefe de la compañía! —gritó sobre su cabeza una voz que involuntariamente reconoció como la del tambor Ignátiev.

Alguien le agarró por los hombros. Probó a abrir los ojos y vio encima de su cabeza el cielo azul oscuro, grupos de estrellas y dos bombas que volaban sobre ellos a la misma altura; vio a Ignátiev, a soldados con camillas y fusiles, el terraplén de la trinchera y, de repente, se dio cuenta de que todavía

no estaba en el otro mundo.

Una piedra le había herido levemente en la cabeza. Su primera impresión fue casi de lástima: se había preparado tan bien y con tanta tranquilidad para su paso *allí* que no le resultó nada agradable el regreso a una realidad con bombas, trincheras, soldados y sangre. Su segunda impresión fue de alegría inconsciente por estar vivo y, la tercera, de miedo y ganas de salir corriendo del bastión. El tambor tapó con un pañuelo la cabeza de su jefe y le llevó del brazo a la enfermería.

«Pero ¿adónde voy y para qué? —pensaba el capitán ayudante cuando se recobró un poco—. Mi deber es quedarme con la compañía y no ir delante, sobre todo porque también la compañía escapará pronto del fuego —le susurraba una voz—; además, quedar herido en combate es una condecoración segura».

—No hace falta, amigo —dijo, soltándose del brazo del servicial tambor, quien ante todo quería salir de allí cuanto antes—. No voy a la enfermería, me quedaré con la compañía.

Y volvió atrás.

—Sería mejor que fuera a venderse como es debido, señor —dijo tímido Ignátiev—. En caliente parece que no es nada, pero puede ir a más, además

ahí fuera hay tal batalla... De verdad, señor.

Mijáilov se detuvo un momento indeciso y quizá habría seguido el consejo de Ignátiev si no hubiera recordado la escena que días antes había contemplado en la enfermería: un oficial con un pequeño rasguño en el brazo fue a que le vendaran y los médicos se sonreían al mirarle; incluso uno de ellos, que llevaba patillas, le dijo que de ninguna manera moriría por esa herida y que podía hacerse más daño pinchándose con un tenedor.

«Quizá, desconfiados, se rían así también de mi herida y puede que hasta me digan algo», pensó el capitán ayudante; y con decisión, sin considerar los argumentos del tambor, regresó a la compañía.

—¿Dónde está el ordenanza Praskujin que venía conmigo? —preguntó al alférez que conducía la compañía cuando se encontraron.

—No lo sé, creo que ha muerto —respondió sin ganas el alférez, que, entre otras cosas, no estaba nada contento de que el capitán ayudante regresara y con ello le privara del placer de contar que era el único oficial que había quedado en la compañía.

—¿Está muerto o herido? Cómo no lo va a saber si venía con nosotros. ¿Y por qué no lo han traído?

—¿Adónde lo íbamos a llevar con este fuego?

—Ay, pero cómo ha hecho eso, Mijaíl Ivánovich

—dijo Mijáilov enfadado—, cómo lo ha dejado allí, ¿y si está vivo?; y, en caso de que esté muerto, deberían haber recogido el cadáver, pues a fin de cuentas es el ordenanza del general; y además, quizá todavía esté vivo.

—Cómo va a estar vivo si le digo que yo mismo me acerqué y le vi —dijo el alférez—. ¡Perdone! Solo pudimos con los nuestros. ¡Qué canallas! Ahora empiezan a lanzar bombas —añadió mientras se acuclillaba. Mijáilov también se agachó y se sujetó la cabeza, que, con el movimiento, le dolía terriblemente.

—Nada, hay que ir sin falta a recogerle; quizá esté todavía vivo —dijo Mijáilov—. ¡Es nuestro *deber*, Mijailo Iványch!^[38]

Mijailo Iványch no respondió.

«Bueno, si fuera un buen oficial, lo habría recogido mientras estaban allí; ahora hay que enviar a algunos soldados; pero ¿cómo enviarlos? Bajo este horrible fuego puede que mueran en vano», pensaba Mijáilov.

—¡Muchachos! Hay que regresar a recoger a un oficial que está allí herido, en una cuneta —dijo a media voz y sin mucha autoridad, sabiendo lo poco que les iba a gustar a los soldados cumplir esta orden; en efecto, como no se había dirigido a ninguno

en concreto, nadie salió para cumplirla—. ¡Suboficial, ven aquí!

El suboficial, como si no hubiera oído nada, siguió su camino.

«Quizá haya muerto y *no merezca la pena* exponer a la gente a un peligro inútil; yo soy el único culpable por no haberme preocupado. Iré solo y sabré si está vivo. Es mi *deber*», se dijo Mijáilov.

—¡Mijaíl Iványch! Conduzca la compañía, yo les alcanzaré —dijo Mijáilov; y recogiendo el capote con una mano y llevando continuamente la otra al icono de Mitrofán el santo, en quien tenía una fe especial, corrió al trote por la trinchera, casi a gatas y temblando de miedo.

Una vez convencido de que su compañero había muerto, Mijáilov, resoplando igualmente, agachado y sujetándose con las manos el vendaje ladeado y la cabeza, que le empezó a doler con fuerza, se arrastró hacia atrás. El batallón ya estaba en su puesto al pie de la colina y casi fuera de los disparos cuando Mijáilov lo alcanzó. Y digo «*casi* fuera de los disparos» porque de vez en cuando incluso hasta allí volaban bombas perdidas (esa noche un casco mató a un capitán que durante el combate se hallaba en una cueva de marinero).

«De todas formas debo ir mañana a la enfermería

para registrarme —pensó el capitán ayudante, mientras un enfermero que había llegado le vendaba —; eso contribuirá a que me propongan para el ascenso».

XIV

Cientos de cuerpos calientes ensangrentados, hasta hace dos horas llenos de esperanzas y deseos diversos, grandes y pequeños, yacían con los miembros rígidos en el valle florido y cubierto de rocío que separaba el bastión de la trinchera y en el campo llano de la Capilla de los Muertos de Sevastópol. Cientos de personas, murmurando maldiciones y oraciones con los labios resecos, se arrastraban, se revolvían y gemían; unos entre cadáveres en el valle florecido, otros en camillas, en catres o en el suelo ensangrentado de la enfermería. Y, como en días anteriores, los primeros rayos del sol se encendieron sobre la colina Sapún, las estrellas refulgentes palidecieron, la niebla blanca se extendió desde el oscuro mar alborotado, la aurora purpúrea brilló en el Este, largas nubes rojizas se dispersaron por el horizonte azul celeste, y, como en días anteriores, prometiendo alegría, amor y

felicidad a todo el mundo que revivía, salió el poderoso y hermoso astro.

XV

La tarde siguiente volvió a sonar la música del regimiento de los cazadores en el bulevar; oficiales, cadetes, soldados y muchachas volvieron a pasear alegremente por los alrededores del pabellón y por las alamedas de la parte baja, entre olorosas acacias blancas en flor.

Kalugin, el príncipe Galtsin y un coronel iban del brazo, cerca del pabellón, y hablaban del combate de la noche anterior. El principal hilo conductor de la conversación era, como suele suceder en estos casos, no el combate en sí, sino la participación que había tenido el que hablaba y la valentía que había mostrado. Su rostro y el timbre de su voz tenían una expresión seria, casi triste, como si las bajas del día anterior les produjeran una gran conmoción y aflicción, pero, a decir verdad, puesto que ninguno había perdido a un allegado (¿es que acaso en la guerra existen allegados?), esta expresión de tristeza era una expresión oficial que simplemente se consideraban obligados a mostrar. Por el

contrario, Kalugin y el coronel, a pesar de ser buenas personas, estaban dispuestos a contemplar cada día tales combates con tal de recibir el sable de oro y el grado de general-mayor. Me gusta cuando llaman monstruo a un conquistador que, debido a su ambición, destruye a millones de seres. Pero preguntemos abiertamente al alférez Petrushov o al subteniente Antónov o a otros: todos ellos son pequeños Napoleones, pequeños monstruos dispuestos ahora mismo a empezar la batalla, a matar a cientos de personas solo para recibir una estrella inútil o un tercio de la paga.

—No, disculpe —dijo el coronel—; empezó antes en el flanco izquierdo. *Es que yo estaba allí.*

—Puede ser —respondió Kalugin—; *yo estuve más en el derecho, fui allí dos veces: una vez buscando al general, la otra a ver las posiciones. Allí se peleaba de verdad.*

—Bueno, seguramente Kalugin lo sepa —dijo al coronel el príncipe Galtsin—. ¿Sabes? B. *me* ha hablado de ti; dice que eres un valiente.

—Tantas bajas, es horrible —dijo el coronel con el tono oficial de tristeza—; *de mi regimiento cuatrocientos quedaron fuera de combate. Es increíble que haya salido vivo de allí.*

En ese momento, en el otro extremo del bulevar,

surgió la figura casi lila de Mijáilov, con sus botas desgastadas y la cabeza vendada. Se quedó muy turbado al verlos, recordó cómo la noche anterior se había agachado delante de Kalugin y le vino a la cabeza la idea de que quizá pensarán que fingía estar herido. Así que, si estos caballeros no le hubieran visto, habría vuelto corriendo a casa para no salir hasta que se pudiera quitar la venda.

—*Il fallait voir dans quel état je l'ai rencontré hier sous le feu*^[39] —dijo sonriendo Kalugin mientras se reunían—. Vaya, ¿está herido, capitán? —añadió con una sonrisa que quería decir: «¿Qué, me vio ayer? ¿Qué le parece?».

—Sí, un poco; me golpeó una piedra —respondió Mijáilov enrojeciendo y con una expresión en la cara que decía: «Le vi y reconozco que es usted un valiente y yo muy, muy cobarde».

—*Est-ce que le pavillon est baissé déjà?*^[40] —preguntó el príncipe Galtsin de nuevo con expresión arrogante, mirando la gorra del capitán ayudante y sin dirigirse a nadie en particular.

—*Non pas encore*^[41] —respondió Mijáilov, que quería demostrar que él también sabía hablar francés.

—¿Es posible que todavía continúe la tregua? —dijo Galtsin, dirigiéndose cortésmente a él en ruso, dando a entender, o eso le pareció al capitán

ayudante, que seguramente le resultara difícil hablar en francés, así que ¿no sería mejor sencillamente?... Y con esto el edecán se alejó.

El capitán ayudante, al igual que el día anterior, se sintió terriblemente solo y, después de haber saludado a algunos señores —con unos no deseaba juntarse y a otros no se decidía a acercarse—, se sentó junto al monumento a Kazarski y se puso a fumar un cigarrillo.

El barón Pest también había venido al bulevar. Contaba que había estado en la tregua, que había hablado con oficiales franceses y que al parecer uno le dijo: «*S'il n'avait pas fait clair encore pendant une demi-heure, les embuscades auraient été reprises*»^[42], a lo que él había respondido: «*Monsieur! Je ne dis pas non, pour ne pas vous donner un démenti*»^[43], y lo bien que había hablado...

En realidad, aunque había estado en la tregua, no consiguió decir nada muy inteligente, aunque tenía unas ganas locas de hablar con los franceses (pues era muy divertido hablar con ellos). El cadete barón Pest anduvo bastante tiempo por el frente preguntando continuamente a los franceses que se encontraban cerca de él: «*De quel régiment êtes-vous?*»^[44]. Le respondían y eso era todo. Sin

embargo, cuando fue mucho más allá del frente, un centinela francés, sin sospechar que ese soldado supiera francés, le insultó en tercera persona: «*Il vient regarder nos travaux ce sacré c...*»^[45], dijo. Por eso, sin encontrar mayor interés en la tregua, el cadete barón Pest se fue a casa y ya por el camino se inventó esas frases en francés que acaba de contar. En el bulevar estaban también el capitán Zóbov, quien hablaba muy alto, el capitán Obzhógov, con aspecto desaliñado, un capitán de artillería que no adulaba a nadie, un cadete felizmente enamorado y las mismas personas del día anterior, con su misma eterna tendencia a la mentira, la soberbia y la frivolidad. Solo faltaban Praskujin, Neferdov y algún otro, de quienes apenas se acordaba nadie, a pesar de que ni siquiera había habido tiempo de lavar, arreglar o enterrar sus cadáveres; al cabo de un mes, los olvidarían también sus padres, sus madres, sus mujeres y, en caso de tenerlos, sus hijos, si es que no los habían olvidado ya.

—Pues no se le podía reconocer al tipo —dice un soldado en la recogida de cadáveres, mientras levanta uno con el pecho destrozado, la cabeza enorme e hinchada, la cara ennegrecida y brillante y las pupilas desencajadas—. Cógelo por debajo de la espalda, Morozka, no vaya a ser que se rompa. ¡Vaya,

qué mal huele!

«¡Vaya, qué mal huele!»: esto es lo único que este hombre dejó entre la gente.

XVI

En nuestro bastión y en la trinchera francesa ondean banderas blancas y, en medio, en el valle florecido, yacen apilados, sin botas, con sus uniformes grises y azules, cadáveres mutilados que los obreros van recogiendo y colocando en carros. Un terrible e insoportable olor a muerte satura el aire. Desde Sevastópol y desde el campamento francés un gran gentío aparece para contemplar este espectáculo y con curiosidad ávida y benévola se empujan unos a otros.

Escuchen lo que dice esta gente.

Ahí, cerca de ese grupo en el que se han reunido rusos y franceses, un oficial muy joven, que habla mal el francés, aunque consigue que le entiendan, estudia una cartuchera de la guardia.

—*E sesi purkua se uazo isi?* —dice.

—*Parce que c'est une giberne d'un régiment de la garde, monsieur, quie porte l'aigle impérial.*

—*E by de la gard?*

—*Pardon, monseieur, du sixième de ligne.*

—*E sesi u ahste?*^[46] —pregunta el oficial, señalando la boquilla de madera amarilla en la que el francés fuma un cigarrillo.

—*A Balaclave, monsieur! C'est tout simple, en bois de palme.*^[47]

—*Joli!*^[48] —dice el oficial dirigiendo la conversación no tanto por su propia voluntad cuanto por las palabras que sabe.

—*Si vous voulez bien garder cela comme souvenir de cette rencontre, vous m'obligerez*^[49]. — Y el atento francés arroja el cigarro y, con una leve inclinación, le entrega la boquilla al oficial. El oficial le dio la suya y todos los que estaban presentes, tanto franceses como rusos, parecían muy contentos y sonreían.

Entonces un ingenioso soldado de infantería, con camisa rosa y capote sobre los hombros, acompañado de otros soldados con las manos a la espalda y semblante alegre y curioso, se acerca al francés y le pide fuego para su pipa. El francés aviva su pipa removiéndola y vierte fuego en la del ruso.

—*Tabaco bun* —dice el soldado de la camisa rosa, y los espectadores sonríen.

—*Oui, bon tabac, tabac turc* —dice el francés

—, *et chez vous tabac russe? Bon?*^[50]

—*Rus bun* —dice el soldado de la camisa rosa mientras los asistentes ríen a carcajadas—. *Franse net bun, bonzhur, musie* —dice el soldado dejando salir de una vez todas sus reservas de conocimientos de la lengua, dando al francés una palmada en el estómago y riéndose. Los franceses también se ríen.

—*Ils ne sont pas jolis ces bêtes de russes*^[51] —dice un zuavo del grupo de franceses.

—*De quoi de ce qu'ils rient donc?*^[52] —dice otro negro con acento italiano acercándose a los nuestros.

—*Caftán bun* —dice el soldado ingenioso examinando los faldones bordados del zuavo, y de nuevo todos ríen.

—*Ne sortez pas de la ligne, à vos places, savré nom...*^[53] —grita un cabo francés, y los soldados se dispersan con disgusto evidente.

Mientras tanto, en el círculo de los oficiales franceses, nuestro joven oficial de caballería charla con el argot de los peluqueros franceses. Están hablando de un tal *comte Sazonov, que j'ai beaucoup connu, monsieur*^[54] —dice un oficial francés con una charretera—, *c'est un de ces vrais comtes russes, comme nous les aimons*^[55].

—*Il y a un Sazonov que j'ai connu* —dice el de caballería—, *mais il n'est pas comte, a moins que je sache, un petit brun de votre âge à peu près.*

—*C'est ça, monsieur, c'est lui. Oh, que je voudrais le voir ce cher comte! Si vous le voyez, je vous pris bien de lui faire mes compliments. Capitaine Latour*^[56] —dice, haciendo una reverencia.

—*N'est ce pas terrible la triste besogne, que nous faisons? Ça chauffait cette nuit, n'est-ce pas?*^[57] —dice el de caballería con ganas de seguir la conversación, y señala los cadáveres.

—*Oh, monsieur, c'est affreux! Mais quels gaillards vos soldats, quels gaillards! C'est un plaisir que de se battre contre des gaillards comme eux!*

—*Il faut avouer que les vôtres ne se mouchent pas du pied non plus*^[58] —dice el caballero, haciendo una reverencia e imaginándose que es muy gentil. Pero ya basta.

Mejor fijense en ese muchacho de dieciséis años que, con un gorro viejo, seguramente de su padre, botines sobre sus pies desnudos y pantalones cortos de nanquín sujetos con un único tirante, ha salido del terraplén nada más iniciarse la tregua y va andando por la cañada, mirando con inexpresiva curiosidad a

los franceses y los cadáveres que hay en el suelo, mientras recoge las campestres flores azules que cubren este valle fatídico. De camino a casa con un gran ramo, se para al lado de una pila de cuerpos amontonados y, después de taparse la nariz por el olor que lleva el viento, pasa un buen rato contemplando un cadáver espantoso que no tiene cabeza y que está cerca de él. Al cabo de un rato, se acerca un poco y toca con la pierna la mano extendida y rígida del cadáver. La mano se ladea un poco. La toca otra vez pero con más fuerza. La mano se ladea y regresa de nuevo a su sitio. De repente el muchacho lanza un grito, esconde la cara entre las flores y sale corriendo hacia la fortaleza como alma que lleva el diablo.

En efecto, en el bastión y en la trinchera ondea la bandera blanca, el valle florido está cubierto de cadáveres pestilentes, el sol espléndido desciende hacia el mar azul, y el mar azul, balanceándose, brilla con los dorados rayos del sol. Miles de personas se apiñan, miran, hablan y se sonríen unas a otras. Y estos hombres, cristianos que profesan la misma gran ley de amor y abnegación, al contemplar lo que han hecho ¿no se pondrán juntos de rodillas arrepentidos delante de quien, después de concederles la vida, introdujo en el alma de todos, junto con el miedo a la

muerte, el amor a lo bueno y a lo bello, y con lágrimas de alegría y felicidad no se abrazarán como hermanos? ¡No! Han guardado los trapos blancos y, de nuevo, silban instrumentos de muerte y sufrimiento, mana sangre inocente y se oyen gemidos y maldiciones.

Bueno, ya he dicho todo lo que esta vez quería decir. Sin embargo, una penosa indecisión se apodera de mí. Quizá no habría hecho falta contar nada. Quizá esto que he contado pertenezca a una de esas terribles verdades que se esconden inconscientemente en el alma de cada uno y que no deben ser enunciadas para no hacer daño, al igual que el poso del vino no debe agitarse para no estropearlo.

¿Dónde está en este relato el rostro del mal que se debe evitar? ¿Dónde el rostro de la bondad al que debemos imitar? ¿Quién es el malvado? ¿Quién es el héroe? Todos son buenos y todos son malos.

Ni Kalugin con su brillante valor (*bravoure de gentilhomme*) y vanidad, motor de todos sus actos, ni Praskujin, un hombre insustancial, inofensivo aun cuando cayó *en combate en defensa de la fe, el trono y la patria*, ni Mijáilov con su timidez y su punto de vista limitado, ni Pest, un crío sin convicciones o

reglas firmes, pueden ser los malvados o los héroes del relato.

El héroe de mi relato, a quien yo amo con toda la fuerza de mi alma, a quien siempre he intentado reproducir en toda su belleza y que siempre ha sido, es y será hermoso, es la verdad.

26 de junio de 1855

SEVASTÓPOL EN AGOSTO DE 1855

A finales de agosto, por el camino a Sevastópol, lleno de grandes desfiladeros, entre Duvanka^[59] y Bajchisarái, iba al paso en medio de un polvo denso y caluroso un coche de oficiales (ese singular coche que no se encuentra en ningún otro lugar y que resulta de unir la carretela judía, el carruaje ruso y una cesta).

En la parte delantera del coche un ayudante vestido con levita de nanquín y una gorra ya sin la menor forma de antiguo oficial iba en cuclillas y tiraba de las riendas. Detrás, encima de paquetes y fardos cubiertos con una guadrapa, iba sentado un oficial de infantería con su capote de verano. El oficial era, de lo poco que se podía deducir por su posición, de estatura baja pero extraordinariamente ancho, no tanto de hombro a hombro como de pecho a espalda. Era ancho y fuerte, su cuello y nuca estaban muy desarrollados y tensos, no tenía lo que se dice talle —corte en medio del tronco— ni tampoco tripa; al contrario, era más bien delgado, especialmente de cara, de un moreno amarillento y enfermizo. Había podido ser atractiva si no hubiera sido por una especie de abotagamiento y por unas ligeras y

grandes arrugas, no como las de los viejos, que confundían y ampliaban sus rasgos y le daban una expresión general de rudeza y falta de frescura. Sus ojos eran pequeños, castaños, extraordinariamente vivos, incluso descarados, y llevaba la barbilla y sobre todo los pómulos cubiertos por una barba de dos días increíblemente recia, espesa y negra. El 10 de mayo un casco había herido al oficial en la cabeza; todavía ahora la llevaba vendada, y hoy, como llevara una semana sintiéndose completamente recuperado, volvía del hospital de Simferópol a su regimiento, que se encontraba en algún lugar desde el que se podían oír los disparos; no obstante, todavía nadie le había podido decir si estaba en el mismo Sevastópol, en el Norte o en Inkermán. Los disparos se oían ya muy claros y frecuentes, sobre todo cuando no molestaban las montañas o cuando los traía el viento, y parecían estar cerca: era como si la detonación sacudiera el aire y le hiciera temblar involuntariamente; entonces, se sucedían rápidos ruidos más débiles, como de redoble de tambor, interrumpidos a veces por un zumbido impresionante, o bien se confundía todo en una especie de estruendo atronador, similar al golpe de un trueno en plena tormenta, cuando acaba de empezar el chaparrón. Todos comentaban, y además se podía oír, que el

bombardeo era terrible. El oficial metió prisa al ayudante, parecía tener ganas de llegar lo más pronto posible. Hacia ellos venía un gran convoy de campesinos rusos que había transportado provisiones a Sevastópol y que ahora venía de allí, repleto de soldados enfermos y heridos con capotes grises, marineros de abrigo negro, voluntarios griegos con sus feces rojos y reservistas con barba. El coche del oficial se vio obligado a detenerse y éste, entornando los ojos y frunciendo el ceño por la nube de polvo que se levantaba densa e inmóvil en el camino, que se le metía en ojos y orejas y se quedaba pegada en su rostro sudoroso, miraba con indiferencia furiosa las caras de los enfermos y heridos que pasaban a su lado.

—Ese soldado flaco es de nuestra compañía — dijo el ayudante volviéndose hacia su señor y señalando el carro repleto de heridos que en ese momento les alcanzaba.

En su parte delantera iba sentado de lado un ruso barbudo con un gorro de añinos, que iba enrollando el látigo mientras sujetaba bajo el brazo su mango. Tras él, en la telega tiritaban cinco soldados en diferentes posturas. Uno, con la mano en cabestrillo sujeta con una cuerda, con el capote por encima de su sucísima camisa, iba sentado con mucho ánimo, a

pesar de estar delgado y pálido, en medio de la telega, y se llevó la mano a la gorra cuando vio al oficial, pero luego, recordando seguramente que estaba herido, hizo como si solo quisiera rascarse la cabeza. A su lado iba otro soldado, tumbado en el fondo del carro; apenas se veían sus manos demacradas, con las que se sujetaba a las tablas del carro, y las rodillas alzadas, que se balanceaban como un guiñapo. Un tercero, con la cara hinchada y la cabeza vendada, sobre la cual se podía ver un gorro de soldado, estaba sentado de lado con las piernas colgando y, apoyándose en las rodillas, parecía dormir. Precisamente a éste se dirigió el oficial viajero.

—¡Dolzhníkov! —gritó.

—Sí, ay —respondió el soldado, a la vez que abría los ojos y se quitaba la gorra, con voz tan profunda y entrecortada como la de veinte soldados que gritaran al mismo tiempo.

—Hermano, ¿cuándo te hirieron?

Los ojos empañados e hinchados del soldado se animaron; al parecer, había reconocido a su oficial.

—¡Salud, señor! —gritó con esa misma voz profunda y entrecortada.

—¿Dónde está ahora el regimiento?

—En Sevastópol; iban a trasladarse el miércoles.

—¿Adónde?

—No se sabe... seguramente a Sívernaia, señor. Ahora, señor —añadió con voz lánguida mientras se ponía el gorro—, ahora ya disparan por todas partes, cada vez hay más bombas, incluso llegan a la bahía; disparan tanto ahora que la desgracia incluso...

Ya no era posible oír lo que decía el soldado, pero por la expresión de su cara y de su cuerpo se veía que, con el rencor propio de un hombre que sufre, decía cosas desoladoras.

El oficial de viaje, el teniente Kozeltsov, era un militar poco común. No era de esos que viven y obran de cierto modo porque así viven y obran los demás: él hacía todo lo que quería y entonces los otros hacían lo mismo y estaban seguros de que eso estaba bien. Su naturaleza estaba bien dotada; era inteligente y además tenía talento, cantaba bien, tocaba la guitarra, hablaba con mucha viveza y escribía con facilidad, especialmente documentos oficiales, en los que se había hecho diestro en sus tiempos de edecán de regimiento. Pero, sobre todo, era notable la energía de su amor propio, que, a pesar de estar basada sobre todo en ese pequeño talento, era por sí misma un rasgo bien marcado y sorprendente. Tenía ese género de amor propio que se funde con la vida y se desarrolla sobre todo en

algunos círculos de hombres, especialmente militares, de tal manera que no concebía más elección que tener la supremacía o destruirse. El amor propio era el motor incluso de sus motivos internos: se decía a sí mismo que le gustaba destacar sobre la gente con la que se comparaba.

—¡Seguro! ¡Mucho caso voy a hacer yo de lo que dice un *Moskvá*^[60]! —farfulló el teniente, sintiendo una amarga apatía en el corazón y cierta confusión de ideas, causada por la visión del convoy de heridos y las palabras del soldado, cuyo significado reforzaba y confirmaba involuntariamente el ruido del bombardeo—. *Gracioso este Moskvá...* Vamos, Nikoláiev, arranca... ¡Estás dormido! —añadió, gruñendo un poco al ayudante, mientras se arreglaba los faldones del capote.

Nicoláiev tiró de las riendas, chasqueó los labios, y el coche partió al trote.

—Les daremos de comer un momento y seguiremos adelante —dijo el oficial.

II

Al entrar en una calle de Duvanka, flanqueada por ruinas de casas tártaras de piedra, el teniente

Kozeltsov tuvo que detenerse para dejar paso a un convoy que llevaba bombas y proyectiles de cañón a Sevastópol y ocupaba todo el camino.

Dos soldados de infantería, cubiertos de polvo, estaban sentados sobre las piedras de una tapia desmoronada y comían sandía con pan.

—¿Va muy lejos, paisano? —dijo uno de ellos, mientras masticaba pan, a un soldado que se detuvo cerca de ellos con un gran saco a la espalda.

—Vamos a la compañía desde la provincia —respondió el soldado mirando de reojo la sandía y colocándose el saco en la espalda—. Hace tres semanas que custodiamos el heno de la compañía, pero ahora, ya ves, nos necesitan a todos. No sabemos dónde está ahora el regimiento. Nos dijeron que la semana pasada los nuestros ocuparon sus puestos en Korabélnaia. ¿No habrán oído algo, señores?

—Está en la ciudad, hermano, en la ciudad —dijo el otro, un viejo soldado de convoy que con gusto hurgaba con una navaja en la sandía blanquecina, sin madurar—. Al mediodía salimos nosotros de allí. Un horror, hermano, así que mejor no vayas; tírate aquí en algún sitio, sobre el heno, y espera a que pase un día o dos.

—Y ¿por qué, señores?

—¿Acaso no oyes?, ahora por todas partes disparan, ya no queda ningún lugar entero. ¡Han matado a tantos que no se pueden ni contar! —y el que hablaba agitó las manos y se colocó el gorro.

El soldado que iba de paso movió la cabeza pensativo, chasqueó la lengua, después sacó de la bota una pipa y, sin llenarla, hurgó en el tabaco quemado, prendió un poco de yesca de un soldado que fumaba y saludó con el gorro.

—¡Dios es lo primero, señores! ¡Hasta la vista! —dijo, y se puso en camino después de echarse el saco a la espalda.

—¡Eh, mejor espera! —dijo con voz lenta pero convincente el que escarbaba en la sandía.

—Siempre es lo mismo —farfulló el caminante pasando entre las ruedas de los carros apiñados—, está visto que también hay que comprar una sandía para cenar. A ver qué dice la gente.

III

La posta estaba llena de gente cuando Kozeltsov se acercó a ella. La primera persona que se encontró ya en el soportal era un hombre muy joven y flaco, el guardia, que iba discutiendo con dos oficiales que le

seguían.

—¡No solo van a esperar tres días, sino diez! ¡También los generales esperan, señores! —decía el guardia con ganas de picar a los viajeros—, y yo no se los engancharé.

—¡Así que no le dan caballos a nadie...! ¿Y por qué se los han dado a ese criado que llevaba bultos? —gritó el mayor de los oficiales, con un vaso de té en la mano, evitando claramente los pronombres pero dando la sensación de que era muy fácil tratar de tú al guardia.

—Juzgue usted mismo, señor guardia —decía titubeando el oficial joven—, no vamos por nuestro propio gusto. Deben necesitarnos cuando nos llaman. Le aseguro que daré cuenta al general Kramper. Se diría que... no respeta usted a los oficiales.

—¡Usted siempre tiene que estropearlo! —le cortó el mayor enfadado—. Solamente vale para molestarte, hay que saber hablar con ellos. Ahora nos ha perdido el respeto. ¡Traiga los caballos ahora mismo!

—Y ¿sería tan amable de decirme, amigo, de dónde voy a sacarlos?

El guardia calló un momento, pero de pronto se acaloró y, sacudiendo las manos, dijo:

—Amigo, lo entiendo y lo comprendo todo, pero

¡no puedo hacer nada! Déjenme tan solo —en los rostros de los oficiales apareció la esperanza—, solo déjenme tan solo llegar a fin de mes y entonces ya no estaré aquí. Prefiero ir al kurgán Malájov^[61] que quedarme aquí. ¡Gracias a Dios! Hagan lo que quieran, ya que las disposiciones son ésas; en toda la posta no hay ningún carro en condiciones y hace tres días que los caballos no ven un puñado de heno.

Y el guardia desapareció por la puerta cochera.

Kozeltsov entró en la sala con los oficiales.

—Bueno —dijo con total tranquilidad el oficial mayor al joven, aunque apenas un segundo antes parecía estar furioso—, ya llevamos tres meses de viaje, esperaremos otra vez. No importa, tenemos tiempo.

En la sala sucia y llena de humo había tantos oficiales y tantas maletas que Kozeltsov a duras penas encontró un sitio en la ventana para sentarse. Observando las caras y prestando atención a las conversaciones, empezó a liarse un cigarrillo. A la derecha de la puerta, junto a una mesa grasienta y desigual en la que había dos samovares de cobre, cubiertos de manchas verdes, y azúcar extendido en trozos de papel, estaba sentado el grupo principal: un joven oficial imberbe vestido con caftán corto de guata nuevo, seguramente hecho con una bata de

mujer, llenaba la tetera. Otros cuatro oficiales igual de jóvenes se encontraban en otros rincones de la sala: uno de ellos se había puesto debajo de la cabeza una pelliza y dormía en un sofá. Otro, de pie junto a la mesa, cortaba cordero asado para un oficial manco. Dos oficiales, uno con capote de edecán y otro con uno ligero de infantería y la talega en bandolera, se habían quedado junto a la estufa y solo por cómo miraban a los demás y cómo fumaba el de la talega estaba claro que no eran oficiales del frente y que estaban contentos por ello. Pero no era por el desprecio de sus modales, sino por cierta tranquilidad presuntuosa, basada en parte en el dinero y en parte en el trato cercano con los generales, esa conciencia de superioridad llega incluso a querer ocultarse. Un médico todavía joven, de labios gruesos, y un artillero con cara de alemán se habían sentado casi en las piernas del joven oficial que dormía en el sofá y hacían cuentas. También había cuatro ayudantes: unos dormitaban, otros se ocupaban de unas maletas y paquetes en la puerta. Kozeltsov no encontró ni un solo conocido entre todos estos rostros, pero se puso a escuchar las conversaciones con curiosidad. Los oficiales jóvenes que acababan de llegar de la Academia, según dedujo por su aspecto, le gustaban y, lo que es más

importante, le recordaban a su hermano, quien, también desde la Academia, debía haber llegado hacía unos días a una de las baterías de Sevastópol. El oficial de la talega, cuya cara había visto en otra parte, le había parecido repugnante e insolente. Con la idea incluso de «bajarle los humos si se le ocurría decir algo» fue de la ventana hacia el poyo de la estufa y se sentó allí. En general, a Kozeltsov, como a todo verdadero combatiente y buen oficial, no solo no le gustaban, sino que incluso le indignaban los oficiales del Estado Mayor, como estos dos a los que había reconocido a primera vista.

IV

—Sin embargo, es muy enojoso —decía uno de los jóvenes oficiales— que estemos tan cerca y no podamos llegar. Quizá ahora mismo empiece un combate y no vamos a estar.

En el tono chillón de su voz y en la visible mancha de rubor fresco que apareció en su joven rostro mientras hablaba se podía ver esa graciosa timidez juvenil de quien continuamente teme que no le salgan bien las palabras.

El oficial manco le miró sonriendo.

—Todavía hay tiempo, créame —dijo.

El oficial joven miró con respeto la cara demacrada del manco, inesperadamente radiante por esa sonrisa, calló y de nuevo se dedicó al té. En efecto, el semblante del oficial manco, su pose y, sobre todo, la manga vacía del capote expresaban bastante bien esa indiferencia serena con que afrontaba cada asunto o conversación, como si dijera: «Todo esto está muy bien, todo eso yo lo sé y podría hacerlo si quisiera».

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó de nuevo el joven oficial al compañero del capitán corto—. ¿Pasamos aquí la noche o nos vamos en *nuestro* caballo?

Su compañero se negó a partir.

—Puede imaginarse, capitán —continuó el que servía el té dirigiéndose al oficial manco y recogiendo el cuchillo que éste había soltado—, nos dijeron que los caballos eran carísimos en Sevastópol y nos compramos entre todos un caballo en Simferópol.

—Seguro que les cobraron mucho.

—La verdad, capitán, no lo sé, pagamos, con carro incluido, noventa rublos. ¿Es mucho? —añadió dirigiéndose a todos, incluido Kozeltsov, que le estaba mirando.

—No si el caballo es joven —dijo Kozeltsov.

—¿De verdad? Pues nos dijeron que era mucho... Cojea un poco pero nos dijeron que se le pasará. Es muy fuerte.

—¿De qué cuerpo es usted? —preguntó Kozeltsov, que quería saber algo de su hermano.

—Hemos llegado del regimiento de nobles, somos seis. Todos vamos a Sevastópol a petición propia —dijo el locuaz oficial—, solo que no sabemos dónde están nuestras baterías, unos dicen que en Sevastópol y otros que en Odesa.

—¿Y no lo pudieron averiguar en Simferópol? —preguntó Kozeltsov.

—No lo sabían... Imagínese, un compañero nuestro fue a la cancillería y le dijeron un montón de groserías... ¡Puede imaginarse lo desagradable que fue!... ¿Quiere que le líe un cigarrillo? —preguntó en ese momento al oficial manco, quien quería sacar su petaca.

Le ayudaba con entusiasmo servil.

—¿Y usted también viene de Sevastópol? —continuó—. ¡Ah, Dios mío, es extraordinario! Pues ¡en San Petersburgo siempre estábamos pensando en ustedes, en todos los héroes! —dijo a Kozeltsov con respeto y ternura.

—¿Es posible que tengan que regresar? —

preguntó el teniente.

—Es lo que tememos. Imagínese, como nos hemos comprado el caballo y nos hemos provisto de todo lo necesario, un hornillo y varias cosillas imprescindibles, no nos queda nada de dinero —dijo en voz baja mirando a su compañero—, así que si tenemos que regresar, no sabemos qué pasará.

—¿No han recibido el dinero del traslado? —preguntó Kozeltsov.

—No —susurró—, pero nos prometieron que nos lo darían aquí.

—¿Y tienen el certificado?

—Sé que lo importante es el certificado, pero en Moscú un tío mío que es senador me dijo, cuando estuve en su casa, que aquí me lo darían; si no, me lo habría procurado él mismo. ¿Nos lo darán?

—Sin duda.

—Yo también pienso que, quizá, nos lo den —dijo con un tono que demostraba que, después de haber preguntado lo mismo en treinta postas y de haber recibido en cada sitio una respuesta distinta, ya no confiaba mucho en nadie.

—Pero ¿cómo no se lo van a dar? —dijo de repente el oficial que había discutido en el soportal con el guardia y que en ese momento se acercaba a los que estaban hablando, dirigiéndose en parte a los oficiales del Estado Mayor que estaban sentados cerca, como los oyentes más dignos—. También yo, como estos caballeros, voy al ejército como voluntario. He dejado un puesto extraordinario para ir a Sevastópol y, excepto los gastos del viaje desde P., ciento treinta y seis rublos de plata, no me han dado nada, y ya he gastado de lo mío más de ciento cincuenta rublos. Solamente piensen en que llevo de viaje tres meses y ochocientas verstas^[62]. Éste es mi segundo mes con estos caballeros. Menos mal que tenía dinero propio. Pero ¿y si no lo hubiera tenido?

—¿De veras es el tercer mes? —preguntó alguien.

—Pero ¡qué le vamos a hacer! —continuó con su relato—. Si no hubiera querido venir, no me habría despedido de un buen puesto ni habría empezado a vivir en el camino; no es porque me dé miedo, sino que no hay ninguna posibilidad. En Perekop, por ejemplo, estuve dos semanas, el guardia ni siquiera me hablaba: váyase cuando quiera, mire cuántas

hojas de ruta tengo ahí... Probablemente sea el destino... y eso que yo quería... Sí, está claro, el destino. Y no es porque ahora haya bombardeos, sino que, está claro, aunque te apresures da igual, con las ganas que tenía...

El oficial explicaba con tanto empeño las causas de su demora que parecía que se estuviera justificando, e involuntariamente hacía pensar que tenía miedo. Y se hizo más visible cuando preguntó por el lugar en el que se encontraba su regimiento y si era peligroso. Incluso se puso pálido y se le cortó la voz cuando el oficial manco, que había estado en ese regimiento, le dijo que en estos dos días habían caído unos diecisiete oficiales.

Efectivamente, en este momento el oficial era un cobarde redomado, aunque seis meses antes estuvo lejos de serlo. En él se obró un gran cambio que muchos han experimentado antes y después de él. Vivía en una de nuestras provincias en que hay academias militares y disfrutaba de un puesto excelente y cómodo, pero, como leyera en diarios y cartas privadas las hazañas de los héroes de Sevastópolis, sus antiguos compañeros, la ambición prendió en él de repente y, todavía más, el patriotismo.

Por este sentimiento sacrificó muchas cosas, su

cómodo puesto, su apartamento con tresillo adquirido tras ocho años de esfuerzos, sus amistades y sus esperanzas de un matrimonio ventajoso, abandonó todo y ya en febrero solicitó su traslado al ejército activo, soñando con la inmortal corona de la gloria y con charreteras de general. Dos meses después de haber presentado la solicitud le preguntaron *por vía reglamentaria* si iba a solicitar una ayuda del gobierno. Respondió que no y pacientemente siguió aguardando una decisión, aunque el fervor patriótico ya había tenido tiempo de entibiarse considerablemente a lo largo de estos dos meses. Otros dos meses después le preguntaron si pertenecía a alguna logia masónica así como otras formalidades de este tipo y, después de su respuesta negativa, por fin, al quinto mes, llegó una decisión. Para entonces sus amigos y, sobre todo, ese sentimiento posterior de descontento ante todo lo nuevo que aparece con cada cambio de situación, habían conseguido convencerle de que había cometido una solemne tontería ingresando en el ejército activo. Y cuando llegó solo, con pirosis y con la cara cubierta de polvo a la quinta posta, en la que se encontró con un correo de Sevastópol que le habló de los horrores de la guerra, y estuvo doce horas esperando los caballos, estaba ya totalmente arrepentido de su irreflexión, pensaba

con horror y angustia en lo que le esperaba y avanzaba inconsciente, igual que la víctima de un sacrificio. Este sentimiento fue creciendo poco a poco en los tres meses de peregrinación por postas en las que casi siempre había que esperar y coincidir con oficiales que venían de Sevastópol con relatos terribles y, al final, transformó a ese pobre oficial, que en P. se había imaginado ser un héroe dispuesto a las empresas más temerarias, en ese hombre cobarde y desdichado de Duvanka. Y cuando un mes antes se unió a unos jóvenes que venían de la Academia, procuró ir lo más tranquilo posible, considerando estos días los últimos de su vida. En cada posta instalaba su catre, su baúl de viaje, organizaba partidas de *préférence*, miraba los libros de reclamaciones como pasatiempo y se alegraba cuando no le daban caballos.

En realidad, habría sido un héroe si se hubiera trasladado directamente de P. a los bastiones, pero ahora necesitaría un gran sufrimiento moral para convertirse en esa persona tranquila, tenaz en el trabajo y en el peligro que estamos acostumbrados a ver en el oficial ruso. Pero difícilmente el entusiasmo podrá ya resurgir en él.

VI

—¿Quién ha pedido *borsch*? —preguntó la patrona, una mujer bastante sucia, gorda y de unos cuarenta años que entró en el cuarto con una escudilla de *schi*^[63].

La conversación cesó en ese mismo instante y todos los que estaban en la sala fijaron su mirada en la tabernera. El oficial que venía de P. incluso le hizo un guiño al oficial joven señalándola.

—Ah, la ha pedido Kozeltsov —dijo el joven oficial—, hay que despertarle. Levántate a comer —dijo acercándose al que dormía en el diván y sacudiéndole por el hombro.

Un muchacho de unos diecisiete años, de alegres ojos negros y mejillas coloradas, saltó con energía del diván y, restregándose los ojos, se plantó en medio de la sala.

—Ay, perdone, por favor —le dijo con voz argentina al médico, a quien había empujado al levantarse.

El teniente Kozeltsov reconoció al instante a su hermano y se acercó a él.

—¿No me reconoces? —dijo sonriendo.

—¡Aaaaah! —gritó el hermano pequeño—. ¡Esto es asombroso! —y empezó a besar a su hermano.

Se besaron tres veces, pero a la tercera se detuvieron como si a los dos se les hubiera ocurrido lo mismo: ¿era realmente necesario hacerlo tres veces?

—Bueno, ¡cuánto me alegro! —dijo el mayor examinando a su hermano—. Váyanos al soportal... a hablar.

—Vamos, vamos. No quiero *borsch*... cómetelo tú, Federson —le dijo a un compañero.

—Pero si tú querías comer.

—No quiero nada.

Cuando salieron al soportal el pequeño iba preguntando al hermano: «Bueno, ¿qué tal?, ¿cómo estás?, cuéntame», y todo el tiempo hablaba de lo contento que estaba de verle, pero él no contaba nada.

Pasaron unos cinco minutos hasta que consiguieron callar un poco y el hermano mayor preguntó al pequeño por qué no había ingresado en la Guardia como esperaban todos los *nuestrós*.

—¡Ah, ya! —respondió el pequeño enrojeciendo por algún recuerdo—. Eso me desesperó muchísimo, de ninguna manera esperaba lo que ocurrió. Imagínate, justo antes de la salida tres compañeros

fuimos a fumar a ese cuarto que hay detrás de la portería; seguro que lo conoces, pues ya debía existir en tus tiempos; pero en cuanto el canalla del guarda nos vio corrió a decírselo al oficial de guardia (y eso que le habíamos dado vodka unas cuantas veces) y éste apareció de improviso. Nada más verlo, los otros tiraron los cigarrillos y salieron pitando por la puerta lateral, pero yo no podía ir a ningún sitio; allí mismo empezó a decir cosas desagradables que, por supuesto, yo no toleré; bueno, se lo dijo al director y empezaron los problemas. Solo por eso me pusieron insuficiente en comportamiento, aunque tenía sobresaliente en todo, solo en mecánica tenía un doce; pero ya pasó. Me mandaron al ejército. Después me prometieron el traslado a la Guardia, pero ya no quise y solicité venir a la guerra.

—¡Vaya!

—La verdad, te lo digo en serio, todo esto me pareció tan ruin que quise venir cuanto antes a Sevastópol. Además, si aquí tienes suerte, puedes ascender mucho antes que en la Guardia: allí estás diez años de coronel, pero aquí Totleben pasó de teniente coronel a general en dos años. Bueno, y si te matan, ¡qué le vamos a hacer!

—¡Cómo eres! —dijo su hermano con una sonrisa.

—Pero el motivo principal es otro, hermano —dijo el pequeño sonriendo y enrojeciendo como si fuera a decir algo muy vergonzoso—; todo esto son naderías. La razón principal por la que lo pedí es que, a pesar de todo, en cierto modo me da vergüenza vivir en San Petersburgo cuando aquí están muriendo por la patria. Además, quería estar contigo —añadió más tímido aún.

—¡Qué gracioso eres! —dijo el mayor sacando un cigarrillo pero sin mirarle—. La pena es que no estaremos juntos.

—Bueno, qué, dime la verdad, ¿da miedo estar en los bastiones?

—Al principio da miedo, luego te acostumbras y como si nada. Tú mismo lo verás.

—Y dime otra cosa, ¿tú qué crees? ¿Tomarán Sevastópol? Yo creo que no lo conseguirán de ningún modo.

—Dios sabrá.

—Solo una cosa me disgusta; figúrate que por el camino nos robaron todo el hatillo y yo tenía allí mi morrión, así que ahora estoy en una situación terrible y no sé cómo voy a presentarme. Sabes, es que tenemos morriones nuevos; en general ha habido muchos cambios, todos para mejor. Puedo contarte todo... En Moscú estuve en todas partes.

El segundo Kozeltsov, Vladímir, era muy parecido a su hermano Mijaíl, pero con un parecido igual que el de la rosa que brota y el escaramujo ya marchito. Su pelo también era castaño claro, pero espeso y ondulado en la sien. En la nuca blanca y delicada tenía una pequeña trenza castaña, símbolo de felicidad, como dicen las niñeras. Debido a la blanca tez de su rostro, el rubor juvenil se marcaba con fuerza, revelando todas las emociones de su alma. Los ojos, como los de su hermano, eran sinceros y claros, especialmente cuando se les llenaban de una ligera humedad, algo que sucedía a menudo. Una pelusilla castaña le crecía en las mejillas y por encima de los labios rojos, que casi siempre tomaban la forma de una tímida sonrisa y dejaban ver unos dientes blancos y brillantes. Esbelto, ancho de espaldas, con el capote desabrochado, bajo el cual se veía una camisa roja con cuello de tirilla, con un cigarrillo en las manos, acodado en la balaustrada del soportal, con inocente alegría en el rostro y en los gestos, así aparecía ante su hermano. Era un muchacho tan agradablemente guapo que todos le miraban asombrados. Estaba contentísimo de ver a su hermano, le miraba con respeto y orgullo, imaginándolo un héroe. Sin embargo, en algunos aspectos, precisamente en los

que están de ordinario relacionados con la formación aristocrática que, a decir verdad, él tampoco había recibido —hablar francés, frecuentar la compañía de hombres importantes, bailar, etc.—, se avergonzaba un poco de él, le miraba con altanería e incluso quería instruirle. Todas sus impresiones venían sin duda de San Petersburgo, de casa de una dama a la que le gustaban los jóvenes atractivos y que lo había invitado a sus fiestas, y de la casa de un senador en Moscú, donde una vez bailó en un gran baile.

VII

Después de hablar casi hasta hartarse, les pareció que tenían poco en común, aunque se querían mucho, y guardaron silencio un buen rato.

—Bueno, coge tus cosas que nos vamos —dijo el mayor.

El pequeño enrojeció de repente y vaciló.

—¿Directos a Sevastópolis? —preguntó tras un minuto de silencio.

—Claro, si de verdad tienes pocas cosas, creo que cabremos.

—¡Genial! Saldremos ahora mismo —dijo el pequeño suspirando, y entró en la sala.

Pero, sin llegar a abrir la puerta, se detuvo en el zaguán. Abatido, bajó la cabeza y empezó a pensar: «Ahora mismo directos a Sevastópol, a ese infierno, ¡qué horror! De todas formas da igual, alguna vez tenía que ser. Ahora, por lo menos, voy con mi hermano»...

Lo que le sucedía era que solo ahora, ante la idea de que con sentarse en el coche y sin volver a apearse de él estaría en Sevastópol y de que ya ninguna eventualidad podía retenerle, se le aparecía claramente el peligro que había estado buscando, y quedó desconcertado, asustado con la idea de su cercanía. A duras penas consiguió calmarse y entró en la sala, pero pasó un cuarto de hora y seguía sin salir, así que su hermano al final abrió la puerta para llamarle. El menor de los Kozeltsov, con pinta de escolar que ha caído en falta, estaba hablando de algo con el oficial de P. Cuando su hermano abrió la puerta se azoró del todo.

—Espera, ahora voy —le dijo manoteando—. Espérame allí, por favor.

En efecto, un minuto después salió y se acercó a su hermano suspirando profundamente.

—Imagínate, no me puedo ir contigo, hermano —dijo.

—¿Cómo? ¿Qué tontería es ésa?

—¡Te diré toda la verdad, Misha! A ninguno nos queda ya dinero y todos le debemos a ese capitán ayudante que viene de P. ¡Me da tanta vergüenza!

El hermano mayor frunció el ceño y durante un tiempo no dijo nada.

—¿Debes mucho? —preguntó finalmente, mirando a su hermano de reojo.

—Mucho... no, no mucho, pero me da mucha vergüenza: ha pagado en tres postas por mí y el azúcar era suyo... así que no sé... pero también jugamos al *préférence*... le dejé un poco a deber.

—¡Esto es inadmisibile, Vólodia! ¿Se puede saber qué habrías hecho si no me hubieras encontrado? —dijo severo Kozeltsov sin mirarlo.

—Es que yo pensaba, hermano, que me darían el dinero del traslado en Sevastópol y entonces lo devolvería. Y puedo hacerlo así, mejor me voy mañana con él.

El hermano mayor cogió su bolsa y con dedos algo temblorosos sacó dos billetes de diez rublos y uno de tres.

—Aquí está todo mi dinero —dijo—. ¿Cuánto debes?

Al afirmar que ése era todo su dinero, Kozeltsov no estaba diciendo toda la verdad: tenía todavía otros cuatro rublos de oro cosidos por si acaso en la

bocamanga, pero se había jurado no tocarlos en ninguna circunstancia.

Resultó que el menor de los Kozeltsov, incluyendo las pérdidas en el *préférence* y el azúcar, debía únicamente ocho rublos al oficial de P. El hermano mayor se los dio solamente tras hacerle ver que no se debe jugar al *préférence* cuando no se tiene dinero.

—¿Para qué jugaste?

El pequeño no dijo ni una palabra. Con esa pregunta su hermano parecía dudar de su honradez. El enfado consigo mismo, la vergüenza de una acción que había podido inspirar tal desconfianza y la ofensa de su hermano, a quien tanto quería, produjeron en su impresionable naturaleza un sentimiento tan fuerte, tan doloroso, que no respondió nada, pues tenía la sensación de que no sería capaz de controlar el nudo que tenía en la garganta. Cogió el dinero sin mirarlo y se dirigió su compañero.

VIII

Nicoláiev, quien se había reanimado en Duvanka con dos tapones de vodka comprados a un soldado que lo vendía en el puente, tiraba de las riendas; el carro

saltaba por el camino pedregoso y a veces sombrío que flanqueaba el Belbek^[64] hasta Sevastópol, mientras los hermanos, que se iban empujando con las piernas, se empeñaban en guardar silencio a pesar de que pensaban el uno en el otro continuamente.

«¿Por qué me ha ofendido? —pensaba el pequeño—. ¿Acaso no podía haberse callado? Es como si creyera que soy un ladrón, y encima ahora parece que está enfadado, así que ya nos hemos distanciado para siempre. ¡Con lo bien que nos habría ido a los dos en Sevastópol! Dos hermanos, amigos, los dos combatiendo contra el enemigo: uno ya es mayor y, aunque no es muy instruido, es valiente en el combate, y el otro es joven, pero también valiente... ¡En una semana habría demostrado a todos que ya no soy un niño! Además, dejaré de ponerme rojo, en mi rostro habrá coraje y también bigote, no muy grande, pero para entonces habrá crecido bastante —y se pellizcaba la pelusilla que le había salido en los extremos de la boca—. Quizá lleguemos ahora y enseguida vaya con mi hermano a un combate. Y él debe ser resistente y muy valiente; no habla mucho, pero actúa mejor que otros. Quisiera saber —continuó— si me está pegando aposta contra el borde del carro. Seguramente sabe que estoy incómodo y hace como que no lo nota. Bueno, enseguida

llegaremos —continuaba con sus razonamientos, arrimándose al borde del carro y con miedo a moverse para que su hermano no notara que estaba incómodo— y de repente iremos directos al bastión: yo con los cañones y mi hermano con la compañía, los dos juntos. Solo que de repente los franceses se lanzan sobre nosotros. Yo empiezo a disparar: mato a muchísimos, pero de todas formas corren directos hacia mí. Ya no me es posible disparar y, claro, no tengo salvación. Pero entonces mi hermano avanza corriendo con el sable, yo agarro el fusil y corremos con los demás soldados. Los franceses se lanzan sobre él. Yo me acerco corriendo, mato a un francés, a otro más y lo salvo. Me hieren en una mano, sujeto el fusil con la otra y, con todo, sigo corriendo; entonces una bala mata a mi hermano a mi lado. Me detengo un momento, le miro así, triste, me levanto y empiezo a gritar: “¡Seguidme, vamos a vengarnos! Yo amaba a mi hermano más que a nada en el mundo —diré—, y lo he perdido. ¡Venganza, acabemos con el enemigo o muramos todos!”. Empezarán a gritar y vendrán todos detrás de mí. Entonces saldrá todo el Ejército francés, con el propio Pélissier^[65] a la cabeza. Los mataremos a todos, pero, al final, me herirán una segunda vez, y una tercera, y caeré herido de muerte. Entonces todos se acercarán corriendo.

Gorchakov^[66] vendrá y me preguntará qué es lo que quiero. Yo diré que no quiero nada, solo que me lleven al lado de mi hermano, pues quiero morir con él. Me cogerán y me conducirán junto al cuerpo ensangrentado de mi hermano. Yo me incorporaré un poco y diré: “Ya veis, no habéis sabido valorar a estos dos hombres que amaban sinceramente a su patria, ahora los dos han caído... ¡que Dios os perdone!” y moriré».

¡Quién sabe de qué forma se cumplirían estos sueños!

—Dime, ¿estuviste alguna vez en un combate? —preguntó a su hermano, olvidándose completamente de que no quería hablar con él.

—No, ni una sola vez —respondió el mayor—, nuestro regimiento perdió dos mil hombres, todos en la construcción de las defensas; yo también fui herido allí. ¡La guerra no se hace como tú piensas, Volodia!

La palabra «Volodia» emocionó al hermano pequeño y quiso explicarse con su hermano, quien no pensaba haberlo ofendido.

—¿No estás enfadado conmigo, Misha? —dijo tras un momento de silencio.

—¿Por qué?

—No, bueno. Por lo que pasó. Entonces, nada.

—En absoluto —respondió el mayor volviéndose

hacia él y palmeándole la pierna.

—Entonces perdóname, Misha, si te he entristecido.

Y el hermano pequeño se volvió para ocultar las lágrimas que de repente le brotaron en los ojos.

IX

—¿De veras que eso es ya Sevastópol? —preguntó el menor de los hermanos cuando subieron una montaña y ante ellos se abrió la bahía con los mástiles de los barcos, el mar con la lejana flota enemiga, las baterías blancas del litoral, los cuarteles, las cañerías, los diques y los edificios de la ciudad, y las nubes blancas, lilas, del humo que continuamente se elevaba por las montañas amarillas que rodeaban la ciudad, y que estaban en el cielo azul junto a los rayos rosáceos del sol, que ya se reflejaba en su esplendor y descendía hacia el horizonte del mar sombrío.

Volodia contempló este extraño lugar en el que tanto había pensado sin el más mínimo temblor. Es más, miraba este espectáculo realmente encantador y original con deleite estético y un sentimiento heroico de presunción, porque él también estaría ahí en media

hora; estuvo observando con profunda atención, hasta el mismo momento en que llegaron al norte, al convoy del regimiento de su hermano, donde podrían saber con seguridad el lugar donde estaban dispuestos los regimientos y las baterías.

El oficial que administraba el convoy vivía cerca del denominado «poblado nuevo», unos barracones de tablas construidos por familias de marineros, en una tienda unida a una barraca bastante grande cubierta de ramas verdes de roble que todavía no habían tenido tiempo de secarse del todo.

Los hermanos encontraron al oficial ante una mesa extensible en la que había un vaso de té frío con cenizas de cigarrillos y una bandeja con vodka y migajas de caviar seco y de pan; llevaba una camisa amarillenta y sucia, y estaba contando con un gran ábaco un montón enorme de billetes. Pero, antes de hablar del oficial y de la conversación que tuvieron los hermanos con él, es indispensable observar más detenidamente el interior de su barraca y conocer, aunque solo sea un poco, su forma de vida y sus ocupaciones. La barraca nueva era tan grande, estaba tan sólidamente cubierta y tan bien dispuesta, con sus mesitas y sus bancos trenzados con tepe, como solo se ve en las de los generales y jefes de regimiento. Los laterales y la parte superior estaban cubiertos,

para que las hojas no se cayeran, con tres tapices bastante feos pero nuevos y, seguramente, caros. Sobre la cama de hierro, situada bajo el tapiz principal que representaba una amazona, había una manta de felpa de un rojo vivo, una almohada sucia con el cuero rasgado y un abrigo de piel de mapache. En la mesa, había un espejo con el marco de plata, un cepillo de plata sucísimo, un peine de cuerno roto y lleno de cabellos grasientos, un candelabro de plata, una botella de licor con una enorme etiqueta roja dorada, un reloj de oro con el retrato de Pedro I, dos anillos de oro, una cajita con algunos pistones, corteza de pan y cartas antiguas desparramadas, así como botellas de *porter* vacías y llenas debajo de la cama. Este oficial administraba el convoy del regimiento y la alimentación de los caballos. Con él vivía un gran amigo suyo, un comisionista que se ocupaba también de algunas operaciones. Cuando llegaron los hermanos, dormía en la tienda, mientras que el oficial de convoy contaba el dinero público antes del final de mes. Físicamente el oficial de convoy era muy guapo y marcial: de gran estatura, grandes bigotes y consistencia noble. Lo único desagradable en él era su sudor, la hinchazón de toda su cara, que casi ocultaba sus pequeños ojos grises (como si estuviera hasta arriba de *porter*), y la

increíble falta de limpieza desde el pelo ralo y grasiento hasta sus grandes pies desnudos, embudidos en unas zapatillas de piel de armiño.

—¡Tanto dinero, tanto dinero! —dijo Kozeltsov mientras entraba en la barraca y fijaba la vista con una ansiedad involuntaria en el montón de billetes—. ¡Conque solo me prestaras la mitad, Vasili Mijáilych!

Al oficial de convoy, como si le hubieran sorprendido robando, le cambió la cara al ver a los huéspedes y, mientras recogía el dinero, saludó sin levantarse.

—¡Ay, si fuera mío... es del Estado, amigo! ¿Y quién es el que viene con usted? —dijo guardando el dinero en un cofre que tenía al lado y mirando a Volodia a los ojos.

—Es mi hermano, ha venido de la Academia. Hemos pasado para saber dónde está el regimiento.

—Siéntense, señores —dijo el oficial, levantándose y saliendo a la tienda sin prestar atención a los huéspedes—. ¿No quieren tomar algo? ¿Quizá un *porter*? —dijo desde allí.

—¡No estaría de más, Vasili Mijáilych!

Volodia se había quedado muy sorprendido de los aires de grandeza del oficial de convoy, de sus modales descuidados y del respeto con el que su hermano se dirigía a él.

«Debe de ser un oficial muy bueno al que todos respetan. Seguramente sea sencillo, muy valiente y hospitalario», pensaba mientras se sentaba con discreción y timidez en un diván.

—Bueno, ¿dónde está nuestro regimiento? — preguntó el hermano mayor a través de la tienda.

—¿Qué?

Kozeltsov repitió la pregunta.

—Hace poco estuvo aquí Zeifer y me dijo que ayer se trasladaron al quinto bastión.

—¿De verdad?

—Si te lo digo debe ser verdad, y además ¡quién demonios lo sabe! Le cuesta poco mentir. Bueno, ¿qué? ¿Vais a tomar *porter*? —dijo el oficial de convoy siempre desde la tienda.

—Creo que sí —dijo Kozeltsov.

—¿Y usted va a beber, Ósip Ignátich? —volvió a preguntar desde la tienda, seguramente dirigiéndose al comisionista dormido—. Basta de dormir, ya son las ocho.

—¿Por qué me molesta? No estoy durmiendo — respondió una vocecilla fina y perezosa que pronunciaba las eles y las erres de forma muy agradable.

—Venga, levántese, me aburro sin usted.

Y el oficial de convoy volvió con sus huéspedes.

—Trae *porter*, ¡de Simferópol! —gritó.

Un ayudante, con una expresión orgullosa en la cara, según le pareció a Volodia, entró en la barraca y de debajo de ella, haciendo levantarse incluso al oficial, sacó el *porter*.

—Sí, hermano —dijo el oficial de convoy mientras llenaba los vasos—, ahora tenemos un nuevo jefe de regimiento. Necesita dinero, se ha provisto de todo.

—Me parece que éste es totalmente diferente, de la nueva generación —dijo Kozeltsov tomando cortésmente el vaso.

—¡Sí, de la nueva generación! Será igual de tacaño. Con lo que gritaba cuando dirigía el batallón y ahora dice todo lo contrario. No puede ser, hermano.

—Es verdad.

El hermano pequeño no entendía de qué hablaban, pero tenía la vaga sensación de que su hermano no decía lo que de verdad pensaba debido a que estaba bebiendo el *porter* de ese oficial.

La botella de *porter* ya se había acabado y la conversación continuaba desde hacía bastante tiempo por los mismos derroteros cuando los faldones de la tienda se abrieron de par en par y apareció un hombre vigoroso, fresco y muy alto que llevaba un

batín de raso azul con borlas y una gorra con ribete y escarapela rojos. Salió arreglándose el bigotillo negro y, con un movimiento de hombro apenas perceptible, respondió a los saludos de los oficiales mientras miraba a algún lugar del tapiz.

—¡Trae aquí que beba un vaso! —dijo sentándose junto a la mesa—. ¿Qué, viene de San Petersburgo, joven? —dijo dirigiéndose cariñosamente a Volodia.

—Sí, señor, voy a Sevastópolis.

—¿Lo pidió usted?

—Sí, señor.

—¡Y esas ganas, señores! ¡No lo entiendo! —continuó el comisionista—. Me parece que yo estaría dispuesto a irme andando ahora mismo hasta San Petersburgo si me dejaran. ¡No soporto esta vida de perro, se lo juro!

—¿Qué es lo que le va mal aquí? —dijo el mayor de los Kozeltsov volviéndose hacia él—. ¡Usted todavía no sabe lo que es vivir aquí!

El comisionista le miró y le dio la espalda.

—Este peligro («¿De qué peligro hablará sentado en el Norte?»), pensó Kozeltsov), las privaciones, no poder conseguir nada —continuó dirigiéndose siempre a Volodia—. ¡Y esas ganas tuyas! ¡Decididamente no les entiendo, señores! Si todavía

hubiera algún beneficio, pero así... Bueno, ¿estaría bien que a su edad de pronto se quedara inválido para toda la vida?

—¡Unos sirven por dinero y otros lo hacen por honor! —intervino de nuevo el Kozeltsov mayor con tono de enfado.

—¡Y de qué sirve el honor si no hay nada más! —dijo riéndose con desprecio el comisionista al oficial de convoy, quien también se echó a reír—. Da cuerda a «Lucia», vamos a escucharla —dijo señalando una cajita de música—; me encanta...

—¿Es buena persona Vasili Mijáilych? —preguntó Volodia a su hermano cuando, anocheciendo ya, salieron de la barraca para continuar su camino hasta Sevastópol.

—Así así, pero ¡es terriblemente avaricioso! ¡Y eso que debe sacar como poco trescientos rublos al mes! Y vive como un cerdo, ya le has visto. Pero a ese comisionista no puedo ni verle, una vez le pegué. Ese canalla ha sacado doce mil rublos de Turquía... —y Kozeltsov se puso a hablar largo y tendido del soborno; a decir verdad, lo hacía con la singular animosidad del hombre que lo censura no porque esté mal, sino porque le enfada que haya gente que se aproveche de él.

X

No es que Volodia estuviera de mal humor cuando, ya casi de noche, se acercaban al puente grande por la bahía, sino que sentía cierto pesar en su corazón. Todo lo que había visto y oído concordaba muy poco con sus recientes impresiones: la sala entarimada, grande y clara del examen, las voces alegres, bondadosas y la risa de los compañeros, el uniforme nuevo, el amado zar, a quien se había acostumbrado a ver durante siete años y quien, mientras se despedía de ellos con lágrimas en los ojos, los había llamado hijos suyos. Todo lo que veía se parecía muy poco a sus hermosos, dorados y magnánimos sueños.

—Bueno, pues ¡ya hemos llegado! —dijo el hermano mayor cuando bajaron del coche cerca de la batería Mijailovski. Si nos dejan cruzar iremos ahora mismo al cuartel Nikoláievski. Tú te quedarás allí hasta mañana y yo iré a mi regimiento para averiguar dónde está tu batería; mañana iré a buscarte.

—Pero ¿para qué? Mejor vamos juntos —dijo Volodia—. Yo también iré contigo al bastión. Ya da igual: tengo que acostumbrarme. Si tú vas, yo también puedo.

—Mejor no.

—No, por favor, por lo menos sabré cómo...

—Te aconsejo que no vayas, pero...

El cielo estaba sereno y oscuro, las estrellas y el fuego en continuo movimiento de las bombas y los disparos lucían brillantes en la oscuridad. El gran edificio blanco de la batería y el principio del puente destacaban en las sombras. Cada segundo algunos disparos y explosiones de cañón, casi seguidos o simultáneos, sacudían el aire, cada vez más fuertes y precisos. Detrás de este ruido sordo, como si fuera su eco, se oía el murmullo sombrío de la bahía. El mar traía un vientecillo que olía a humedad. Los hermanos se acercaron al puente. Un reservista golpeó incómodo el fusil con la mano y gritó:

—¿Quién va?

—¡Soldados!

—¡No se puede pasar!

—¡Cómo que no! Necesitamos pasar.

—Pregunten al oficial.

El oficial, que dormitaba sentado sobre un ancla, se enderezó un poco y les permitió pasar.

—Hacia allí se puede, desde allí no. ¿Dónde vais todos a la vez? —gritó a unos carros del regimiento que, cubiertos hasta arriba de gaviones, se apiñaban a la entrada.

Mientras bajaban al primer pontón, los hermanos

tropezaron con unos soldados que venían de allí charlando en voz alta.

—Cuando consiguió los pertrechos, ya lo tenía todo; así es...

—¡Eh, hermanos! —dijo otra voz—. Cuando llegas al Norte ves la luz, ¡gracias a Dios! El aire es completamente distinto.

—Pero ¡qué dices! —exclamó el primero—. Hace muy poco llegó hasta aquí mismo una maldita de éstas y arrancó las piernas a dos marineros, así que mejor no hables.

Los hermanos pasaron el primer pontón y se detuvieron en el segundo, que ya estaba inundado en algunos puntos, esperando a los carros. El viento, que parecía débil en tierra, aquí era muy fuerte y violento. El puente se balanceaba y las olas, chocando ruidosamente contra los troncos y golpeándose con anclas y cables, inundaban las tablas. Por la derecha el mar alborotaba y formaba una línea negra infinita y regular que se separaba del horizonte estrellado, de una suave tonalidad gris. En algún lugar lejano brillaban las luces de la flota enemiga. A la izquierda destacaba la masa sombría de un buque nuestro y se oían los golpes de las olas contra su borda. Se divisaba un barco que se movía rápido y ruidoso desde el Norte. El fuego de una

bomba que estalló cerca de él iluminó por un instante los gaviones amontonados en cubierta, a dos hombres que estaban en la parte de arriba y la espuma blanca y las gotas de las verdes olas cortadas por el barco. Junto al borde del puente, con las piernas en el agua, estaba sentado un hombre con camisa que arreglaba algo en el pontón. Delante, por encima de Sevastópol, también volaban fuegos y los terribles estampidos cada vez llegaban con más fuerza. Una ola rompió por el lado derecho del puente y mojó los pies de Volodia; dos soldados pasaron a su lado chapoteando en el agua. De repente, en medio de un estruendo, algo iluminó el puente por delante, el carro que venía por él y a su jinete, y unos cascos cayeron al agua silbando y salpicando.

—¡Hombre, Mijaíl Semiónych! —dijo el jinete deteniendo su caballo junto al mayor de los Kozeltsov—. ¿Qué, ya se ha repuesto del todo?

—Ya lo ve. ¿Adónde le lleva Dios?

—Al Norte a por cartuchos; es que ahora estoy de edecán de regimiento... esperamos el asalto de un momento a otro y no tenemos ni cinco cartuchos por talega. ¡Bonita orden!

—¿Y dónde está Martsov?

—Ayer le arrancaron una pierna... en la ciudad, dormía en su habitación... Puede verle, está en la

enfermería.

—El regimiento está en el quinto, ¿no?

—Sí, ocupamos el puesto de M. Pase por la enfermería, allí encontrará a alguno de los nuestros; ellos le llevarán.

—Por cierto, ¿y mi habitación en Morskaia sigue entera?

—¡Ay, hermano! Hace tiempo que las bombas lo destruyeron todo. Ahora no podrá reconocer Sevastópol, ya no hay mujeres ni nadie, ni tabernas, ni música. Ayer se trasladó el último establecimiento. Ahora todo se ha vuelto de lo más triste... ¡Adiós!

Y el oficial continuó su camino al trote.

De repente, a Volodia le entró un miedo terrible: todo el tiempo tenía la sensación de que iba a volar una bomba o un casco y le iba a golpear en toda la cabeza. Estas húmedas tinieblas, todos estos ruidos, sobre todo el rumor furioso de las olas, parecían decirle que no siguiera adelante, que no le esperaba nada bueno, que sus pies no volverían a pisar la tierra rusa a este lado de la bahía, que regresara en ese mismo momento y echara a correr a donde fuera, lo más lejos posible de este horrible lugar de muerte. «Sin embargo, quizá ya sea tarde, ya esté decidido», pensaba estremeciéndose, en parte por esta idea, y en parte porque el agua se le colaba por las botas y le

mojaba los pies.

Volodia suspiró profundamente y se alejó un poco de su hermano.

—¡Señor! ¿Será posible que me maten, precisamente a mí? ¡Señor, ayúdame! —dijo en un susurro, y se santiguó.

—Venga, vamos, Volodia —dijo su hermano mayor cuando el coche entró en el puente—. ¿Has visto la bomba?

En el puente los hermanos se cruzaron con carros que transportaban heridos y gaviones; uno de ellos, conducido por una mujer, llevaba muebles. En este lado nadie los retuvo.

Siguiendo los muros de la batería Nikoláievski y oyendo las bombas que explotaban justo encima de su cabeza y el bramido de los cascos que caían, los hermanos llegaron instintivamente, en silencio, al puesto de la batería donde estaba el icono. Allí se enteraron de que la quinta de artillería ligera, a la que había sido destinado Volodia, estaba en Korabélnaia, así que decidieron ir juntos, a pesar del peligro, a pasar la noche al puesto del hermano mayor en el quinto bastión; desde allí irían al día siguiente a la batería. Después de torcer en un corredor, pasando entre los pies de soldados que dormían echados a lo largo de toda la pared de la

batería, llegaron por fin a la enfermería.

XI

Al entrar en la primera habitación, provista de catres en los que yacían heridos e impregnada de ese intenso y terrible hedor a hospital, vieron a dos hermanas de la caridad que salían a su encuentro.

Una mujer de unos cincuenta años, ojos negros y expresión severa en la cara llevaba vendas e hilas y estaba dando instrucciones a un joven, un enfermero, que iba tras ella. La segunda, una muchacha muy linda de unos veinte años y de rostro pálido y dulce que miraba de manera especialmente indefensa desde debajo de la cofia blanca que cubría su cara, iba con las manos en los bolsillos del delantal y los ojos bajos al lado de la mayor, dando la sensación de que temía alejarse de ella.

Kozeltsov se dirigió a ellas para preguntarles si no sabían dónde estaba Martsov, al que ayer le habían arrancado una pierna.

—¿Es del regimiento P.? —preguntó la mayor—. Bueno, ¿es usted pariente?

—No, señora, soy un compañero.

—¡Hum! Acompañeles —dijo en francés a la

hermana joven—. Por aquí —y se acercó con el enfermero a un herido.

—¡Vamos! ¿Qué miras? —dijo Kozeltsov a Volodia, quien, con las cejas levantadas y una expresión de sufrimiento, permanecía clavado, mirando a los heridos—. Venga, vámonos.

Volodia se fue con su hermano pero seguía mirando a su alrededor, repitiendo inconsciente:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

—¿Lleva muy poco aquí, verdad? —preguntó la hermana a Kozeltsov señalando a Volodia, quien, entre ayes y suspiros, los seguía por el pasillo.

—Acaba de llegar.

La linda hermana miró a Volodia y de repente se echó a llorar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuándo acabará todo esto! —dijo con desesperación en la voz.

Entraron en el pabellón de oficiales. Martsov estaba tumbado boca arriba, con los brazos fibrosos y desnudos hasta los codos debajo de la cabeza; la expresión de su cara amarillenta era la de un hombre que aprieta los dientes para no gritar de dolor. Su pie sano, envuelto en una media, asomaba por debajo de la manta y se veía cómo movía los dedos convulsivamente.

—Bueno, ¿qué tal está? —preguntó la hermana

subiéndole un poco la cabeza pelona y colocando la almohada con dedos delicados y dulces, en uno de los cuales, notó Vólodia, llevaba un pequeño anillo de oro—. Sus compañeros han venido a hacerle una visita.

—Está claro que duele —dijo enfadado—. ¡Déjeme, estoy bien! —y los dedos empezaron a moverse en la media aún más rápido—. ¡Buenas noches! Perdone, ¿cómo se llama? —le dijo a Kozeltsov—. Ah, sí, perdón, aquí te olvidas de todo, —dijo cuando aquél le dijo su apellido—. Pero si hemos vivido juntos... —añadió sin ninguna muestra de alegría, mientras miraba inquisidor a Vólodia.

—Es mi hermano, acaba de llegar de San Petersburgo.

—¡Hum! En cambio yo ya he terminado mi servicio —dijo frunciendo el ceño—. ¡Ah, cómo duele!... Cuanto antes se termine mejor.

Levantó la pierna y, con un alarido, se tapó la cara con las manos.

—Hay que dejarle —susurró la hermana con lágrimas en los ojos—; ya está muy mal.

Los hermanos ya habían decidido en el Norte que irían juntos al quinto bastión; sin embargo, al salir de la batería Nikoláievski, como si se hubieran puesto de acuerdo en no exponerse al peligro en vano y sin

decir nada sobre este tema, decidieron ir cada uno por su lado.

—Solo que ¿cómo lo encontrarás, Volodia? — dijo el mayor—. Bueno, Nikoláiev te acompañará a Korabélnaia; yo me iré solo y mañana iré a verte.

Nada más se dijo en la última despedida de los dos hermanos.

XII

El estruendo de los cañones continuaba con la misma fuerza, sin embargo la calle Yekaterínskaia, por la que iba Volodia seguido del taciturno Nikoláiev, estaba desierta y en silencio. En la oscuridad apenas podía ver la calle amplia con los muros blancos de grandes casas destruidos en diversos puntos y la acera de piedras por la que caminaba. De vez en cuando se encontraba con soldados y oficiales. Mientras cruzaba al lado izquierdo de la calle, junto al Almirantazgo, vio a la luz de un fuego brillante que ardía tras un muro las acacias plantadas a lo largo de la acera con sus rodrigones verdes y las hojas tristes, cubiertas de polvo. Sus pasos y los de Nikoláiev, que respiraba con dificultad detrás de él, los podía oír con claridad. No pensaba en nada: la linda hermana

de la caridad, el pie de Martsov con sus dedos moviéndose en la media, la oscuridad, las bombas y diferentes imágenes de la muerte desfilaban vagamente por su imaginación. Toda su joven e impresionable alma se sentía oprimida por la conciencia de su soledad y la indiferencia general hacia su suerte en este momento en el que estaba en peligro. «Me acosarán sufrimientos y tormentos, me matarán, y nadie me llorará». Nada quedaba de su arrolladora energía, ni de su interés por la vida del héroe, que tan gloriosa se había imaginado. Las bombas explotaban y silbaban cada vez más cerca, Nikoláiev suspiraba todavía más y no rompía el silencio. Mientras cruzaban el puente que llevaba a Korabélnaia, vio algo que volaba y silbaba hacia la bahía no lejos de él, por un segundo iluminó de púrpura las olas lilas, desapareció y después ascendió chisporroteando.

—¡Ya verás cómo no se ahoga! —dijo Nikoláiev.

—Sí —respondió; el tono de su voz, a su pesar, era agudo y chillón, lo que le sorprendió.

Se cruzaban con camilleros que transportaban heridos y carros de regimiento con gaviones; había un regimiento en Korabélnaia; los jinetes pasaban de largo. Uno de ellos era un oficial acompañado de un cosaco. Iba al trote pero, al ver a Volodia, detuvo el

caballo a su lado, le miró fijamente a la cara, se volvió y siguió su camino después de golpear al caballo con el látigo. «¡Solo, estoy solo! A todos les da igual que esté o no en el mundo», pensó con horror el pobre chico, y le entraron unas ganas enormes de echarse a llorar.

Después de subir a la colina, siguiendo un muro alto y blanco, llegó a una calle de pequeñas casas destruidas, iluminadas sin cesar por las bombas. Una mujer borracha y desgredada que salía por una puertecilla con un marinero se chocó con él.

—Si al menos fuera un buen hombre —iba farfullando—. ¡Perdón, señor!

El pobre muchacho sentía que el corazón cada vez se le encogía más, mientras en el negro horizonte los morteros cada vez estallaban con más frecuencia y las bombas pasaban silbando y estallaban sin cesar cerca de él. Nikoláiev suspiró profundamente y, de repente, empezó a hablar con una voz que a Volodia le pareció sepulcral.

—Todo el tiempo dándonos prisa para llegar. Llegar y llegar. ¡Tantas prisas para venir aquí! Los que son inteligentes aprovechan una pequeña herida para vivir en el hospital. Es lo mejor que se puede hacer.

—Pero mi hermano ya está bien —respondió

Volodia esperando que por lo menos la charla disipara el sentimiento que le dominaba.

—¡Bien! ¡Cómo va a estar bien si está muy enfermo! Hasta los que están realmente sanos y son inteligentes viven en el hospital en estos tiempos. ¿Es que aquí hay muchas alegrías o qué? Lo menos que puede pasarle a uno es perder un brazo o una pierna. ¡No es difícil que ocurra una desgracia! En la ciudad no es lo mismo que en las fortificaciones, y sin embargo ¡qué horror! Se pasa uno el día rezando. ¡Qué cerca ha pasado el maldito! —añadió prestando atención a un casco que zumbaba cerca—. Y ahora —continuaba Nikoláiev— me han ordenado que le acompañe a usted, señor. Está claro que debo obedecer y hacer lo que me ordenan; lo peor es que he tenido que dejar el coche al cuidado de un soldado que puede desatar los hatillos. Me dicen que me vaya, pero luego, si falta algo, Nikoláiev debe responder.

Recorrieron unos pasos más y salieron a una plaza. Nikoláiev calló y suspiró.

—¡Ahí está la artillería, señor! —dijo de repente—. Pregunte al centinela, él le indicará. —Y Volodia, tras recorrer unos cuantos pasos, dejó de oír a su espalda los suspiros de Nikoláiev.

De repente se sintió completa y definitivamente

solo. Esta conciencia de su soledad ante el peligro, le parecía que ante la muerte, le cayó en el corazón como una losa terriblemente pesada y fría. Se detuvo en medio de la plaza, miró a su alrededor: nadie le veía, se llevó las manos a la cabeza y, aterrorizado, murmuró: «¡Señor! ¿Seré un cobarde, un infame, ruin e insignificante cobarde? ¿Será verdad que por la patria, por el zar, por quien gustosamente soñaba morir hace tan poco, no puedo morir con honra? ¡No! ¡Soy un ser infeliz, miserable!». Y, con auténtica desesperación y decepcionado de sí mismo, preguntó al centinela por la casa del comandante de la batería y echó a andar en la dirección indicada.

XIII

La vivienda del comandante de la batería que le había indicado el centinela era una pequeña casa de dos pisos a la que se entraba desde un patio. En una de las ventanas, tapada con papel, brillaba el fuego débil de una vela. Un ayudante estaba sentado en el soportal y fumaba en pipa. Entró a informar al comandante de la batería y acompañó a Volodia a la habitación. Allí, entre dos ventanas, debajo de un espejo roto, había una mesa abarrotada de

documentos oficiales, algunas sillas y una cama de hierro con un jergón limpio y un pequeño tapiz cerca de ella.

Justo al lado de la puerta vio a un hombre bien parecido de grandes bigotes, un brigada, con bayoneta y un capote del que pendía una cruz y una medalla ganada en Hungría. Por el centro de la habitación iba y venía un oficial superior no muy alto, de unos cuarenta años, con la mandíbula hinchada y vendada y un fino capote antiguo.

—Tiene el honor de presentarse el alférez Kozeltsov segundo, destinado en la quinta ligera — Volodia pronunció la frase estudiada mientras entraba en la habitación.

El comandante de la batería respondió secamente al saludo y, sin ofrecerle la mano, le invitó a que tomara asiento.

Volodia se dejó caer tímidamente en la silla junto al escritorio y empezó a dar vueltas a unas tijeras que cayeron en sus manos. El comandante de la batería, con las manos a la espalda y la cabeza inclinada, apenas de vez en cuando miraba las manos que toqueteaban las tijeras y continuaba andando en silencio con el aspecto de un hombre que está intentando recordar.

El comandante de la batería era un hombre

bastante gordo, con una gran calva en la coronilla, bigotes espesos que crecían rectos y le habían tapado la boca, y grandes y agradables ojos castaños. Tenía manos bonitas, limpias y regordetas, y pies torcidos que pisaban con seguridad y cierta gallardía, demostrando que el comandante de la batería no era un hombre tímido.

—Sí —dijo deteniéndose delante del brigada—. A los caballos de los carros habrá que aumentarles desde mañana mismo un *gárnets*^[67] a cada uno; están flacos, ¿no te parece?

—Bueno, se puede aumentar, señor. La avena está ahora más barata —respondió el brigada moviendo los dedos de sus manos en posición de firmes; era evidente que le gustaba acompañar la conversación con gestos—. Y, además, nuestro forrajero Franschuk me envió ayer una nota desde el convoy, señor; dice que debemos comprar allí los ejes, porque están baratos; así que ¿debo dar la orden?

—Bueno, que compre; ahora tiene dinero —y el comandante de la batería empezó de nuevo a andar por la habitación—. ¿Y dónde están sus cosas? —preguntó de repente a Volodia, parándose delante de él.

La idea de su cobardía se había apoderado hasta tal punto del pobre muchacho, que en cada mirada, en

cada palabra, veía desprecio por él, que no era más que un miserable cobarde. Le parecía que el comandante de la batería ya había adivinado su secreto y se reía de él. Turbado, respondió que sus cosas estaban en Gráfskaia y que su hermano había prometido enviarlas al día siguiente.

Pero el teniente coronel no llegó a escucharle y, dirigiéndose al brigada, preguntó:

—¿Dónde se supone que debemos instalar al alférez?

—¿Al alférez, señor? —dijo el brigada, turbando aún más a Volodia con una fugaz mirada que parecía preguntar: «Bueno, ¿qué clase de alférez es éste? ¿Merece la pena instalarlo en algún sitio?»—. Sí, claro, señor, puede alojarse abajo, donde el capitán ayudante —continuó tras pensar un poco—; el capitán ayudante está ahora en el bastión, así que su catre está vacío.

—Bueno, ¿será suficiente por ahora? —dijo el comandante de la batería—. Creo que está cansado; ya nos organizaremos mejor mañana.

Volodia se levantó e hizo una reverencia.

—¿Quiere un té? —dijo el comandante cuando Volodia ya se acercaba a la puerta—. Podemos preparar el samovar.

Volodia hizo una reverencia y salió. El ayudante

del coronel le acompañó abajo y le hizo entrar en una habitación desolada y sucia donde estaban tirados varios trastos y donde había una cama de hierro sin sábanas ni manta. En la cama, tapado con un capote gordo, dormía alguien vestido con una camisa rosa.

Volodia lo tomó por un soldado.

—¡Piotr Nikolaich! —dijo el ayudante dando en el hombro al que dormía—. Aquí se echará el alférez... Es nuestro cadete —añadió dirigiéndose al muchacho.

—¡Oh, no se preocupe, por favor! —dijo Volodia, pero el cadete, alto, robusto y joven, de hermosas facciones aunque de expresión estúpida, se levantó de la cama, se echó el capote y medio dormido salió de la habitación.

—No pasa nada, me echaré en el patio —masculló.

XIV

Cuando se quedó a solas con sus pensamientos, el primer sentimiento de Volodia fue de repugnancia ante el estado confuso y desolador en que se encontraba su alma. Quería dormir y olvidarse de todo lo que le rodeaba y, sobre todo, de sí mismo.

Apagó la vela, se tumbó en la cama y, quitándose el capote, se cubrió hasta la cabeza para liberarse del miedo a la oscuridad, que no le había abandonado desde la infancia. Sin embargo, de repente le vino a la cabeza la idea de que iba a volar una bomba, atravesaría el tejado y le mataría. Se puso a escuchar con atención; oía arriba los pasos del comandante de la batería.

«Bueno, si cae —pensaba— entonces matará antes a los de arriba y luego a mí; por lo menos, no moriré solo». Esta idea le tranquilizó un poco y empezó a dormirse. «Pero ¿y si de repente esta noche toman Sevastópol y los franceses irrumpen aquí? ¿Con qué voy a defenderme?». Se levantó de nuevo y recorrió la habitación. El miedo a un peligro real abarcaba el misterioso miedo a la oscuridad. Excepto una silla de montar y un samovar, no había nada que pudiera ser contundente en la habitación. «¡Soy un canalla, un cobarde, un cobarde infame!», pensó de repente, y de nuevo experimentó el penoso sentimiento de desprecio, incluso de repugnancia por sí mismo. Se acostó otra vez e intentó no pensar. Entonces, las impresiones del día surgieron involuntariamente en su imaginación junto con el ruido del cañoneo incesante que hacía temblar los cristales de la única ventana, recordándole de nuevo

el peligro: soñaba ya con heridos y sangre, ya con bombas y cascos que entraban volando en la habitación, ya con la linda hermana de la caridad que le hacía un vendaje y lloraba viéndolo morir, o con su madre que lo acompañaba a la capital de la provincia y rezaba con pasión, con lágrimas, ante un icono milagroso; y de nuevo dormir le parecía algo imposible. Sin embargo, inesperadamente la idea de un Dios todopoderoso, bondadoso, que puede hacerlo todo y que atiende todas las oraciones, le vino claramente a la cabeza. Se puso de rodillas, se santiguó y colocó las manos tal y como le habían enseñado a rezar de pequeño. Justo después de este gesto, experimentó un sentimiento placentero que llevaba mucho tiempo olvidado.

«Si es necesario que muera, si he de morir, hazlo, Señor —pensaba—, hazlo cuanto antes; pero, si se necesita el valor, la firmeza que yo no tengo, concédemelos, libérame de la vergüenza y de esta deshonra que no puedo soportar, enséñame lo que debo hacer para cumplir tu voluntad».

Su alma infantil, asustada y limitada, maduró de repente, se despejó y contempló nuevos horizontes, amplios y claros. Todavía continuó un rato dando vueltas y sufriendo en el breve instante que duró este sentimiento; sin embargo, no tardó en dormirse

tranquilo y despreocupado, bajo el rumor del cañoneo que no cejaba y el temblor de los cristales.

¡Gran Señor! ¡Solo tú has oído y conoces las sencillas pero apasionadas y desesperadas súplicas de la ignorancia, del arrepentimiento confuso y del sufrimiento que se han elevado hasta ti desde este horrible lugar de muerte, desde el general que un segundo antes pensaba en el desayuno y en la Cruz de San Jorge en el cuello, pero que con temor te presiente cercano, hasta el soldado agotado, hambriento y piojoso que cayó derribado sobre el campo desnudo de la batería Nikoláievski y que te pide que cuanto antes le concedas la recompensa inconscientemente presentida a cambio de tanto sufrimiento injusto! Sí, tú no te has cansado de escuchar los ruegos de tus hijos, por todas partes les encomiendas al ángel de la consolación, quien ha insuflado en sus almas la paciencia, el sentido del deber y la alegría de la esperanza.

XV

El mayor de los Kozeltsov se había encontrado en la calle con un soldado de su regimiento y juntos iban derechos al quinto bastión.

—¡No se separe de la pared, señor! —dijo el soldado.

—¿Por qué?

—Es peligroso, señor; ahí viene uno —dijo el soldado prestando atención al silbido de un proyectil que chocó contra el camino seco al otro lado de la calle.

Kozeltsov, sin hacer caso al soldado, echó a andar animoso por el medio de la calle.

Eran las mismas calles, los mismos fuegos, ahora más frecuentes, los mismos ruidos y gemidos, los mismos encuentros con heridos, y las mismas baterías, parapetos y trincheras que había en primavera cuando estuvo en Sevastópol. Pero por alguna razón ahora todo era más triste y a la vez más enérgico: los boquetes de las casas eran mayores, ya no había luz en las ventanas, excepto en la casa Kuschin (el hospital), mujeres no encontró ni una y no se veía el antiguo ambiente de rutina y relajación, sino cierta impresión de penosa espera, cansancio y tensión.

Sin embargo, surgió ya la última trinchera y se oyó la voz de un soldado del regimiento de P. que había reconocido al antiguo capitán de su compañía; apareció el tercer batallón, que, en la oscuridad, estaba pegado al muro, iluminado de vez en cuando

por los disparos y en el que se oía un sordo murmullo y el estrépito de los fusiles.

—¿Dónde está el comandante del regimiento? — preguntó Kozeltsov.

—¡En el blindaje de los marineros, señor! — respondió servicial el soldado—. Tenga la bondad, yo le acompañaré.

De trinchera en trinchera, el soldado condujo a Kozeltsov hasta un pequeño foso en una trinchera. En el foso estaba sentado un marinero fumando una pipa; tras él se veía una puerta por cuya ranura se escapaba una luz.

—¿Se puede pasar?

—Voy a anunciarle —y el marinero entró.

Detrás de la puerta hablaban dos voces.

—Si Prusia continúa siendo neutral —decía una voz— entonces Austria también...

—Y a Austria qué más le da —decía la otra— si son tierras eslavas... bueno, dime.

Kozeltsov no había estado nunca en este blindaje. Su presuntuosa elegancia le dejó pasmado. El suelo estaba cubierto de madera y unos biombos tapaban la puerta. Había una cama en cada pared, en un rincón pendía un gran icono de la virgen con una orla dorada y delante de él ardía una mariposa rosada. En una de las camas dormía un marinero completamente

vestido; en la otra, frente a una mesa en la que había dos botellas de vino empezadas, estaban los hombres que conversaban, el nuevo comandante del regimiento y su edecán. Aunque Kozeltsov no era ni mucho menos un cobarde y, sin ninguna duda, no era culpable de nada ni ante el gobierno ni ante el comandante del regimiento, se azoró y las piernas le empezaron a temblar al ver al coronel, quien había sido su compañero hasta hace poco: tan orgullosa era la actitud con que le escuchaba. Además, el edecán, sin moverse de su asiento, le turbaba con su pose y su mirada, que querían decir: «Yo no soy más que un amigo de su comandante de regimiento. Usted no ha comparecido ante mí, y yo de usted no puedo ni quiero exigir ninguna deferencia». «Qué raro — pensó Kozeltsov observando a su comandante—, hace solo siete semanas que tomó el mando del regimiento, y ya en todo lo que le rodea —en su atuendo, su figura, su mirada— se ve el poder de un comandante de batallón, ese poder basado no tanto en los años, en la mayor antigüedad en el servicio, en los méritos militares, cuanto en la riqueza del comandante de regimiento. ¡Hace tiempo —pensaba— este mismo Batríshev se juntaba con nosotros, llevaba semanas enteras una sufrida camisa de percal y comía, sin invitar a nadie, las sempiternas

albóndigas y *varéniki*^[68]! ¡Y ahora! Una camisa holandesa sobresale por debajo de una levita de paño con amplias mangas, tiene un cigarro de diez rublos en la mano, sobre la mesa vino tinto de seis rublos — todo comprado a precios increíbles a través del furriel en Simferópol— y en sus ojos brilla esa expresión de frío orgullo del aristócrata de la riqueza, que le dice a uno: “Aunque todavía soy tu compañero, porque soy un comandante de regimiento de la nueva escuela, no olvides que tú tienes sesenta rublos como tercera parte de tu paga, mientras por mis manos pasan decenas de miles; sé que darías la mitad de tu vida por estar en mi puesto”».

—Ha estado bastante tiempo curándose —dijo el coronel a Kozeltsov, mirándole fríamente.

—Estuve enfermo, coronel; ni siquiera ahora la herida está totalmente cerrada.

—Entonces ha venido en vano —dijo el coronel, observando con desconfianza la fuerte figura del oficial—. ¿Puede, a pesar de todo, prestar sus servicios?

—Por supuesto que sí, señor.

—Bueno, me alegro mucho. Entonces tome del alférez Záitsev el mando de la novena compañía, la suya de antes; ahora mismo recibirá la orden.

—A sus órdenes, señor.

—Haga el favor, cuando vaya, de enviarme al edecán del regimiento —concluyó el comandante con una ligera inclinación, dando a entender que la audiencia había terminado.

Mientras salía del blindaje, Kozeltsov murmuró algo unas cuantas veces y contrajo los hombros, como si por alguna razón sintiera dolor, estuviera incómodo o enojado, pero no con el comandante del regimiento (no había razón para ello), sino consigo mismo y con todo lo que le rodeaba. La disciplina y sus condiciones —la subordinación— solo es aceptable, como toda relación legal, cuando está basada, aparte de en la conciencia compartida de su necesidad, en la supremacía de una experiencia reconocida por el inferior, en el mérito militar e incluso sencillamente en la perfección moral. Pero, sin embargo, en cuanto la disciplina se basa, como sucede en nuestro país muy a menudo, en la casualidad o en principios monetarios, siempre se convierte, por un lado, en ostentación y, por el otro, en envidia disimulada y enojo, y en lugar de influir provechosamente en la unión de las masas en un único grupo, produce un efecto completamente contrario. Un hombre que no encuentra en sí mismo las fuerzas para inspirar respeto con su dignidad interior, instintivamente tendrá miedo a acercarse a

sus subordinados y se volcará en las manifestaciones externas de su importancia para alejar de sí la crítica. Los subordinados, viendo únicamente ese aspecto externo, ofensivo para ellos, ya no esperan nada bueno más allá de éste, aunque en la mayoría de los casos no tengan razón.

XVI

Kozeltsov, antes de ir con sus oficiales, fue a saludar a su compañía y a ver dónde se encontraba. Los parapetos de gaviones, las figuras de las trincheras, los cañones por los que pasaba, incluso los cascos y las bombas con las que tropezaba por el camino, todo ello, continuamente iluminado por el fuego de los disparos, lo conocía muy bien. Se habían quedado claramente grabados en su memoria tres meses antes, en las dos semanas que estuvo sin salir de este mismo bastión. Aunque había muchas cosas terribles en estos recuerdos, cierto encanto del pasado se colaba en él y con gusto; como si las dos semanas que había pasado aquí hubieran sido agradables, identificaba los lugares y los objetos conocidos. La compañía estaba situada a lo largo del muro defensivo que iba hacia el sexto bastión.

Kozeltsov entró en el largo blindaje, completamente abierto por el lado de la entrada, en el que le habían dicho que estaba la novena compañía. Literalmente no había dónde meter los pies en todo el blindaje, así de repleto de soldados estaba desde la misma entrada. En uno de sus lados brillaba una vela de sebo torcida que sujetaba un soldado echado. Otro soldado leía balbuceando un libro, arrimándose a la vela. En la penumbra hedionda del blindaje se veían las cabezas alzadas que escuchaban ávidas al lector. El librito era una cartilla y, al entrar al blindaje, Kozeltsov oyó lo siguiente:

—«Miedo... de muer-te, senti-miento na-tu-ral en el hom-bre».

—Separadlo de la vela —dijo una voz—. El libro está bien.

—«Dios... mío...» —continuó el lector.

Cuando Kozeltsov preguntó por el brigada, el lector se calló, los soldados empezaron a moverse, a toser, a sonarse, como suele suceder tras guardar silencio. El brigada, abotonándose, se levantó junto al grupo del lector y, andando entre piernas y por encima de las de aquellos que no tenían dónde recogerlas, se presentó ante el oficial.

—¡Buenas noches, hermano! ¿Qué, aquí está toda

nuestra compañía?

—¡Salud! ¡Bienvenido, señor! —respondió el brigada, mirando alegre y amistoso a Kozeltsov—. ¿Ya se ha repuesto, señor? ¡Bueno, gracias a Dios! Nos hemos aburrido mucho sin usted.

Resultaba evidente que Kozeltsov era querido en la compañía. En lo profundo del blindaje se oían voces: «Ha venido el jefe antiguo, al que hirieron, Kozeltsov, Mijaíl Semiónych», y otras cosas parecidas. Algunos incluso se le acercaron, el tambor le saludó.

—¡Buenas noches, Obanchuk! —dijo Kozeltsov—. ¿Sigues vivo? ¡Salud, muchachos! —dijo luego elevando la voz.

—¡Salud! —retumbó el blindaje.

—¿Qué tal estáis, muchachos?

—Mal, señor. Los franceses van ganando; pelean tan mal desde los parapetos... pero eso es todo, al campo no salen.

—Quizá tenga suerte, ¡quiera Dios que salgan al campo, muchachos! —dijo Kozeltsov—. No sería la primera vez: los zurraremos de nuevo.

—¡Vamos a intentarlo, señor! —dijeron unas cuantas voces.

—¡Son tan valientes, señor! ¡Son realmente valientes! —dijo el tambor en voz baja, pero para

que lo oyera otro solado; parecía estar justificándole las palabras al jefe de la compañía, para convencerle de que no tenían nada de jactancioso ni inverosímil.

Desde el puesto de los soldados, Kozeltsov cruzó al pabellón defensivo con sus compañeros oficiales.

XVII

En el enorme recinto del pabellón había un montón de gente: oficiales de marina, de artillería y de infantería. Unos dormían, otros charlaban sentados en alguna caja o en la cureña de un cañón de la fortaleza. Los terceros, situados tras la bóveda, constituían el grupo más numeroso y ruidoso; estaban sentados en el suelo sobre dos *burky*^[69] extendidos, bebían *porter* y jugaban a las cartas.

—¡Eh, Kozeltsov, Kozeltsov! ¡Qué bien que hayas venido, chico!... ¿Qué tal la herida? —se podía oír desde uno y otro lado. Y también aquí se podía ver que le querían y se alegraban de su llegada.

Después de estrechar la mano a los conocidos, Kozeltsov se unió al grupo ruidoso, compuesto de algunos oficiales que jugaban a las cartas. Entre ellos también había conocidos suyos. Un moreno guapo y flaco, de nariz larga y delgada y grandes bigotes que

le llegaban hasta las mejillas, repartía las cartas con secos dedos blancos, en uno de los cuales llevaba un gran anillo de oro con un escudo de armas; lo hacía de manera rápida y descuidada; al parecer, estaba agitado por algo y lo único que quería era parecer despreocupado. A su lado, a la derecha, un mayor de pelo canoso, que ya había bebido bastante, estaba echado, apoyado sobre sus codos, y con afectada serenidad apuntaba cincuenta kopeks y enseguida los pagaba. A la izquierda, en cuclillas, un oficial colorado de cara sudorosa, sonreía y bromeaba sin naturalidad cuando mataban sus cartas. Continuamente movía una mano en el bolsillo vacío de su pantalón bombacho y jugaba una gran cantidad, aunque ya no tenía dinero, y esto era precisamente lo que le resultaba desagradable al moreno guapo. Por la sala, con una pila de billetes en las manos, andaba un oficial calvo e imberbe, de boca grande y desagradable, delgado y pálido que siempre apostaba con dinero contante a una misma carta y ganaba.

Kozeltsov tomó un poco de vodka y se sentó con los jugadores.

—¡Venga, apueste, Mijaíl Semiónych! —le dijo el banquero—. Estoy seguro de que ha traído un montón de dinero.

—¿De qué iba yo a tener dinero? Al revés, lo

último lo perdí en la ciudad.

—¡Por supuesto! Seguro que a alguien habrá ganado en Simferópol.

—La verdad es que poco —dijo Kozeltsov, deseando que no le creyeran; se desabrochó y cogió las cartas viejas—. ¡Probaré un poco, solo el diablo sabe lo que puede ocurrir! A veces hasta un mosquito, ya saben, es capaz de hacer tales cosas. Solo hace falta beber para ser valiente.

Y en un breve espacio de tiempo, después de haber bebido otros tres vasitos de vodka y algunos vasos de *porter*, ya estaba del mismo humor que todos sus acompañantes, es decir, en una nube y olvidado de la realidad, y había perdido sus tres últimos rublos.

El pequeño oficial empapado en sudor tenía apuntados ciento cincuenta rublos.

—Vaya, no tengo suerte —dijo mientras preparaba con descuido la nueva jugada.

—Haga el favor de pagarme —le dijo el que llevaba la banca, dejando por un momento de repartir mientras le miraba.

—Permita que se lo entregue mañana —respondió el oficial sudoroso, poniéndose en pie e intensificando el movimiento de su mano en el bolsillo vacío.

—¡Hum! —mugió el de la banca, repartiendo a derecha e izquierda las últimas cartas—. Pero así no se puede —dijo cuando terminó—; yo me niego. Así no se puede, Zajar Iványch —añadió—; hemos jugado con dinero contante y no a crédito.

—Pero bueno, ¿acaso duda de mí? ¡Es extraño, francamente!

—¿Quién me va a pagar? —farfulló el mayor, que en ese momento estaba ya muy bebido y acababa de ganar unos ocho rublos—. Yo ya he puesto más de doce rublos y he ganado, pero no he cobrado nada.

—¿Cómo voy a pagar —dijo el de la banca— si no hay dinero en la mesa?

—¡No quiero saberlo! —gritó el mayor incorporándose—. Yo juego con usted, con gente honrada, no con ellos.

El oficial sudoroso se encendió de repente:

—Estoy diciendo que voy a pagar mañana. ¿Cómo se atreve a decirme tales insolencias?

—¡Digo lo que quiero! ¡Así no se comporta la gente honrada, eso es todo! —gritó el mayor.

—¡Basta, Fiódor Fiódorych! —dijeron todos sujetando al mayor—. ¡Déjelo!

Sin embargo, parecía que el mayor estaba esperando precisamente que le pidieran que se tranquilizara para montar definitivamente en cólera.

De repente, se levantó de un salto y, tambaleándose, se fue hacia el oficial sudoroso.

—¿Que yo digo insolencias? Soy mucho mayor que usted y llevo veinte años sirviendo al zar. ¿Insolencias? ¡Ay de ti, muchachito! —empezó a decir con una voz repentinamente chillona y animándose cada vez más al oír su propia voz—. ¡Canalla!

Pero bajemos cuanto antes el telón sobre esta escena tan triste. Mañana, ahora mismo quizá, todos estos hombres irán alegres y orgullosos al encuentro de la muerte y morirán firmes y tranquilos. Sin embargo, cuando se vive en esas condiciones, que espantarían a la imaginación más fría, de carencia de todo lo humano y de desesperanza de salir de ellas, es un placer el olvido, la destrucción de la conciencia. En el fondo del alma de cada uno yace esa noble chispa que hará de él un héroe, pero esta chispa se cansa de arder con tanto brillo; cuando llegue el momento fatídico, se inflamará e iluminará las grandes hazañas.

XVIII

Al día siguiente el bombardeo continuaba con la

misma intensidad. Hacia las once de la mañana Volodia Kozeltsov estaba sentado con un grupo de oficiales de la batería y, como ya había tenido tiempo de acostumbrarse un poco, escudriñaba las caras nuevas, observaba, preguntaba y hablaba. La conversación sencilla, aunque algo pedante de los oficiales de artillería le inspiraba respeto y le gustaba. Por su parte, el aspecto tímido, inocente y hermoso de Volodia resultó simpático a los oficiales. El oficial superior de la batería, el capitán, un hombre pelirrojo no muy alto, con tupé y las sienes lisas, educado según las tradiciones antiguas de la artillería, caballero de damas y, al parecer, un entendido, interrogaba al muchacho sobre sus conocimientos de artillería y los inventos nuevos, bromeó con cariño sobre su juventud y su linda carita y, en general, se dirigió a él como un padre a un hijo, lo que fue muy agradable para Volodia. El teniente segundo Diádenko, un oficial joven que hablaba con acento ucraniano, con el capote roto y el pelo erizado, también le gustó, a pesar de que hablaba muy alto, hacía movimientos bruscos y en todo momento buscaba ocasiones para discutir coléricamente; Volodia se daba cuenta de que, por debajo de esa apariencia ruda, se ocultaba un hombre bueno y extraordinariamente bondadoso. Diádenko le ofrecía

sin cesar sus servicios y le demostraba que todos los cañones de Sevastópol no estaban colocados según las normas. El teniente Chernovitski, con sus cejas hacia arriba, su levita remendada, bastante limpia, y su cadenita de oro en el chaleco de raso, fue el único que no le gustó a Volodia, a pesar de que era el más cortés de todos. Todo el rato le preguntaba qué hacían el zar y el ministro de la Guerra y, con un entusiasmo poco natural, le contaba hazañas de valientes en Sevastópol, se lamentaba de que había poco patriotismo y de que a algunos se les ocurrían órdenes insensatas, etc.; en general mostraba gran conocimiento, inteligencia y sentimientos nobles, pero por alguna razón, todo esto a Volodia le parecía estudiado y artificial. Y lo más importante, se dio cuenta de que los demás oficiales casi no hablaban con Chernovitski. El cadete Vlang, a quien había despertado la noche anterior, también estaba aquí. No decía nada, sin embargo, sentado discretamente en un rinconcillo, se reía cuando se decía algo gracioso, recordaba algo que los otros habían olvidado, servía vodka y liaba cigarrillos para todos los oficiales. Los modales sencillos y corteses de Volodia, quien se dirigía a él de la misma manera que a los oficiales y no le mandaba ni le trataba como a un niño, o su aspecto agradable, cautivaron a *Vlanga*, como le

llamaban los soldados al declinar, no se sabe por qué, la variante femenina de su apellido^[70]; apenas apartaba sus ojos grandes, torpes y bondadosos del rostro del oficial nuevo, adivinaba y se anticipaba a todos sus deseos y continuamente se encontraba en una especie de éxtasis amoroso, del que, claro está, se dieron cuenta los oficiales y empezaron a burlarse.

Antes de la comida relevaron al capitán ayudante del bastión y éste se incorporó al grupo. El capitán ayudante Kraut era un oficial bien parecido, ágil, de pelo castaño, con bigotes y patillas grandes y rojos. Hablaba perfectamente en ruso, pero de una forma demasiado correcta y elegante para un ruso. En el servicio y en la vida era igual que en el hablar: trabajaba muy bien, era un compañero perfecto, el hombre más de fiar en cuanto a relaciones monetarias; sin embargo, como persona, precisamente porque en todo era demasiado bueno, le faltaba algo. Como todos los rusos de origen alemán, por una extraña oposición con los alemanes idealistas, era práctico en sumo grado.

—¡Aquí está, ya ha llegado nuestro héroe! —dijo el capitán cuando Kraut, agitando las manos y con ruido de espuelas, entró animado en la sala—. ¿Qué quiere, Friedrich Krestiónych, té o vodka?

—Ya he pedido que me traigan té —respondió—,

pero mientras tanto, un vodka será suficiente para alegrar el alma. Encantado de conocerle; le pido que nos quiera y nos respete —le dijo a Volodia, que, tras levantarse, le saludaba—. Soy el capitán ayudante Kraut. El suboficial de artillería me dijo en el bastión que llegó usted ayer mismo.

—Muchas gracias por su cama, he dormido en ella.

—Pero ¿estuvo usted cómodo? Tiene una pata rota, pero no hay quien la arregle en este estado de sitio; hay que calzarla.

—Bueno, ¿qué? ¿La guardia ha ido bien? —preguntó Diádenko.

—Apenas nada, solo que a Skvortsov le ha caído una buena y que ayer *arreglaron* una cureña, rompieron su mástil en mil pedazos.

Se levantó de su sitio y empezó a andar. Estaba claro que se encontraba bajo la influencia del sentimiento agradable de un hombre que acaba de salir del peligro.

—¿Qué, Dmitri Gavrílych? —dijo sacudiendo al capitán por la rodilla—. ¿Qué tal está, amigo? ¿Aún no han contestado a su propuesta?

—Todavía no.

—Ni lo harán —empezó a decir Diádenko—, se lo he demostrado antes.

—¿Y por qué no?

—Porque no escribió su informe correctamente.

—Vaya si le gusta a usted discutir —dijo Kraut, sonriendo alegremente—. Un verdadero ucraniano tenaz. Sin embargo le va a dar igual, le van a hacer teniente.

—No, no me harán.

—Vlang, tráigame mi pipa y rellénela —dijo dirigiéndose al cadete, que en ese mismo instante salió corriendo de buena gana a por la pipa.

Kraut animaba a todos, hablaba del bombardeo, preguntaba qué habían hecho sin él, charlaba con todos.

XIX

—Bueno, ¿qué tal? ¿Ya se ha instalado? —preguntó Kraut a Volodia—. Perdona, ¿cuál es su nombre y patronímico? En la artillería, ya sabe, tenemos esta costumbre. ¿Ha adquirido un caballo?

—No —dijo Volodia—, no sé qué hacer. Se lo estaba diciendo al capitán, no tengo caballo ni tampoco dinero, mientras no reciba el dinero para el forraje y el traslado. Mientras tanto, quisiera pedir un caballo al comandante de la batería, pero me temo

que no me lo va a dar.

—¿Quién? Apolón Serguéich? —hizo un ruido con los labios que expresaba una gran duda y miró al capitán—. ¡Lo dudo!

—Bueno, y si se niega, da igual —dijo el capitán—; a decir verdad, aquí los caballos no hacen falta, pero se puede probar, voy a preguntar ahora.

—¡Cómo! —intervino Diádenko—. A otra cosa se negaría, pero a eso por nada... ¿quiere apostar?

—Bueno, pero si todos saben que usted siempre lleva la contraria.

—Precisamente llevo la contraria porque lo sé; es avaro para otras cosas, pero el caballo sí que lo dará porque negarse no le aporta ningún beneficio.

—¡Cómo no va a tener ningún beneficio cuando la avena le cuesta ocho rublos! —dijo Kraut—. ¡El beneficio está en no tener un caballo de más!

—Pídase a Skvoretz, Vladímir Semiónych —dijo Vlang, que ya había regresado con la pipa de Kraut—. ¡Es un caballo magnífico!

—¿Del que te caíste a una zanja en Soroki^[71], *Vlanga*? —sonrió el capitán ayudante.

—Bueno, pero ¿qué dice de ocho rublos la avena —continuó discutiendo Diádenko—, cuando tiene un certificado por diez rublos y medio? Sin duda alguna, no hay beneficio posible.

—¡No, si todavía no le queda nada! ¡Seguro que si usted fuera el comandante de la batería, no dejaría ir a caballo a la ciudad!

—Cuando sea comandante de la batería, amigo, voy a alimentar a los caballos con cuatro *gárnets*, no voy a ganar nada, no tema.

—Ya veremos —dijo el capitán ayudante—. También usted va a sacar beneficio, y ellos, cuando dirijan una batería, también se llevarán las sobras a su bolsillo —añadió señalando a Volodia.

—Pero ¿se puede saber por qué piensa, Friedrich Krestiánych, que quieren aprovecharse? —intervino Chernovitski—. Quizá tengan bienes, así que ¿para qué iban a querer aprovecharse?

—No, señor, pues yo... perdone, capitán —dijo Volodia enrojeciendo hasta las orejas—, pues yo lo considero algo innoble.

—¡Vaya, qué avisgado! —dijo Kraut—. Llegue a capitán, entonces no dirá lo mismo.

—Eso da igual, yo simplemente creo que si no es mi dinero no puedo cogerlo.

—Y yo le voy a decir algo, joven —empezó el capitán ayudante en un tono más serio—. Usted sabe que cuando dirija una batería, si lleva bien los asuntos, le quedarán sin ningún tipo de duda quinientos rublos en tiempo de paz y unos siete u

ocho mil si hay guerra, además de algunos caballos. Hasta aquí de acuerdo. En los víveres de los soldados el comandante de batería no se inmiscuye, así se hace desde siempre en la artillería. Si usted administra mal, no le quedará nada. Ahora debe gastar, a pesar de la situación, primero —contó un dedo— en el herraje, segundo —contó otro— en la farmacia, tercero en la oficina; por cada caballo disponible se pagan quinientos rublos, amigo, y el precio de remonta es cincuenta, y son necesarios: éste es el cuarto. A pesar de la situación debe cambiar el cuello de la guerrera a los soldados, en carbón se le va mucho, mantiene la mesa para los oficiales. Si usted es comandante de batería, debe vivir decentemente: necesita un coche, un abrigo de piel, una cosa u otra, y diez... se lo aseguro.

—Y lo más importante —continuó el capitán, que había estado callado todo este tiempo— es esto, Vladímir Semiónych: imagínese que un hombre como yo, por ejemplo, sirve veinte años primero con doscientos y después con trescientos rublos de paga, en permanente miseria. ¿Cómo no permitir que se lleve por su servicio aunque sea un trozo de pan en la vejez, cuando los comisionistas consiguen decenas de miles a la semana?

—¡Eh, eso es! —habló de nuevo el capitán

ayudante—. No se apresure a juzgar, sino que viva y sirva un tiempo.

Volodia empezó a sentir gran bochorno y vergüenza por haber hablado tan a la ligera, musitó algo y continuó escuchando en silencio cómo Diádenko se ponía a discutir exaltadísimo y a demostrar lo contrario.

La discusión fue interrumpida por la llegada del ayudante del coronel, que les llamaba para comer.

—Dígale ahora a Apolón Serguéich que ponga vino —dijo Chernovitski al capitán mientras se abotonaba—. ¿Para qué acapararlo? ¡Nos matarán y entonces no será para nadie!

—Pues dígaselo usted mismo —respondió el capitán.

—Nada de eso, usted es el oficial superior, en todo es necesario un orden.

XX

La mesa estaba separada de la pared y cubierta con un mantel sucio en la misma estancia en la que la noche anterior Volodia se había presentado ante el coronel. El comandante de batería esta vez le dio la mano y le preguntó por San Petersburgo y por el

viaje.

—Bueno, señores, el que beba vodka, ¡tenga la bondad! Los alféreces no beben —añadió sonriendo a Volodia.

En líneas generales, el comandante de batería ahora no parecía tan severo. Por el contrario, tenía el aspecto de un anfitrión bueno y hospitalario y de un antiguo compañero. Sin embargo, a pesar de esto, todos los oficiales, desde el viejo capitán hasta el polemista Diádenko, le mostraban gran respeto, como se manifestaba en la forma en que le hablaban, mirándole cortésmente a los ojos, y en la manera de acercarse tímidamente uno tras otro a beber vodka.

La comida consistía en una gran fuente de *schi* en la que nadaban trozos grasos de ternera y gran cantidad de pimienta y hojas de laurel, *zrazy*^[72] polacos con mostaza y *varéniki* con mantequilla no muy fresca. No había servilletas, las cucharas eran de hojalata y de madera, había dos vasos y en la mesa solo se veía una garrafa de agua con el cuello roto. Pero la comida no fue aburrida, la conversación no cesó. Al principio hablaron de la batalla de Inkermán, en la que había participado la batería y de la que cada uno contaba sus impresiones y pareceres sobre las causas del fracaso, callando cuando empezaba a hablar el comandante de la batería.

Después la conversación, naturalmente, pasó al calibre insuficiente de la artillería ligera, a los nuevos cañones ligeros, donde Volodia pudo demostrar sus conocimientos de artillería. Sin embargo, la conversación no se detenía en la terrible situación actual de Sevastópol, como si todos pensaran demasiado en este tema para además hablar de él. Tampoco se dijo nada, para su sorpresa y aflicción, sobre las obligaciones del servicio que competían a Volodia, como si hubiera venido a Sevastópol solo para hablar de cañones ligeros y comer en casa del comandante de la batería. Durante la comida cayó una bomba cerca de la casa en la que se encontraban. El suelo y las paredes temblaron como en un terremoto y las ventanas se cubrieron de humo de pólvora.

—Me parece que esto no lo veía en San Petersburgo, pero aquí tenemos a menudo estas sorpresas —dijo el comandante de la batería—. Vlang, vaya a ver dónde ha estallado.

Vlang miró e informó de que la bomba había caído en la plaza, y ya no volvió a hablarse del tema.

Justo antes de acabar la comida un viejecito, el escribiente de la batería, entró con tres sobres cerrados y se los entregó al comandante. «Esto es *muy importante*, el cosaco ha traído algo del jefe de

artillería». Todos los oficiales, esperando con impaciencia, miraban involuntariamente los dedos de su comandante, expertos en este asunto, que habían roto el sello de un sobre y habían sacado un papel *muy importante*. «¿Qué podrá ser?», se preguntaban todos. Podía ser que partieran de Sevastópol para descansar, podía ser que destinaran a toda la batería a los bastiones.

—¡Otra vez! —dijo el comandante de la batería tras arrojar enfadado el papel sobre la mesa.

—¿Qué dice, Apolón Serguéich? —preguntó el oficial mayor.

—Piden un oficial y un servidor para no sé qué batería de morteros. Tengo en total cuatro oficiales y los servidores no son suficientes —refunfuñó el comandante—, y ahora piden otro más. Sin embargo, alguien debe ir, señores —dijo tras un momento de silencio—; la orden es estar a las siete en Rogatka... ¡Traed al brigada! Quién irá, señores, decídanlo —repitió.

—Pero éste todavía no ha estado en ninguna parte —dijo Chernovitski señalando a Volodia.

El comandante de la batería no respondió.

—Sí, pero me gustaría —dijo Volodia sintiendo cómo un sudor frío le cubría la espalda y el cuello.

—¡No, para qué! —interrumpió el capitán—.

Está claro que nadie se va a negar, pero tampoco se debe obligar, y si Apolón Serguéich nos lo permite, lo echaremos a suerte, igual que hicimos la otra vez.

Todos estuvieron de acuerdo. Kraut cortó un papel en trozos, los enrolló y los echó en la gorra. El capitán bromeaba e incluso en esta ocasión se decidió a pedirle vino al coronel, para tener valor, dijo. Diádenko se quedó sentado triste; Volodia sonreía sin saber por qué; Chernovitski estaba convencido de que le iba a tocar a él, seguro; Kraut estaba completamente tranquilo.

Dejaron que Volodia eligiera el primero. Cogió un primer papel, algo más largo que los otros, pero en ese momento se le ocurrió la idea de cambiarlo, cogió otro, más pequeño y grueso, y, después de desdoblarlo, leyó: «Ir».

—Yo —dijo tras un suspiro.

—Bueno, ve con Dios. Al final se va a fogear enseguida —dijo el comandante de la batería mirando con sonrisa bondadosa la cara confusa del alférez—. Pero prepárese cuanto antes. Y, para que le sea más alegre, Vlang irá con usted como suboficial de artillería.

Vlang estaba muy contento con su destino, salió rápidamente a prepararse y, ya vestido, fue a ayudar a Volodia, insistiendo en que se llevara la hamaca, la pelliza, algunos números atrasados de *Anales de la Patria*, el hornillo y otras cosas innecesarias. El capitán aconsejó a Volodia que leyera la sección del *Manual* que se ocupaba de los disparos de mortero y que al mismo tiempo se hiciera una tabla de los ángulos de elevación. Volodia se puso al instante a trabajar y, para su sorpresa y alegría, notó que, aunque todavía le inquietaba un poco el sentimiento de miedo al peligro y, aún más, el de que era un cobarde, estaba lejos de llegar al grado en que había estado la víspera. Esto se debía en parte a que era de día y a las ocupaciones, pero sobre todo a que el miedo, como cualquier otro sentimiento fuerte, no puede mantenerse con la misma intensidad en mucho tiempo. En una palabra, ya había tenido tiempo de sobreponerse. Hacia las siete, cuando el sol empezaba a esconderse detrás del cuartel Nikoláievski, el brigada entró a buscarle y le anunció que la gente estaba lista y aguardaba.

—Le he entregado a *Vlanga* la lista. Tenga la bondad de pedírsela, señor —dijo.

A la vuelta de la casa esperaban unos veinte

soldados de artillería con bayonetas sin accesorios. Volodia y el cadete se acercaron a ellos. «¿Debo darles un pequeño discurso o simplemente: “¡Salud, muchachos!”», o no debo decir nada? —pensaba—. Pero ¡cómo no voy a decir: “Salud, muchachos!”», por lo menos esto». Y sin miedo gritó con voz sonora: «¡Salud, muchachos!»». Los soldados respondieron con alegría. La voz joven, fresca, resonó de forma agradable en sus oídos. Volodia iba animoso delante de los soldados y, a pesar de que su corazón le latía como si hubiera corrido con todas sus fuerzas unas cuantas versts, su paso era ligero y su rostro alegre. Al acercarse al kurgán Malájov, y mientras ascendía, se dio cuenta de que Vlang, que no se había separado de su lado ni un paso y que en casa le había parecido tan valiente, continuamente se apartaba e inclinaba la cabeza, como si todas las bombas y proyectiles, que aquí silbaban ya con mucha frecuencia, volaran directos hacia él. Algunos soldados hacían lo mismo y, en general, en la mayoría de los rostros se manifestaba si no temor, sí inquietud. Esta circunstancia tranquilizó definitivamente a Volodia y le levantó el ánimo.

«¡Así que ya estoy en el kurgán Malájov, que en vano me figuraba tan horrible! ¡Puedo andar sin inclinarme ante los proyectiles y tengo bastante

menos miedo que los demás! Entonces, ¿no soy un cobarde?», pensó con placer e incluso cierto arrebatado de presunción.

Sin embargo, este sentimiento de osadía y presunción no tardó en desaparecer ante el espectáculo que contempló al atardecer en la batería Kornílovski, mientras estaba buscando al jefe del bastión. Cuatro marineros, sujetaban por los brazos y las piernas el cuerpo ensangrentado de un hombre sin botas y sin capote y lo balanceaban con la intención de arrojarlo por el parapeto. (En el segundo día de bombardeos no daba tiempo a recoger los cadáveres en los bastiones y se los lanzaba al foso para que no molestaran en las baterías). Volodia se quedó petrificado cuando vio cómo el cuerpo se golpeaba en la parte superior del parapeto y después se deslizaba lentamente desde allí a la zanja. Sin embargo, para suerte suya, en ese mismo momento apareció el jefe del bastión, le comunicó las órdenes e hizo de guía hasta la batería y el blindaje asignados a los servidores. No voy a contar cuántos horrores, peligros y decepciones sufrió nuestro héroe esa tarde, cómo en lugar de los disparos que había visto en el campo de Vólkovo, con todas las condiciones de precisión y orden que esperaba encontrar aquí, se encontró con dos morteros estropeados sin miras, uno

de ellos con la boca aplastada por un proyectil y el otro colocado sobre las astillas de una plataforma destrozada; cómo ni una sola carga era del peso señalado en el *Manual*, cómo hirieron a dos soldados de su *equipo* y cómo veinte veces estuvo a punto de morir. Afortunadamente, designaron para ayudarle a un artillero enorme, un marino que había estado desde el principio del asedio con los morteros y que le convenció de la posibilidad de seguir utilizándolos; por la noche le condujo con un faro por todo el bastión, igual que lo hubiera hecho por su huerto, y le prometió tenerlo todo listo por la mañana. El blindaje al que le condujo su guía estaba excavado en un terreno rocoso, un foso alargado de dos *sazheny* cúbicos cubierto con troncos de robles de un *arshín* de largo. Aquí se instaló con sus soldados. Vlang, que iba el primero, en cuanto vio a un *arshín* la pequeña puerta del blindaje, entró corriendo a toda prisa antes que nadie y, tras casi estrellarse contra el suelo de piedra, se acurrucó en un rincón, del que ya no salió más. Volodia, por su parte, viendo que todos los soldados se habían instalado en el suelo a lo largo de la pared y algunos fumaban en pipa, instaló su cama en un rincón, encendió una vela y, habiéndose fumado un cigarrillo, se tumbó en el catre. Fuera se oían continuos

disparos, pero no muy fuertes, exceptuando un cañón que estaba al lado y que sacudía el blindaje con tanta fuerza que caía tierra desde el techo. Dentro no se oía nada: solo a los soldados que, todavía cohibidos por el oficial nuevo, cruzaban de vez en cuando algunas palabras para pedir a un compañero que se echara a un lado o fuego para encender la pipa, una rata royendo algo entre las piedras o a Vlang, que todavía no había vuelto en sí y miraba a su alrededor asustado, dando de repente grandes suspiros. En su cama, en un rincón lleno de gente iluminado por una vela, Volodia experimentaba el mismo sentimiento de comodidad que tenía de niño cuando, jugando al escondite, solía meterse en un armario o bajo la falda de su madre y, aguantando la respiración, se asustaba de la oscuridad a la vez que disfrutaba. Sentía un poco de miedo pero también estaba contento.

XXII

Pasados unos diez minutos los soldados se soltaron y empezaron a conversar. Los más importantes se instalaron cerca del fuego y de la cama del oficial — dos suboficiales de artillería, uno canoso, mayor, con todas las medallas y cruces posibles, excepto la de

San Jorge; el segundo era joven, un *cantonist*^[73] que fumaba cigarrillos liados—. El tambor, como siempre, cargó con la obligación de servir al oficial. Los encargados de los cañones y los de caballería estaban sentados cerca; más allá, a oscuras junto a la entrada, se instalaron *los humildes*. Precisamente éstos iniciaron la conversación. El motivo fue el ruido de un hombre que irrumpió a todo correr en el blindaje.

—¿Qué pasa, hermano? ¿No te quedas en la calle? ¿O es que las chicas no tocan bien? —dijo una voz.

—Esas canciones son un poco extrañas, nunca las oí en el pueblo —dijo entre risas el que entraba corriendo.

—Pero ¡es que a Vasin no le gustan las bombas, sí, no le gustan! —dijo uno desde el rincón aristocrático.

—¡Bueno! Cuando es necesario, ¡es otra cosa! —dijo la voz lenta de Vasin, al que todos escuchaban cuando hablaba—. El día 24 sí que disparaban; pero a mí me parece que es una estupidez dejarse matar por nada; los superiores no le darán las gracias a nuestro hermano por eso.

—Ese es Mélnikov, seguro que sigue sentado ahí fuera —dijo alguien.

—Pues mandadle para acá —añadió el mayor de los suboficiales—; o le matarán por nada.

—¿Quién es ese Mélnikov? —preguntó Volodia.

—Es como nuestro soldado tonto, señor. No tiene miedo a nada y ahora anda por ahí fuera. Tiene que verle, incluso él dice que se parece a un oso.

—Sabe hacer sortilegios —dijo la lenta voz de Vasin desde el otro rincón.

Mélnikov entró en el blindaje. Era gordo (algo increíblemente raro entre soldados), pelirrojo, bien parecido, de frente enorme y prominente y ojos saltones azul claro.

—Pero bueno, ¿no te dan miedo las bombas? —le preguntó Volodia.

—¡Y por qué les iba a tener miedo! —respondió Mélnikov, acurrucándose y rascándose—. Las bombas no van a matarme, lo sé.

—Entonces, ¿te gustaría vivir aquí?

—Todos saben que sí. ¡Esto es divertido! —dijo echándose a reír a carcajadas.

—Vaya, entonces ¡hay que llevarte en la salida! ¿Quieres que se lo diga al general? —dijo Volodia, aunque no conocía aquí a ningún general.

—¡Cómo no iba a querer! ¡Claro que quiero!

Y Mélnikov se escondió detrás de los otros.

—¡Venga, al *noski*^[74], muchachos! ¿Quién tiene

cartas? —se pudo oír su voz apresurada.

En efecto, muy pronto en el rincón de atrás comenzó el juego; se oían los golpes en la nariz, las risas y las expresiones de triunfo. Volodia se tomó el té del samovar que le había puesto el tambor, ofrecía a los suboficiales de artillería, bromeaba, charlaba con ellos ansiando ser popular y muy contento por el respeto que le mostraban. Los soldados, habiendo reparado en la *sencillez* del señor, también se pusieron a charlar. Uno contaba que el estado de sitio de Sevastópol tenía que terminar pronto, que un marino de confianza le había contado que Kistentín, el hermano del zar, venía en nuestra ayuda con la flota americana; es más, que pronto habría un acuerdo de alto el fuego durante dos semanas y podrían descansar, y, si alguien hacía fuego, entonces se pagarían setenta y cinco kopeks de multa por cada disparo.

Vasin, quien, como había tenido tiempo de observar Volodia, era menudo, de grandes ojos bondadosos y patillas, contó, en medio del silencio general, luego interrumpido por las carcajadas, cómo, al irse de vacaciones, al principio estaba contento, pero después su padre empezó a mandarle a trabajar mientras un teniente de los forestales enviaba un *drozhki* en busca de su mujer. Todo esto divertía

increíblemente a Volodia. No solo no sentía ni el más mínimo miedo o desagrado por la estrechez y el fuerte olor del blindaje, sino que la situación le resultaba increíblemente alegre y agradable.

Muchos soldados ya estaban roncando. Vlang también se había echado en el suelo y el mayor de los suboficiales de artillería, con el capote extendido, musitaba oraciones antes de dormir mientras se santiguaba, cuando a Volodia le entraron ganas de salir del blindaje para ver qué sucedía fuera.

—¡Encoged las piernas! —se gritaron los soldados unos a otros en cuanto él se levantó. Y todos recogieron las piernas para dejarle pasar.

Vlang, que parecía dormido, levantó de repente la cabeza y agarró a Volodia por el faldón del capote.

—Pero ¡bueno, no salga, no debe! —empezó a decir con tono lloroso e insistente—. Todavía no sabe lo que es esto, ahí están cayendo bombas todo el rato, estará mejor aquí...

Pero, sin tener en cuenta la petición de Vlang, Volodia salió del blindaje y se sentó en la entrada, junto a Mélnikov, que estaba cambiándose de calzado.

El aire era limpio y fresco, especialmente después de haber estado en el blindaje; la noche, clara y serena. Por encima del silbido de los

disparos se oían las ruedas de unas telegas que transportaban gaviones y la conversación de la gente que trabajaba en el polvorín. Por el alto cielo estrellado pasaba continuamente el rastro de fuego de alguna bomba. A la izquierda, a un *arshín*, una pequeña abertura conducía a otro blindaje en el que se divisaban las piernas y las espaldas de los marineros que vivían ahí, y se oían sus voces ebrias. Delante podía verse la elevación del polvorín, cerca del cual aparecían y desaparecían figuras encorvadas y en el que, justo en lo alto, bajo las bombas y los proyectiles que continuamente silbaban, se destacaba una figura alta que llevaba un abrigo negro, tenía las manos en los bolsillos y con los pies pisoteaba la tierra que otros llevaban en sacos hasta allí. A menudo pasaba volando una bomba y estallaba bastante cerca del polvorín. Los soldados que llevaban la tierra se agachaban o se echaban a un lado; en cambio, la figura negra no se movía mientras allanaba la tierra con los pies y se quedaba en el sitio siempre en la misma posición.

—¿Quién es ese de negro? —preguntó Volodia a Mélnikov.

—No puedo verlo, voy a ver.

—No vayas, no hace falta.

Pero Mélnikov, sin hacerle caso, se levantó, se

acercó al hombre de negro e, igual de indiferente e inmóvil, se quedó con él bastante tiempo.

—Es el vigilante del polvorín, señor —dijo al regresar—; una bomba lo ha perforado y por eso los de infantería traen tierra.

De vez en cuando las bombas parecían volar directas a la puerta del blindaje.

Entonces Volodia se escondía en un rincón, pero al poco rato se asomaba y miraba hacia arriba por si venía alguna otra. Aunque Vlang le suplicó repetidas veces desde el blindaje que volviera, estuvo sentado en el umbral unas tres horas, encontrando cierto placer en tentar a la muerte y en observar el vuelo de las bombas. Al caer la tarde ya sabía desde dónde hacía fuego cada cañón y dónde caían sus proyectiles.

XXIII

Al día siguiente, el 27 por la mañana temprano, después de diez horas de sueño, Volodia salió fresco y animado al umbral del blindaje. Vlang salió arrastrándose tras él, pero, al oír la primera bala, a toda prisa, abriéndose camino con la cabeza, se lanzó rodando hacia la abertura del blindaje, ante la

carcajada general de los soldados que, en su mayor parte, habían salido también a tomar el aire. Solo Vasin, el mayor de los suboficiales de artillería y algunos otros eran reacios a salir mucho a la trinchera. A los demás fue imposible retenerlos: salieron todos en masa del blindaje pestilente a tomar el aire fresco de la mañana y, a pesar del bombardeo, igual de intenso que la víspera, se fueron instalando unos cerca del umbral, otros bajo el parapeto. Mélnikov llevaba paseándose por la batería desde la aurora, echando de vez en cuando miradas indiferentes al cielo.

Cerca del umbral estaban sentados dos veteranos y un soldado joven de pelo rizado, con apariencia de judío. Este último, habiendo cogido una de las balas caídas y aplastándola con un casco contra una piedra, tallaba con un cuchillo una cruz con la forma de la de San Jorge. Los otros, mientras charlaban, contemplaban su obra. La cruz le había quedado realmente bien.

—Cuentan que, como todavía vamos a estar aquí un tiempo —decía uno de ellos—, cuando firmen la paz nos retirarán del servicio.

—¡Seguro! Me quedaban solo cuatro años para retirarme y ahora llevo cinco meses en Sevastópol.

—Oye, para el retiro no se tiene en cuenta —dijo

otro.

Entonces un proyectil pasó silbando por encima de los que hablaban y fue a caer a un *arshín* de Mélnikov, que se acercaba a ellos por la trinchera.

—Por poco no mata a Mélnikov —dijo uno.

—No me matará —respondió Mélnikov.

—Precisamente para ti es esta cruz al valor —dijo el soldado joven que había hecho la cruz, entregándosela.

—No, hermano, para todos cuenta un mes por cada año, hubo una orden sobre eso —continuó la conversación.

—Dicen que tras la firma de la paz habrá sin falta una revista del zar en Varsovia; y, si no nos dan el retiro, al menos pasaremos a la reserva.

En ese momento un estridente proyectil sobrevoló rozando la cabeza de los que charlaban y fue a estrellarse contra una piedra.

—Fíjate, antes de esta tarde te retirarás *definitivamente* —dijo uno de los soldados.

Y todos se echaron a reír.

Y no solo antes de la tarde, sino que dos horas después dos de ellos consiguieron el retiro definitivo y otros cinco fueron heridos. Pero los demás seguían bromeando de la misma forma.

Por la mañana los dos morteros habían sido

reparados y podía dispararse con ellos. Hacia las diez, según las órdenes recibidas del comandante del bastión, Volodia llamó a su regimiento y partieron hacia la batería.

En cuanto se pusieron a trabajar, no se percibió en los hombres ni una gota de ese sentimiento de miedo que habían manifestado el día anterior. Vlang era el único que no conseguía dominarse: seguía escondiéndose y encorvándose igualmente y Vasin perdió un poco la calma, se revolvía y acuclillaba continuamente. Sin embargo, Volodia se sentía extraordinariamente exaltado: ni siquiera se le ocurrió la idea del peligro. La alegría de estar cumpliendo bien con su obligación y el hecho de no ser un cobarde, sino puede que hasta un valiente, y de mandar y hacer cumplir sus obligaciones a veinte hombres, que sabía que le miraban con curiosidad, hicieron de él un perfecto héroe. Incluso empezó a pavonearse de su valor, alardeaba delante de los soldados, se asomaba a la banqueta y se desabrochaba a propósito el capote para ser más visible. El comandante del bastión, que en ese momento recorría *sus dominios*, aunque después de ocho meses se había acostumbrado a toda clase de manifestaciones de valor, no pudo dejar de admirar al muchacho de buena presencia con el capote

desabrochado, bajo el cual se veía una camisa roja envolviendo un pálido y delicado cuello, con el rostro y los ojos encendidos, que sacudía las manos y ordenaba con voz sonora: «¡Uno, dos!», para luego subir alegremente al parapeto y ver dónde caía su bomba. A las once y media el fuego cesó desde ambos lados, y justo a las doce en punto empezó el asalto del kurgán Malájov y de los bastiones segundo, tercero y quinto.

XXIV

A este lado de la bahía, entre las fortificaciones Inkermán y Norte, en la loma del telégrafo, se encontraban hacia el mediodía dos marinos, un oficial que observaba Sevastópol con el catalejo, y otro, que acababa de llegar al lugar en compañía de un cosaco.

El sol estaba alto y luminoso sobre la bahía, y sus rayos jugaban con los barcos parados y con las velas y barcas en movimiento, con brillo alegre y cálido. Una ligera brisa apenas movía las hojas de los robles secos junto al telégrafo, hinchaba las velas de los barcos y agitaba las olas. Sevastópol, como antes, con su iglesia sin acabar, su columna, su malecón, el

bulevar reverdecido en lo alto de la colina y el elegante edificio de la biblioteca, con sus diminutas caletas azules repletas de mástiles, su acueducto de pintorescos arcos y sus nubes de humo azul de pólvora, a veces iluminadas por las purpúreas llamas de los disparos; un Sevastópol igual de bello, festivo y orgulloso, rodeado por un lado de montañas amarillas humeantes y por el otro de un mar azul vivo con el que jugaba el sol, se contemplaba desde este lado de la bahía. Sobre el horizonte del mar, en el que se elevaba una franja de humo negro de algún barco, se arrastraban largas nubes blancas que prometían viento. Por toda la línea de las fortificaciones, sobre todo por las montañas del lado izquierdo, de repente, sin cesar, como un rayo que brillaba incluso a la luz de mediodía, surgieron bocanadas de un humo espeso, comprimido y blanco, se agrandaron tomando diferentes formas, se elevaron y se tiñeron en el cielo de color aún más oscuro. Este humo, apareciendo por aquí y desapareciendo por allá, nacía en las montañas, en las baterías enemigas, también en la ciudad y arriba en el cielo. El estrépito de las explosiones no cesaba y, entre vibraciones, sacudía el aire...

Hacia las doce el humo se hizo cada vez menos frecuente, el aire vibraba menos a causa de algún

ruido sordo.

—Pero el segundo bastión ha dejado de responder —dijo el oficial de húsares subido en su caballo—. ¡Está totalmente derrotado! ¡Es horrible!

—Y desde el Kurgán Malájov solo responden una vez por cada tres disparos suyos —respondió el que miraba por el catalejo—. Me pone furioso que se queden quietos. Mira, otra vez fue directa a Kornílovski y no responde.

—Espera, ya sabes que yo siempre he dicho que hacia las doce dejan de bombardear. Ahora pasa lo mismo. Mejor vayamos a almorzar... nos están esperando... no hay nada que ver.

—¡Espera, no molestes! —respondió el del catalejo, mirando hacia Sevastópol con gran atención.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Hay movimiento en las trincheras, avanzan columnas inmensas.

—Ya lo veo —dijo el marino—. Avanzan en columnas. Hay que avisar.

—¡Mira, mira! Han salido de las trincheras.

Y, efectivamente, a simple vista se podía observar cómo una especie de manchas oscuras se movían desde la colina hacia los bastiones a través del foso de las baterías francesas. Al frente de estas

manchas destacaban unas franjas oscuras, ya cerca de nuestra línea. En varias partes de los bastiones, como si se desplazara de un sitio a otro, se levantaba el humo blanco de los disparos. El viento traía el sonido del reiterado tiroteo de los fusiles, semejante al de la lluvia en las ventanas. Las franjas negras avanzaban en dirección al humo, cada vez más y más cerca. El ruido de los disparos, que se iba intensificando por momentos, acabó formando un prolongado estruendo. El humo, que se elevaba cada vez con mayor frecuencia, se disipaba rápidamente por la línea defensiva y se juntaba finalmente en una nube de color lila que se enroscaba y se desenroscaba y en la que apenas despuntaban fuegos y puntos negros; todo el ruido desembocó en un único estrépito atronador.

—¡Un asalto! —dijo el oficial con la cara pálida mientras entregaba el catalejo al marino.

Unos cosacos se alejaron al galope por el camino; al poco rato pasaron unos oficiales, seguidos por el comandante en jefe en su carretela y su séquito. En todos los rostros se podía observar una grave agitación y la espera de algo terrible.

—¡No es posible que lo hayan tomado! —dijo el oficial a caballo.

—¡Dios mío, la bandera! ¡Mira, mira! —dijo el

otro, sofocado, alejándose del catalejo—. ¡El estandarte francés ondea en el KurgánMalájov!

—¡No puede ser!

XXV

El mayor de los Kozeltsov, que había tenido tiempo durante la noche de volver a ganar lo perdido y de perderlo otra vez todo, incluso los rublos de oro cosidos a la bocamanga, aún dormía por la mañana en el pabellón defensivo del quinto bastión, con sueño intranquilo, difícil pero profundo, cuando varias voces repitieron un grito fatal:

—¡Alarma!...

—¿Qué hace durmiendo, Mijaíl Semiónych? ¡Un asalto! —le gritó una voz.

—Sí, claro, y yo soy un colegial —dijo abriendo los ojos, sin creérselo aún.

Pero de repente vio a un oficial que corría de un lado para otro sin ninguna finalidad aparente y con la cara tan pálida y asustada que lo comprendió todo. La idea de que podían tomarle por un cobarde que no quería presentarse ante su compañía en el momento crítico le afectó muchísimo. Echó a correr como alma que lleva el diablo. El fuego de los cañones había

parado, pero el traqueteo de los fusiles estaba en pleno apogeo. Las balas silbaban no de una en una, como las de la carabina, sino en un enjambre, sobrevolando las cabezas como una bandada de pajarillos en otoño. El lugar en que la víspera se encontraba su batallón estaba cubierto de humo; se oían gritos y exclamaciones del enemigo. Los soldados, heridos o ilesos, salían en masa a su encuentro. Después de recorrer unos treinta pasos Kozeltsov vio a su compañía, apretujada contra un muro, y el rostro de uno de sus soldados realmente pálido y asustado. Los demás rostros expresaban lo mismo.

El sentimiento de miedo también se le contagiò involuntariamente: se le puso la carne de gallina.

—Han ocupado Shvarets —le dijo un oficial joven al que le castañeteaban los dientes—. ¡Todo está perdido!

—Tonterías —dijo enfadado Kozeltsov y, queriendo provocarse a sí mismo con algún gesto, desenvainó bruscamente su pequeño sable de hierro sin punta y gritó—: ¡Adelante, muchachos! ¡A la carga!

La voz le salió sonora y fuerte y despertó al propio Kozeltsov, que echó a correr el primero a lo largo del través. Unos cincuenta soldados echaron a

correr tras él dando gritos. Cuando salieron de debajo del través a campo abierto, comenzó literalmente una lluvia de balas. Dos le alcanzaron, pero no tuvo tiempo de preocuparse de dónde le habían dado ni de si lo habían herido o solo contusionado. Delante, entre el humo, ya podía distinguir guerreras azules y pantalones rojos y se oían voces que no eran rusas. Un francés estaba encima del parapeto, agitaba un gorro y gritaba algo. Kozeltsov estaba seguro de que lo matarían, pero eso precisamente le infundió valor. Corría y corría hacia delante. Algunos soldados le adelantaron, otros aparecían por algún lateral y corrían también. Las guerreras azules estaban siempre a la misma distancia y retrocedían hacia sus propias trincheras, pero bajo sus pies caían heridos y muertos. Cuando llegó por fin al foso exterior, ya todo se confundía ante sus ojos, sintió un dolor en el pecho y, tras sentarse en una banqueta, contempló con enorme placer cómo una multitud de guerreras azules corría desordenadamente hacia sus trincheras y cómo por todo el campo yacían muertos o se arrastraban heridos de pantalón rojo y guerrera azul.

Media hora después estaba echado en una camilla cerca del cuartel Nikoláievski; era consciente de que estaba herido, pero apenas sentía dolor. Lo único que

le apetecía era beber algo frío y tumbarse tranquilamente.

Un médico menudo y grueso de grandes patillas negras se le acercó y le desabotonó el capote. Por encima de la barbilla Kozeltsov miraba el rostro del doctor y lo que hacía con su herida, pero no sentía ningún dolor. El médico cubrió la herida con la camisa, se limpió los dedos en el faldón del abrigo y, en silencio, sin mirar al herido, se alejó hacia otro. Kozeltsov, inconscientemente, seguía con la mirada lo que sucedía frente a él. Al recordar que había estado en el quinto bastión, pensó con profundo consuelo y satisfacción en lo bien que había cumplido con su deber, en que por primera vez en todos sus años de servicio había obrado tan bien como debía, y en que no se le podía reprochar nada. El médico, mientras vendaba a otro oficial herido, dijo algo a un sacerdote de barba roja y grande que estaba allí con una cruz, señalando a Kozeltsov.

—¿Qué ocurre? ¿Me muero? —preguntó Kozeltsov al sacerdote cuando éste se le acercó.

El sacerdote, sin responder, leyó una oración y entregó la cruz al herido.

La muerte no asustaba a Kozeltsov. Tomó la cruz con manos débiles, la estrechó contra sus labios y se echó a llorar.

—¿Qué ha pasado? ¿Se han retirado los franceses del todo? —preguntó al sacerdote.

—Hemos vencido en todos los frentes —respondió el sacerdote, que hablaba con la o^[75], ocultando al herido, para no afligirle, que la bandera francesa ya ondeaba en el kurgán Malájov.

—Gracias a Dios, gracias a Dios —articuló el herido, sin darse cuenta de que las lágrimas le corrían por las mejillas y con un entusiasmo indescriptible al tomar conciencia de que había hecho algo heroico.

Su hermano apareció por un momento en su pensamiento. «Quiera Dios concederle una dicha igual», se dijo.

XXVI

Pero a Volodia no le aguardaba tal destino. Estaba escuchando un cuento de Vasin cuando gritaron: «¡Vienen los franceses!». Por un instante la sangre afluyó a su corazón y sintió cómo se le enfriaban y palidecían las mejillas. Durante un segundo se quedó inmóvil; sin embargo, después de un vistazo, descubrió que los soldados se abrochaban el capote bastante tranquilos y salían arrastrándose uno tras

otro. Incluso uno, parece ser que Mélnikov, bromeó:

—¡Salid con el pan y la sal^[76], muchachos!

Volodia y *Vlangua*, que no se apartaba de él ni un solo paso, se arrastraron fuera del blindaje y corrieron a la batería. No había disparos de artillería ni desde este ni desde el otro lado. No solo el aspecto tranquilo de los soldados, sino también la cobardía lamentable y evidente del cadete le espabilaron. «¿Es que acaso voy a ser como él?», pensó y, con ánimo, se acercó corriendo al parapeto junto al que estaban sus morteros. Podía ver claramente cómo los franceses corrían a campo abierto hacia el bastión y cómo un buen número de ellos se agitaba con sus bayonetas brillantes bajo el sol en las trincheras más cercanas. Uno de ellos, pequeño, de hombros anchos, con uniforme de zuavo y la espada en la mano, corría delante y saltaba los fosos. «¡Disparad metralla!», gritó Volodia mientras se bajaba de la banqueta; pero los soldados ya se habían colocado sin él y el sonido metálico de la metralla disparada pasó silbando sobre su cabeza, primero desde uno y luego desde el otro mortero. «¡Uno! ¡Dos!», ordenaba Volodia mientras corría entre el humo de un mortero a otro, ya completamente inconsciente del peligro. A los lados, muy cerca, repiqueteaban los fusiles de nuestro cubrimiento y se

oían voces agitadas.

De repente, un impresionante grito de desesperación, repetido por varias voces, se elevó desde la izquierda: «¡Nos están rodeando! ¡Nos están rodeando!». Volodia se volvió. Unos veinte franceses venían desde atrás. Al frente iba uno con barba negra y fez rojo, bien parecido; al llegar a diez pasos de la batería, se detuvo y disparó, para después echar a correr de nuevo. Durante un segundo Volodia se quedó petrificado, sin dar crédito a sus ojos. Cuando volvió en sí y miró a su alrededor, tenía las guerreras azules enfrente, encima del parapeto e incluso uno, que había bajado, estaba clavando un cañón. A su lado, excepto Mélnikov, muerto por una bala, y Vlang, que había echado a correr con rabia y la mirada baja, llevando un botafuego en la mano, no había nadie. «¡Detrás de mí, Vladímir Semiónych! ¡Detrás de mí! ¡Estamos perdidos!», gritó la voz furiosa de Vlang, quien agitaba el botafuego hacia los franceses que iban tras él. La figura rabiosa del cadete los desconcertó. A uno, al que iba el primero, le golpeó en la cabeza, los demás se detuvieron inconscientemente, y Vlang, mientras continuaba mirando a su alrededor y gritando desesperado: «¡Detrás de mí, Vladímir Semiónych! ¿Qué hace parado? ¡Corra!», llegó corriendo hasta la trinchera

en la que estaba nuestra infantería disparando contra los franceses. Una vez que hubo saltado a la trinchera, se asomó desde allí de nuevo para ver qué hacía su adorado alférez. Un bulto con capote yacía boca abajo en el mismo sitio en el que había estado Volodia; toda la plaza había sido ocupada ya por los franceses, quienes abrían fuego contra los nuestros.

XXVII

Vlang dio con su batería en la segunda línea defensiva. De los veinte soldados que habían estado en la batería de morteros solo se habían salvado ocho.

A las diez de la noche Vlang y su batería pasaban a la bahía Norte en un barco repleto de soldados, cañones, caballos y heridos. No se oían disparos en ninguna parte. Las estrellas, al igual que la noche anterior, brillaban con fuerza en el cielo, pero un viento fuerte agitaba el mar. En el primer y en el segundo bastión relumbraban rayos sobre la tierra. Unas explosiones sacudieron el aire e iluminaron piedras y unos extraños objetos negros que salían volando. Algo ardía junto a los diques y una llama roja se reflejó en el agua. El fuego de la batería

Nikoláievski iluminó el puente abarrotado de gente. Una gran llama parecía flotar sobre el agua en el lejano cabo de la batería Aleksándrovski e iluminaba la parte inferior de la nube de humo que se erguía sobre ella; al igual que el día anterior, las mismas luces serenas e insolentes brillaban en el mar allí donde se encontraba la lejana flota enemiga. Una brisa fresca agitaba la bahía. A la luz del resplandor del incendio se podían contemplar los mástiles de nuestros barcos, que, lentamente, cada vez más profundamente, se hundían en el agua. En cubierta no se oía ninguna conversación; bajo el rumor uniforme de las olas cortadas y del vapor se distinguían las voces de mando del capitán, los lamentos de los heridos, los resoplidos y coces de los caballos en la chalana. Vlang, que no había comido nada en todo el día, sacó un trozo de pan del bolsillo y empezó a masticarlo, pero, de repente, acordándose de Volodia, se echó a llorar con tanta fuerza que unos soldados que estaban cerca le oyeron.

—Fíjate, es el único que come pan y el único que llora; vaya con nuestro *Vlanga* —dijo Vasin.

—¡Es increíble! —comentó otro.

—Mira, también han incendiado nuestro pabellón —continuó éste suspirando—. ¡Cuántos de nuestros hermanos habrán muerto allí! ¡Y los franceses lo han

conseguido sin esfuerzo!

—Por lo menos hemos salido vivos y debes dar gracias a Dios por eso —dijo Vasin.

—Pero ¡da pena!

—¿Por qué pena? ¿Acaso ellos van a estar aquí a sus anchas? ¡No! Ya verás cómo los nuestros los echan de nuevo. ¡Muchos de los nuestros han muerto, pero Dios es testigo de que, si el emperador nos lo ordena, lo recuperaremos! ¿Crees que se lo vamos a dejar? ¡No! Allí solo quedan muros caídos y hemos volado todas las trincheras. Han colocado su bandera en la colina, pero no van a entrar en la ciudad. Espera, ya te ajustaremos las cuentas; espera y verás —concluyó dirigiéndose a la posición de los franceses.

—¡Sí que te las ajustaremos! —dijo convencido el otro.

En toda la línea de los bastiones de Sevastópol, en los que había bullido tantos meses una vida extraordinaria y enérgica, que habían contemplado tantos meses morir a los héroes, y después de éstos a otros, que tantos meses habían suscitado el miedo, el odio y, por fin, la admiración del enemigo: en los bastiones de Sevastópol ya no había nadie. Todo aparecía desierto, salvaje, espantoso, pero no silencioso: la destrucción continuaba. Por toda la

tierra agrietada y socavada por las recientes explosiones se veían en completo desorden cureñas destrozadas, cadáveres aplastados de rusos y de enemigos, enormes cañones de hierro fundido callados para siempre, bombas arrojadas a los fosos con una fuerza terrible y cubiertas de tierra casi hasta la mitad, proyectiles, más cuerpos, fosos, restos de troncos, de los blindajes, y más cadáveres silenciosos con capotes grises o azules. Y todo esto temblaba a menudo y se iluminaba por las llamas rojas de las explosiones que continuaban sacudiendo el aire.

El enemigo se daba cuenta de que algo incomprendible estaba sucediendo en el amenazante Sevastópolis. Las explosiones y el silencio mortal de los bastiones le hacían temblar; sin embargo, aún bajo la influencia de la tranquila pero fuerte resistencia del día, no se aventuraba a creer que su inquebrantable enemigo hubiera desaparecido y, en silencio, sin moverse, aguardaba temblando el final de la noche oscura.

El ejército de Sevastópolis, al igual que el mar en una noche oscura y agitada, uniéndose, dispersándose y temblando inquieto en su mayoría, agitándose en el puente de la bahía o en la bahía Norte, en medio de una oscuridad impenetrable, salía lentamente de la

ciudad en la que dejaba a tantos valientes hermanos, de un lugar empapado con su sangre, de un lugar defendido durante once meses de un enemigo dos veces más poderoso y que ahora se le ordenaba abandonar sin combatir.

Incomprensiblemente penosa les resultaba a todos los rusos la primera impresión de esta orden. El siguiente sentimiento era de miedo a ser acosados. Se sintieron indefensos nada más abandonar esos lugares en los que estaban acostumbrados a luchar e, inquietos, se iban apiñando en la oscuridad junto a la entrada del puente, balanceado por un fuerte viento. Tropezando con las bayonetas y agolpándose entre regimientos, carruajes y milicianos, se apretujaba la infantería, se abrían paso los oficiales de caballería dando órdenes; habitantes y ordenanzas lloraban y suplicaban por el equipaje que no se les permitía pasar. Entre el ruido de las ruedas alcanzó la bahía la artillería, que tenía prisa por marcharse. A pesar de entusiasmarse en estas ocupaciones diversas y bulliciosas, cierto sentido de la supervivencia y las ganas de partir cuanto antes de este horrible lugar de muerte estaban presentes en el alma de todos ellos. Este sentimiento también lo tenía el soldado herido de muerte que yacía entre otros quinientos heridos como él en el suelo de piedra del malecón Pavlovski

y que pedía a Dios morir, y el reservista que con sus últimas fuerzas separaba a codazos a la compacta muchedumbre para abrir paso a un general que pasaba a caballo, y el general que marcaba con firmeza el paso y contenía la precipitación de los soldados, y el marinero que había llegado por casualidad a un batallón en movimiento y que se quedó sin aliento aplastado por la multitud agitada, y el oficial herido al que cuatro soldados llevaban en una camilla y, detenidos por el amontonamiento de la gente, dejaron en tierra junto a la batería Nikoláievski, y el artillero que había servido dieciséis años junto a su cañón y que, por una orden de sus superiores incomprensible para él, empujaba el cañón con la ayuda de un compañero desde la costa abrupta hasta la bahía, y los marineros que acababan de abrir vías de agua en los barcos y, remando con ánimo, se alejaban de ellos en barcasas. Nada más llegar a este lado del puente, casi todos los soldados se descubrían y se santiguaban. Pero este sentimiento se acompañaba de otro más penoso, punzante y profundo: un sentimiento parecido al arrepentimiento, a la vergüenza y a la rabia. Casi todos los soldados, tras echar desde el norte una ojeada al abandonado Sevastópol, suspiraban con indescriptible amargura y amenazaban al enemigo.

San Petersburgo, 27 de diciembre [de 1855]



LEV NIKOLÁIEVICH TOLSTÓI nació en 1828, en Yásnaia Poliana, en la región de Tula, de una familia noble. En 1844 empezó Derecho y Lenguas Orientales en la universidad de Kazán, pero dejó los estudios y llevó una vida algo disipada en Moscú y San Petersburgo. En 1851 se enroló con su hermano mayor en un regimiento de artillería en el Cáucaso. En 1852 publicó *Infancia*, el primero de los textos autobiográficos que, seguido de *Adolescencia* (1854) y *Juventud* (1857), le hicieron famoso, así como sus recuerdos de la guerra de Crimea, de corte realista y antibelicista, *Relatos de Sevastópol* (1855-1856). La fama, sin embargo, le disgustó y, después de un viaje

por Europa en 1857, decidió instalarse en Yásnaia Poliana, donde fundó una escuela para hijos de campesinos. El éxito de su monumental novela *Guerra y paz* (1865-1869) y de *Anna Karénina* (1873-1878), dos hitos de la literatura universal, no alivió una profunda crisis espiritual, de la que dio cuenta en *Mi confesión* (1878-1882), donde prácticamente abjuró del arte literario y propugnó un modo de vida basado en el Evangelio, la castidad, el trabajo manual y la renuncia a la violencia. A partir de entonces el grueso de su obra lo compondrían fábulas y cuentos de orientación popular, tratados morales y ensayos como *Qué es el arte* (1898) y algunas obras de teatro como *El poder de las tinieblas* (1886) y *El cadáver viviente* (1900); su única novela de esa época fue *Resurrección* (1899), escrita para recaudar fondos para la secta pacifista de los *djobori* (guerreros del alma). En 1901 fue excomulgado por la Iglesia ortodoxa. Murió en 1910, rumbo a un monasterio, en la estación de tren de Astápovo.

Notas

[1] Las cuatro de la mañana. *[Esta nota, como las siguientes, a menos que se indique lo contrario, es de la traductora].* <<

[2] Muelle en la bahía Sur, entrada principal a la ciudad. <<

[3] Ante la desesperada situación por la superioridad de las tropas enemigas, se decidió hundir los antiguos barcos de guerra en la entrada por mar a Sevastópol para que la flota enemiga no pudiera acceder a la bahía. Esta operación fue dirigida, entre otros, por el almirante Kornílov. <<

[4] El barco Konstantín. [*N. del A.*]. <<

[5] Antigua bebida caliente de miel con especias. <<

[6] Coche ligero y abierto con resortes. <<

[7] Tula, ciudad de Rusia situada aproximadamente a 170 km al sur de Moscú, conocida por su producción de armas. Saransk, importante centro comercial en el siglo XVIII, es la ruta que une con Crimea ciudades como Moscú y Astraján. <<

[8] El herido contesta en ucraniano. Tolstói lo adapta a la grafía rusa. <<

[9] Río de la región de Crimea. El 20 de septiembre de 1854 se libró una batalla entre el Ejército ruso comandado por el almirante Menshikov (33.600 hombres y 96 cañones) y fuerzas francesas, inglesas y turcas que habían desembarcado el 18 de septiembre en Eupatoria (55.000 hombres y 120 cañones). El Ejército ruso, derrotado a raíz de una maniobra envolvente desde el flanco y de la superioridad de los aliados en hombres y armamento, retrocedió a Sevastópolis. Los rusos perdieron 5.700 hombres y los aliados 4.300. <<

[¹⁰] *Sazhen* (plural, *sazheny*): antigua medida rusa equivalente a 2,13 m. <<

[11] Condecoraciones del Ejército ruso. <<

[12] *El Inválido Ruso*, publicación oficial del Ejército ruso. <<

[13] Del francés *ressource*: recurso. <<

[14] Ciudad de la península de Crimea al norte de Sevastópol que durante la guerra fue sede del cuartel general de turcos y franceses. <<

[15] Ciudad de la península de Crimea al sur de Sevastópol. El 25 y 26 de octubre se libró allí una importante batalla entre turcos, ingleses y franceses de una parte, y rusos de otra. <<

[16] Juego de cartas. <<

[17] Tipo de vino oscuro y concentrado. <<

[18] Mitrofán de Vorónezh (1623-1703), primer obispo de Vorónezh, conocido por su apoyo al zar Pedro I. Fue canonizado en 1862. <<

[19] Les digo que hubo un tiempo en el que en San Petersburgo solo se hablaba de esto. <<

[20] Sopa de col y remolacha muy especiada. <<

[21] Esta bella bravura del noble. <<

[22] N. N.: *Nomen nescio* («desconozco el nombre»).

<<

[23] Bueno, señores, parece que la noche se calienta.

<<

[24] Bueno, dígame, ¿de verdad va a pasar algo esta noche? <<

[25] ¡Qué vista tan bonita! <<

[26] Voy a la calle a ver qué hay de nuevo (en polaco en el original). <<

[27] Y nosotros mientras beberemos vodka, pues tenemos el alma en los pies. <<

[28] Nuestros soldados que lucharon contra los turcos se acostumbraron tanto a este grito del enemigo, que ahora cuentan siempre que los franceses también gritan: «¡Alá!». [*N. del A.*]. <<

[29] Fractura complicada del fémur. <<

[30] Perforación del cráneo. <<

[31] Perforación del pecho. <<

[32] Ha muerto. <<

[33] ¿Está herido? <<

[34] Perdone, señor, estoy muerto. <<

[35] Antigua medida rusa de longitud equivalente a 0,71 m. <<

[36] Carne de cañón. <<

[37] Uno de esos libros agradables que en los últimos tiempos se han propagado en grandes cantidades y que por alguna razón gozan de especial popularidad entre nuestra juventud. [*N. del A.*]. [Se refiere a la novela (1847) de Honoré de Balzac]. <<

[38] Antiguamente en el habla popular se solían reducir los patronímicos; así, Ivánovich se convertía en Iványch o Fiódorovich en Fiódorych. <<

[39] Tendrías que haber visto en qué estado me lo encontré ayer bajo los disparos. <<

[40] ¿Han arriado ya la bandera? <<

[41] Todavía no. <<

[42] Si hubiera sido de noche todavía media hora más, habríamos tomado de nuevo las posiciones. <<

[43] Señor, no le digo que no solo por no contradecirle. <<

[44] ¿Cuál es su regimiento? <<

[45] Ese maldito viene a ver nuestras obras... <<

[46] —¿Por qué hay aquí un pájaro?

—Porque esto es una cartuchera del regimiento de la Guardia, es el águila imperial.

—¿Y usted es de la Guardia?

—No, señor, disculpe, de la sexta línea.

—¿Y dónde compró eso? [En este diálogo, el francés del joven oficial está transcrito fonéticamente]. <<

[47] En Balaklava. Es una tontería, de madera de palma. <<

[48] ¡Bonito! <<

[49] Le estaría agradecido si se lo quedara en recuerdo de nuestro encuentro. <<

[50] Sí, buen tabaco, tabaco turco. Y ¿el tabaco ruso?
¿Es bueno? <<

[51] Son feos estos animales rusos. <<

[52] ¿De qué se están riendo? <<

[53] No salgáis de la línea, a vuestros puestos, maldita sea... <<

[54] Conde Sazónov, al que yo conocía bien, señor. <<

[55] Uno de esos auténticos condes rusos que tanto nos gustan. <<

[56] —Yo conocí a un Sazónov, pero, por lo que yo sé, no era conde, no muy alto, moreno, más o menos de su edad.

—Sí, es él. ¡Oh, cómo me gustaría encontrarme con este gentil conde! Si le ve, por favor le pido que le salude de mi parte. Capitán Latour. <<

[57] ¿No es terrible este triste asunto en el que estamos envueltos? La noche ha sido intensa, ¿verdad? <<

[58] —¡Oh, es horrible, señor! Pero ¡qué valientes son sus soldados, qué valientes! ¡Es un placer batirse con estos valientes!

—Debo reconocer que también los suyos saben luchar. <<

[59] Última posta antes de Sevastópol. [*N. del A.*]. <<

[60] En muchos regimientos del ejército los oficiales llaman, de forma medio desdeñosa y medio cariñosa, a los soldados «Moskvá» (Moscú) o «jura» (de bandera). *[N. del A.]* <<

[61] Colina al sudeste de Sevastópol que sería uno de los principales puestos defensivos durante el sitio.

<<

[62] Antigua medida rusa de longitud equivalente a 1,06 km. <<

[63] *Borsch*: sopa de col y remolacha muy especiada.
Schi: sopa de col con carne. <<

[64] Río que desemboca en el mar Negro a 5 km de la bahía de Sevastópolis. <<

[65] Aimable Jean Jacques Pélissier, primer duque de Malákov, fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas francesas de Sevastópol en mayo de 1855. <<

[66] Príncipe Mijaíl Dmítrievich Gorchakov, general que lideró la defensa de Sevastópol desde mayo a agosto de 1855. <<

[67] Antigua medida rusa de capacidad equivalente a 3,28 litros. <<

[68] Empanadillas pequeñas hechas con una masa sin sal y rellenas de requesón, bayas, etc. <<

[69] *Burka*: en el Cáucaso, clase de capa de fieltro peludo de oveja o cabra. <<

[70] En ruso, al apellido del padre o del marido se le añade una -a y pasa a ser femenino. <<

[71] Localidad de la actual Moldavia en el curso del Dniéster. <<

[72] Rollitos de carne rellenos. <<

[73] Hijo de soldado sujeto al servicio militar. <<

[74] Juego de cartas al que solían jugar los sirvientes en el que al que perdía se le golpeaba con la baraja en la nariz. *Nos* es «nariz» en ruso. <<

[75] En ruso la *o* no acentuada se pronuncia reducida, como una *a*, o a veces desaparece. <<

[76] Pan y sal: símbolos de hospitalidad en la cultura rusa. <<